



ASOCIADOS AL PROGRESO DE VENEZUELA
COMPANIA SHELL DE VENEZUELA



REVISTA SHELL

JUNIO 1959

PORTADA

*Era un lugar señalado en el tiempo por
el sol que derramaba el día en las paredes
y el sudor sobre la piel de los trabajadores.
El exceso de luz desfiguraba los contornos
cayendo como un inmenso charco de
cal sobre la tierra. Los obreros, en la droga
del calor, adquirían movimientos
de sonámbulos y una anestesia especial
para la fatiga. La sombra estaba detrás,
junto a los árboles: era mediodía. Y así se
llama, en efecto, la obra de Luis
García Moreno que ha recibido este año
el Premio Nacional de Pintura.*

REVISTA SHELL

DESPEDIDA A JOSÉ RAMÓN MEDINA

DESDE LA EDICIÓN de diciembre de 1954, José Ramón Medina recibió la misión de guiar este vocero de cultura. Ahora se despide con el encargo bien cumplido, para asumir funciones de miembro principal de la Corte de Casación.

Mostró dos características principales en su ejercicio directivo: la norma indeclinable de colocar el respeto a lo humano por encima de todo lo demás, en las disímiles circunstancias del trabajo, y un entusiasmo de hacer que era a un tiempo concepción clara, lúcida inspiración y renovada idea.

Jamás permitió que el tráfico de la jornada arrollara cuanto había de humana condición —por pequeño que fuese— en la labor de quienes le acompañábamos en la tarea productora. Supo infundir en todos la rapidez, la precisión, la responsabilidad; atacó de frente las urgencias propias del trabajo editorial y multiplicó la faena cuanto fue necesario, sin abandonar nunca su trato afable y su elevada jerarquía personal. Culto en el sentido más correcto, hizo de su función un deleite del espíritu y le apresó la intención de mejorar cada día el mensaje, yendo siempre más adentro en la pureza de las expresiones intelectuales y llenando cada vez con mayor hermosura el papel que entregaba a los lectores. Con todo ello y con su prestigio en el mundo de las letras, consiguió que la calidad de las colaboraciones fuera siempre creciente y que toda edición nueva fuera un logro mejor. La reacción ha sido la aprobación del sector cultural, el reconocimiento que todavía nos llega en cartas de lectores de todas partes del mundo y el aprecio que aquí se mantendrá invariable entre quienes asistimos a su lección de bonhomía y talento.

EL NUEVO DIRECTOR



GUILLERMO MORÓN. Nació en Carora, Estado Lara, en 1926. Bachiller en Ciencias Sociales (1946) del Liceo "Lisandro Alvarado" de Barquisimeto. Profesor de Geografía, Historia y Ciencias Sociales, del Instituto Pedagógico Nacional de Caracas. Cursos especiales de Filosofía y Psicología con los profesores J. D. García Bacca y Eugenio Imaz.

Doctor en Filosofía y Letras (Sección Historia) de la Universidad de Madrid. En 1952, enviado a Londres por el Departamento de Cultura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y por la Cátedra de Filosofía de la Historia de la Universidad Central de Madrid, a estudiar la Filosofía de la Historia de Christopher Dawson. En 1954-1958, estudios de Filosofía de la Cultura en las Universidades de Gotinga y Hamburgo.

Periodista: profesor de liceos de Caracas y del interior del país; Profesor de Cultura Hispanoamericana en la Universidad de Hamburgo (1956-1958); desde setiembre de 1958, Profesor de Historia de la Literatura de Venezuela en la Universidad "Andrés Bello" y Director de Publicaciones de la "Comisión Sesquicentenario de la Independencia" de la Academia Nacional de la Historia, en Caracas. Colabora en diarios y revistas de Venezuela, Hispanoamérica y España.

OBRA PUBLICADA: "Lisandro Alvarado" (Ensayo y elogio), 1948, Caracas. Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos. Primer Premio de Biografías. "Tierra de Gracia" (Ensayo histórico), 1949, Caracas. Publicación del Ministerio de Educación. "La Palabra Acero" (Ensayo), 1954, Madrid, Ediciones "Índice de Arte y Letras". "Los Orígenes Históricos de Venezuela", Volumen I: Introducción al Siglo XVI. Madrid C.S.I.C. y Universidad Central de Venezuela, 1954. "El Libro de la Fe" (Ensayo de Filosofía de la Cultura), 1955, Madrid, Biblioteca del Pensamiento Actual. "Historia de Venezuela", Tomo I, Madrid, Villegas, 1956. "José de Oviedo y Baños" (Biografía), 1957, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza. "Historia de Venezuela", Tomo II, Madrid, Ediciones A.R.O., 1958. (Segunda edición en un solo volumen, 1958). "La Historia y los Cronistas", Caracas, 1958, Biblioteca Popular del Ministerio de Educación. "Los Borradores de un Meditador" (Antropología Filosófica), 1958, Madrid, Ediciones Guadarrama. "Cuaderno con notas morales" (Ensayos políticos), 1958, Madrid, Ediciones Guadarrama. EN PRENSA: "Historia Política de José Ortega y Gasset".



JOSE RAMON MEDINA. Nació en San Francisco de Macaná, Distrito Monagas, del Estado Guárico. Cursó estudios de Derecho en la Universidad Central de Venezuela y en 1950 obtuvo el título de Doctor en Ciencias Políticas. Con beca de la misma universidad siguió cursos de especialización de Derecho Penal en la Universidad de Roma y de Criminología en la Universidad de París. Aparece en la vida literaria venezolana por el año 1945, colaborando en las principales publicaciones venezolanas, particularmente en la Revista Nacional de Cultura, en la Revista Cultura Universitaria y en los diarios "El Nacional" y "El Universal". Colabora asimismo, en otras prestigiosas publicaciones hispanoamericanas y españolas. Ha obtenido premios literarios en Chile, Venezuela, España e Italia. Ha publicado los siguientes libros: "Edad de la Esperanza", 1947; "Rumor sobre diciembre", 1949; "Visperas de la Aldea", 1949; "Elegía", 1950; "Parva Luz de la Estancia Familiar", 1952; "Texto sobre el tiempo", 1953; "A la sombra de los días", 1953; "Como la vida", 1954; "La Voz Profunda", 1954; "Biografía de Juan Antonio Pérez Bonalde", 1954; "Examen de la Poesía Venezolana Contemporánea", 1956; "Antología Poética", 1957; "En la reciente orilla", 1957.

José Ramón Medina reside en Caracas, donde desempeña cátedras universitarias y es director de publicaciones de la Asociación de Escritores Venezolanos. Actualmente es Miembro Principal de la Corte de Casación y acaba de publicar su libro "Los Caminos del Hombre", traducido al italiano, 1958.

DISTINCIONES LITERARIAS

Premio Único de la Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional de Chile, en 1944. Premio de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1949. Premio Municipal de Poesía, Caracas, 1949. Premio Boscán, 1952, del Instituto de Cultura Hispánica que funciona en la Universidad de Barcelona (España). Premio Internacional de la Latinidad "Simón Bolívar", en Siena, Italia, 1957.

Revista Shell de Junio de 1959 — Año 8, N° 31

Director: GUILLERMO MORÓN

Sub-Director: MANUEL RODRIGUEZ MENA

SUMARIO

SOBRE LO PERMANENTE DEL GRABADO Y SU ACTUAL

VIGENCIA EN NORTEAMERICA 4 POR JOSE LUIS ACQUARONI

BOLIVAR EN MADRID 16 POR JORGE CAMPOS

DISTRIBUCION Y MOVIMIENTO DE LA POBLACION 21 POR PARLO PERALES

LA MAGIA DEL DIBUJO INFANTIL 26 POR ANTONIO AGUILAR

CICERON FILOSOFO 32 POR JUAN A. NUÑO

EL BAILE DE LOS PINTAOS 37 POR JOSE MARCANO ROSAS

LA RONDA DE LOS NIÑOS 42 POR JOSE RAMON MEDINA

DIARIO DE UN "ISLEÑO" EN VENEZUELA 48 POR ALFONSO ARMAS AYALA

KABUKI... TEATRO CLASICO EN JAPON 56 POR B. BERNARDO SALAS

HUMANA DIMENSION DEL TANGO 62 POR NESTOR DUQUE ARANGO

AL SUR DE GUAYANA, EN TIERRA DE LOS SHIRIANAS 69 POR ARTURO EICHLER

LAS CIUDADES SIN MEMORIA 80 POR EDDIE MORALES CRESPO

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela

Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación

Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen

Distribución gratuita

Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista

Grabado en madera.
"Kirchner", de Ernest Ludwig.

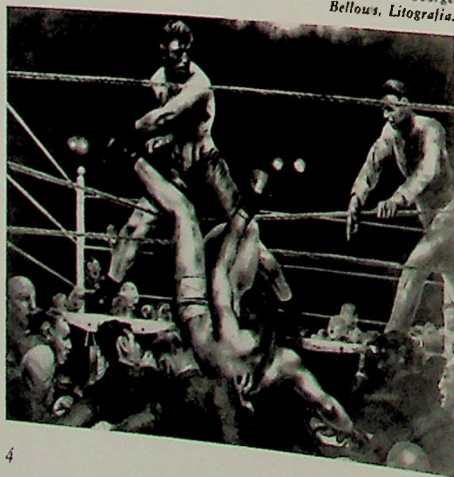


SOBRE LO PERMANENTE DEL GRABADO Y SU ACTUAL VIGENCIA EN NORTEAMERICA

POR JOSE LUIS ACQUARONI

EL GRABADO, ese género antiguo y remoto como ninguno y, también como ninguno, actualísimo. Ese género inamovible y de vigencia permanente. Con toda seguridad que es más antiguo que la letra. Y tal vez anterior al Verbo mismo. Que uno piensa —y perdónesenos la irreverencia— si el Creador no se trazaría, sobre el vaho

"Dempsey y Firpo", de George Bellows, Litografía.



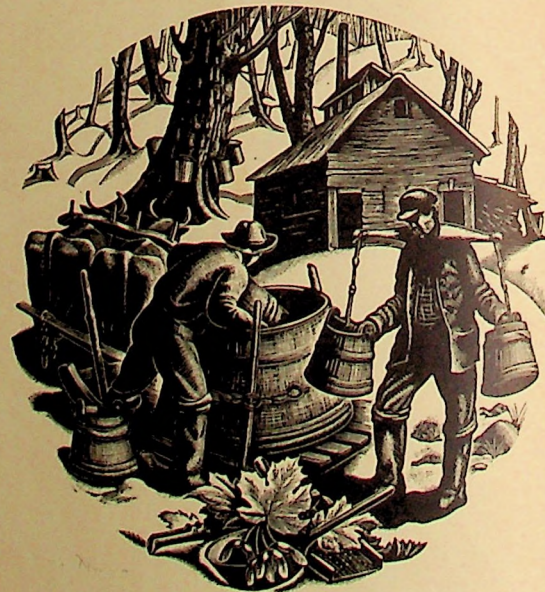
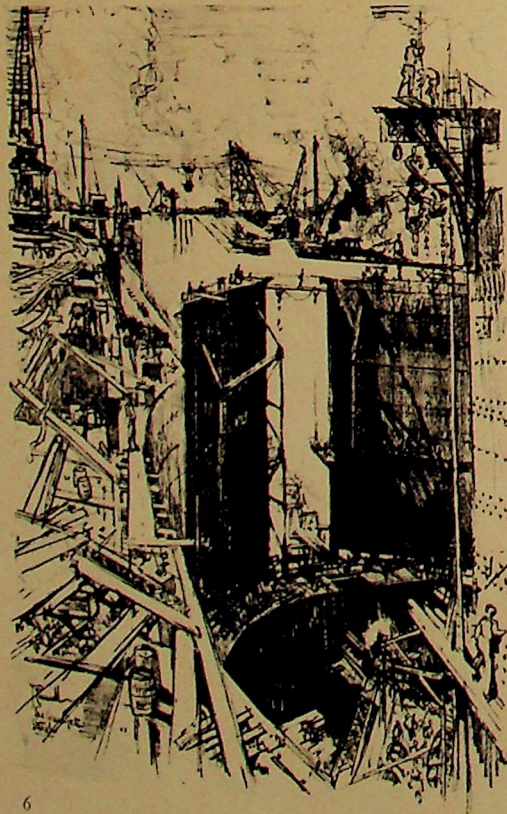
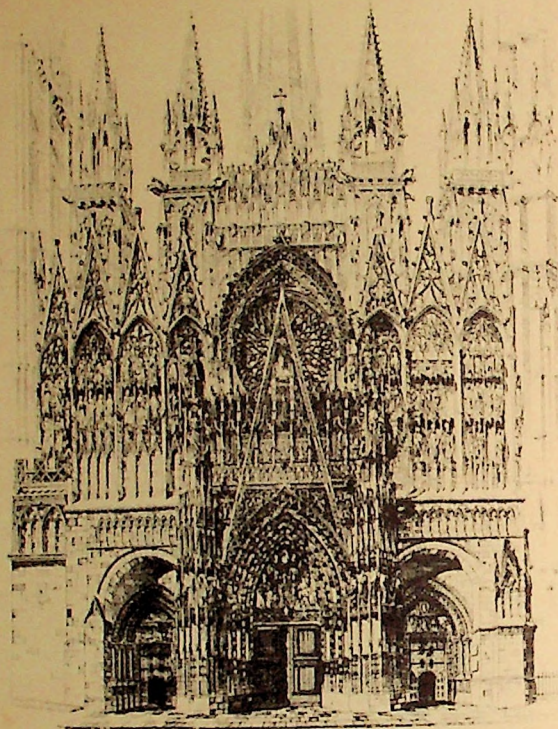
de su aliento en el cristal limpiísimo de la Nada y con su índice omnipotente, un boceto del mundo —de las montañas, de los ríos, del hombre, del pájaro...— antes de pronunciar los mágicos "hágase" genésicos. Sí, el grabado, tal vez anterior al Verbo, y, sin embargo, siempre actual, siempre con lozanía renovada e inmarcesible.

Ciñéndonos a realidades y concreciones, el hombre prehistórico ya grababa. Sobre piedras, sobre huesos, sobre marfiles, empleando instrumentos rudimentarios, el hombre cavernario, en cuanto tiene un rato de sosiego en su dura tarea de inaugurar el mundo, empieza a dejar constancia de su modo de ver e interpretar toda aquella maravilla que le circunda. Esto, como incipiente expresión de arte; porque mucho antes, y como necesidad, ya sabemos que había nacido la pictografía. Pero sea como fuere, en todo caso, la primera *palabra* que el hombre pronuncia es un gruñido, y la segunda, a modo de aclaración de ese gruñido, la torpe silueta de una figura, de un objeto, sobre la movediza arena del suelo o la pétrea pared de la caverna. El hombre de la Prehistoria grababa figuras de animales, de congéneres, de cosas, con la misma emoción con que el niño graba sus monigotes sobre la cada día dos veces virgen arena de la orilla del mar. Y es curioso que los primitivos de las edades de la piedra hiciesen pictografías muy parecidas a cierras pinturas y grabados de los llamados primitivos contemporáneos.

A esta incipiente y, en cierta manera inmutable, forma de plástica expresión, que llega a durar miles de años sin ninguna variante técnica digna de consignarse, le regala el Renaci-

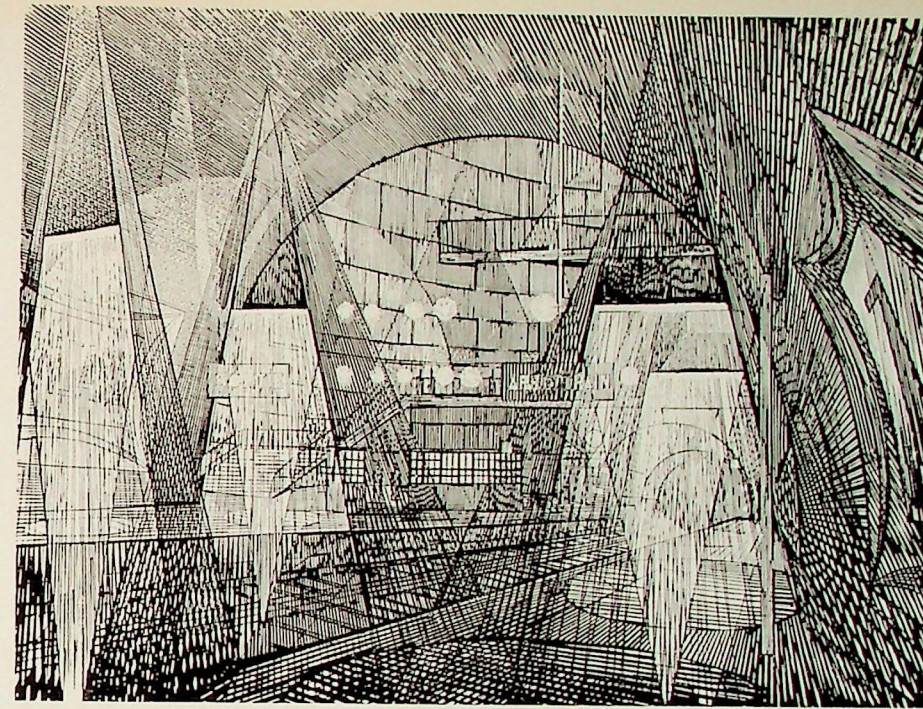
"Drama que se perfila persistente, hilo a hilo".
Rafael Alberti.





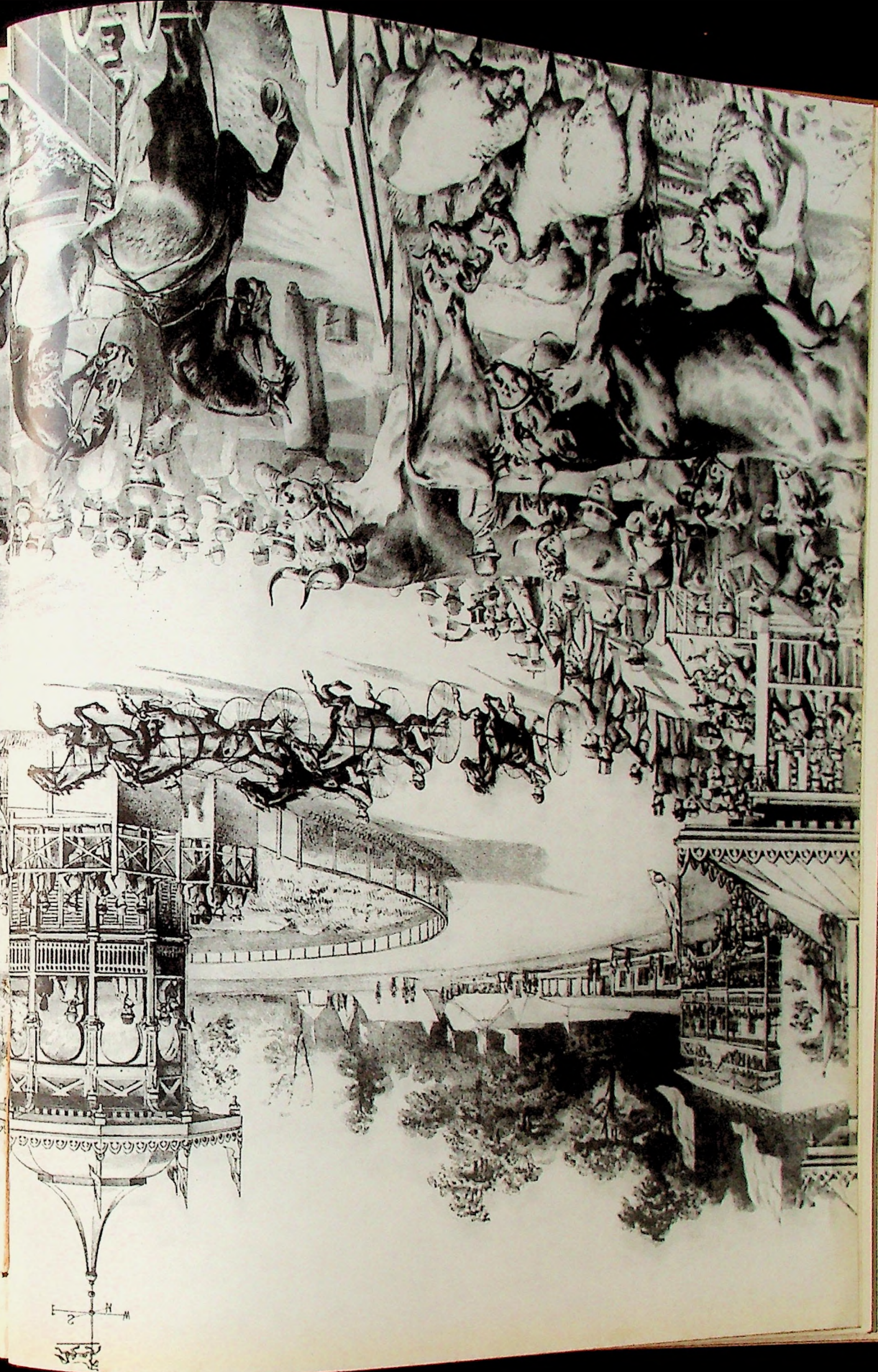
IZQ. ARRIBA: "El puerto de Etching", de James Whistler.
 IZQ. ABAJO: "La entrada de Gatun", de Joseph Pennell. Litografía.
 DER. ARRIBA: "Fachada de la catedral de Rouen", de John
 Taylor Arms. Grabado.
 DER. ABAJO: "Azúcar de Maple", de Clare Leighton. Grabado
 en madera.

"El Metro de París",
 de Armin Saideck.
 Grabado en madera.



"Los soldados mueren solitarios", Grace
 Albee. Grabado en madera.





N
W
E
S





"Vieja casa en la calle de Houston", de Fiske Boyd. Grabado en madera.



"La madre", de Cecil Buller. Grabado en madera.

"Fue un día terrible"... de Reynold Weidenaar. Aguafuerte.



Páginas 8 y 9: "En el campo imparcial", de Ives and Cunier. Litografía.



"El puente N° 2", de David Shapiro. Grabado en madera.

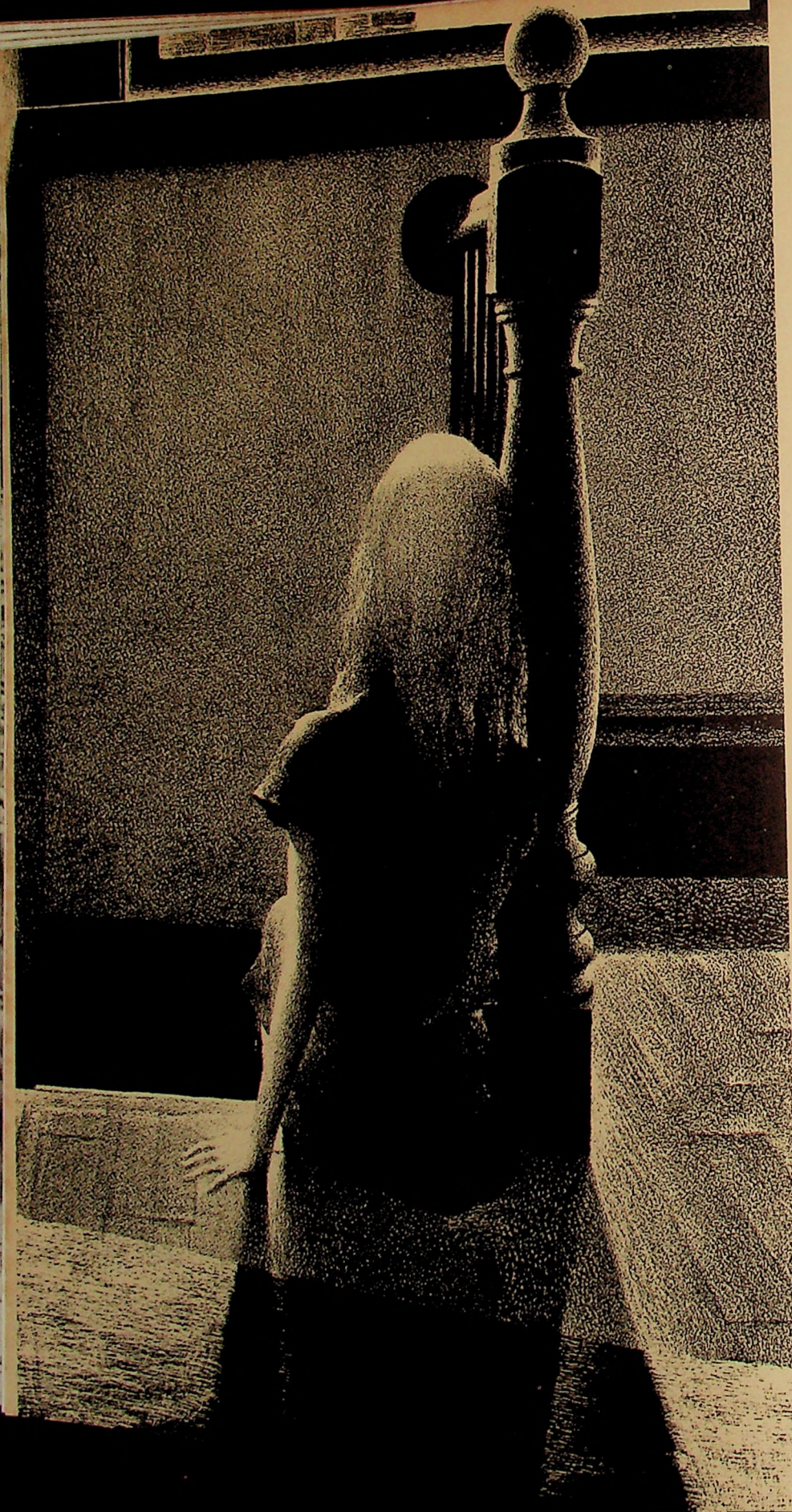
miento su complemento ideal, su auténtica otra mitad: la estampa. Con el invento de la impresión, de la reproducción mecánica, la técnica proporciona la posibilidad de hacer de cada taller de grabador, de cada prensa de imprimir, una especie de palomar para la egregia e inestimable mensajería de inundar el mundo con las creaciones del arte plástico y representativo. Así resulta que, el grabado, primero, y luego el grabado-estampa, tienen en su historial venerable dos señaladísimos timbres de honor: el de ser la forma más antigua conocida de las artes plásticas, y el de haber celebrado sus nupcias con la imprenta para la muy loable finalidad de perpetuar y divulgar la belleza entre los hombres. Y al hablar de nupcias con la imprenta, nos referimos —que verdaderamente el punto de comienzo fue anterior al Renacimiento— a la imprenta primitiva, muy anterior a Gutenberg, a la imprenta que tiene su origen en la fabricación del naípe y su mejor ejemplo en la oriental Sutra del Diamante. Sí; el naípe, el vicio, fue la célula matriz. Y también la xilografía del santo, la jaculatoria ilustrada, claro indicio de que Dios no deja tranquilo un solo momento al Diablo.

Una vez que el grabado ha encontrado en la estampa su ideal media naranja, se refuerza sin limitación y aparece ya en la historia del hombre como una de esas extrañas fórmulas absolutamente perfectas, intocablemente perfectas, marcadas con el sello de lo definitivo e inextinguible. Las nupcias de grabado y estampa producen una inacabable fecundidad, una estirpe tradicional y gloriosa como ninguna, que alcanza nuestros días con la misma pujanza —con mayor pujanza si cabe— que en sus mejores tiempos. Naturalmente que no siempre el viento sopló de popa y que el grabado-estampa pasó por vicisitudes de amenazante adversidad: al surgir la especulación



"El Coliseo", de Emil Weddige. Litografía en color.

"Soñar despierto",
de William Clark Libby.
Litografía.



por la antigüedad y sus profesionales de la falsificación y el engaño; cuando Senefelder descubre, en el XVIII, la litografía; en la hora en que, en el XIX, hace su aparición la fotografía... De todo lo cual, el venerable y siempre joven género rebrota con la robustez y el vigor de siempre. Y ya sobre olorosa madera —cobre, cera, linóleo...—, con cualquiera de los muchos procedimientos con que la técnica le ha ido jalonando su gloriosa historia —innovaciones técnicas que en nada han hecho variar lo inmutable de su esencia—; ya con el medieval y anónimo xilógrafo del naípe o la "Biblia Pauperum"; ya con Durero, Rembrandt, Goya, Daumier, Picasso o Dufy... quienes pese a su gloria pictórica también quisieron subir al vetustísimo, pero en ningún momento renqueante, carro del grabado —en el que, por cierto, tanto honesto y oscuro artesano había viajado hasta entonces—; a través de un sin número de vicisitudes, este buen arte articulado y completo llega a nuestra hora con una lozanía que causa verdadero asombro.

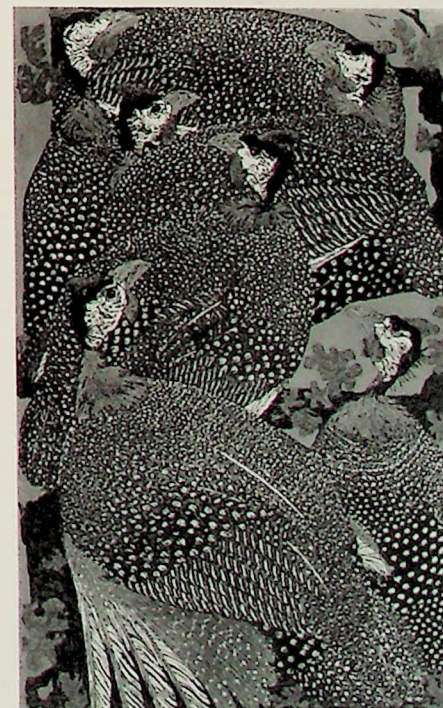
Es más: la hora actual es para el grabado una hora en cierta manera reivindicativa, una hora cuando menos de reencauce para una nueva era de plenitud que ya claramente estamos pudiendo palpar. Que el siglo XIX vino a ser para el grabado, una época de caminos un tanto errados, de sendas extraviadas; siglo, al fin y al cabo, el XIX en el que fructificó el asombro de la litografía, justamente para el grabado el momento difícil en que el genial Toulouse-Lautrec, revolucionario e innovador, alza, amenazante, su bastón de tullido sobre la noble y patriarcal cabeza del milenario por tantas razones ilustre.

Pero es ya un hecho histórico incontrovertible el que, de cuarenta años a esta parte, artistas europeos y americanos, artistas de todo el mundo, le han prestado extraordinaria atención al grabado, algunos de ellos incluso hasta llegando a entregarle totalmente vocación y dedicación. El hecho es verdaderamente sorprendente. Porque ya no se trata de la servidumbre del copista, del mero dibujo trasladado a una plancha, que esto fue, hasta que aparecieron los procedimientos de fotograbación, lo que generalmente se hizo en los tiempos inmediatamente anteriores. El fenómeno que se está produciendo con el grabado es nada menos que de absorbente instauración de un género. Algo así como si en el grabado, los artistas plásticos contemporáneos hubieran descubierto la fórmula de manifestación y comunicación más afín con nuestra época y su estilo vital, la fórmula expresiva más adecuada a los anhelos artísticos de nuestros días en el campo de la plástica, anhelos que vienen a concretarse, más o menos, así: reducir la obra a sus elementos radicales, impregnarla de una intensidad dramática, y plasmarla con una expresividad vigorosa. Todo lo cual está, a nuestro entender, mucho más cercano a las durezas del blanco y negro, a la cirugía inquisitiva de la incisión, que a los melifluos juegos del pincel y el color.

Y, en contra de lo que algunos creen, la técnica del grabado no cohibe ni limita la libre voluntad del creador; que antes bien la estimula para un despliegue en una dimensión de profundidad. "Calmo desasosiego" llama un poeta español contemporáneo al hecho de grabar. Y así es: que toda la ilimitada e hirviente inquietud del verdadero artista grabador alumbra por su fina punta de grabar, como en un chisporroteo del fuego divino de la creación. Esta dirección de profundidad es justamente la que en el grabado hay que valorar por encima de otra cualquiera. El arte de hoy quiere hondura, busca, antes que nada, la expresión prístina e intensa, precisamente dos de las cualidades que en el grabado son más esenciales. Y es muy significativa la confesión de un grabador contemporáneo, quien ha escrito que, para él, el grabado es una técnica que invita a una profesión de fe, a decir categóricamente lo que en última instancia se quiere decir, que obliga a cierta validez



"Alto de Contrapunto", de Richard Tyler. Grabado en madera.



"Codorniz de Guinea", de Janet Turner. Grabado en linóleo en color.

universal de la expresión y rechaza los efectos superficiales de los procedimientos cómodos y de atractivo barato. Añádase a esto que el grabado cumple como ninguna otra arte plástica con una de las condiciones más ansiadas por todo artista, cual es la de trascender, la de multiplicar y divulgar su mensaje —no perdamos de vista que el arte es comunicación— y comprenderemos por qué actualmente empieza a atraer tanto este género.

Sobre todo en Norteamérica, este fenómeno de atracción se está dando con una intensidad y en una proporción que no ofrece lugar a dudas. Siendo aparentemente un hecho paradójal que el país con más fiebre de técnica y automatismo se haya identificado tan a la perfección con el más anciano y tradicional de los géneros, con algo que hasta ahora siempre estuvo destinado a la pura artesanía. Todavía, si pudiera decirse que los grabadores norteamericanos hubieran aportado algo fundamental en el campo de la técnica y que el propósito de ellos fuese más de investigación que de creación... Pero no es así. El desarrollo de las técnicas de la estampación, en todas sus formas actualmente conocidas, había alcanzado ya su auge cuando Norteamérica irrumpió activamente en la historia de las artes. El grabador norteamericano está en la tarea de aprovechar y conservar, para auténticas creaciones, los recursos plásticos que resultan de una técnica primitiva de artesano. Está, en definitiva, creando como un clásico.

Los primeros grabadores norteamericanos hubieron de limitarse a cumplir la función copiativa, divulgadora e ilustradora que todavía señalaban las pautas europeas. Fue una etapa relativamente corta. Porque un pueblo de juventud pujante y entusiasta como el norteamericano no podía conformarse con realizar una misión de eco, una misión secundaria y en cierta manera servil, justamente en los momentos en que andaba metido hasta los codos en tareas emancipadoras. El deseo de, cuando menos, reflejar lo propio, de dejar constancia gráfica del hecho real, de las mil circunstancias del avatar de su desarrollo portentoso y su independencia, era superior a cualquier fidelidad a modas y cánones, y mucho más a modas y cánones extraños. Así nació, por lo pronto, esa primera etapa de absoluta objetividad en la que se fueron ofreciendo escenas verídicas, escenas reales, de la Independencia, de la Guerra de Secesión, retratos de los grandes patrios; estampas de la cotidiana vida del pescador de los grandes ríos, del labrador de los interminables predios... Fueron tantos y tan sorprendentes los acontecimientos, que la necesidad del informador se impuso por encima de cualquier anhelo de fantasía.

Y esta necesidad de informar sobre lo propio fue predisponiendo el ánimo del artista para una rabiosa independencia,



JOSE LUIS ACQUARONI. Nació en Andalucía, en 1920. Novelista, crítico literario, periodista. Pertenece al grupo de narradores de la generación española de la posguerra. Como cuentista, ha recibido varios premios. Ha colaborado en la prensa de su país y del extranjero y tiene publicados seis libros de imaginación y ensayo; entre los últimos y muy recientemente, "La Corrida de Toros", que ha recibido varias traducciones. Lleva largo tiempo en Venezuela, reuniendo materiales para una novela sobre la inmigración.

fue labrando los cimientos de una escuela de pintores y grabadores —sobre todo de grabadores— de características muy peculiares, escuela que a la hora del clarín para un arte de más honda traducción anímica, de más simplificada expresión y de mayor anhelo creador, se puso inmediatamente a la vanguardia, porque sus artistas no tenían pesados lastres de tradición que echar por la borda, no tenían amarras que romper, credos estéticos que traicionar y ni aun siquiera prejuicios que desoir.

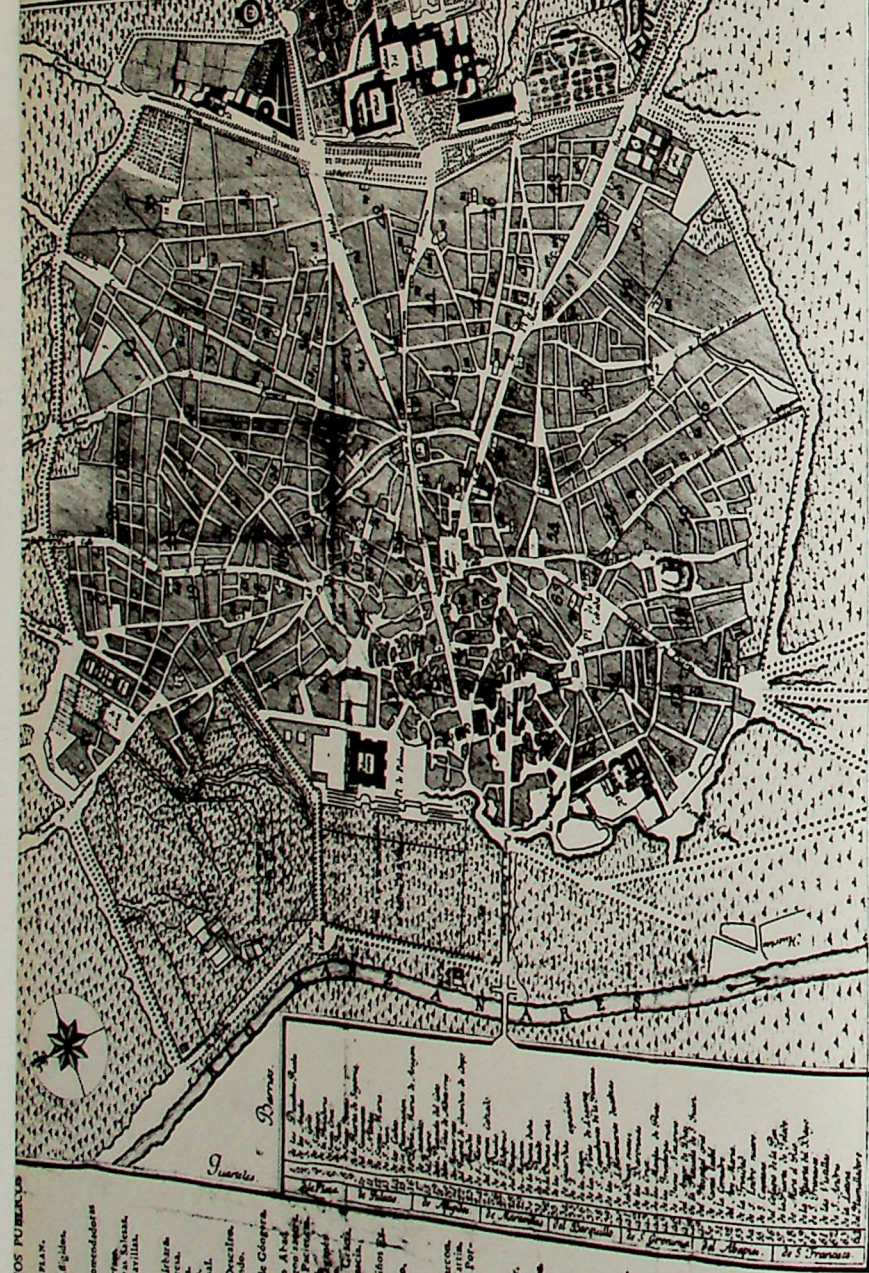
Y así surgen, primero, los Bellows, Pennell, Whistler, Taylor Arms, Cunier, Chandler..., magníficos grabadores informadores, grabadores documentales; y, luego, los Hassam, Cadmus, Ryder, Mary Cassatt, Biddle, Kent, Benson, Sherwood, Sloan..., en los que se puede ver ya cómo la creación artística empieza a ser una inquietud y un anhelo. Y, por último, toda la pléyade actual, variadísima de técnicas y procedimientos —grabado en madera de hilo, en relieve, a buril, en blanco y negro, a punta seca, al agua fuerte, al agua tinta, en hueco, sobre linóleo, sobre piedra calcárea...— y con una riqueza de estilos en los que se puede decir que están representados todos los movimientos modernos, todas las tendencias: George Picken, firme de trazo como de social intención; Clare Leighton, de formas estáticas y pesadas, de sólida estructuración, con una concepción límpida y una realización esmerada; Emil Weddige, de temática literaria e ilustrativa, sutilísimo revelador de ambientes; Robert von Neumann, tal vez el más tradicional y realista de todos; Reynold Weidemar, minucioso y bruegheliano; Richard Hawver, hermanador, con un equilibrio admirable, de símbolos y realidades; Irving Amen, directo y social, con un singular poder de expresión; Bernard Brussel Smith, con un gran sentido de la composición; Fiske Boyd, impresionista, pintoresquista, dibujante de indudable maestría; Richard Tyler, anecdótico, expresionista, habilísimo de trazo; Eugene Mecikalski, Janet Turner, Peppino Mangravite, Grace Albee, Ralph Della-Volpe, Ernest Ludwing, etc., etc.; que la nómina se haría interminable.

El exponente no puede ser más categórico. Esa pureza y energía que, como decíamos, vienen a constituir el principio fundamental de las modernas generaciones artísticas, se está realizando en el grabado con una gran voluntad, y hay que reconocer que con un gran acierto también. La vocación especial de los artistas actuales por la stampa en blanco y negro es un síntoma indudable del arte de la hora presente. No sabemos en qué quedará este intento de equilibrio entre las ideas modernas y los procedimientos más tradicionales y puros. Por lo pronto, el grabado se apunta un nuevo y meritorio título en su gloriosa e inmarcesible historia.



"Descenso"
de Bernard Brussel-Smith.
Grabado en madera.

PLANO GEOMETRICO DE MADRID DEMOSTRANDO CON LOS G4 DOME EN QUE ESTA DIVIDIDO



- IGLESIAS Y OTROS SITIOS PUEBLEROS**
- 1. Iglesia y Convento de San Agustín.
 - 2. Iglesia y Convento de San Jerónimo.
 - 3. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 4. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 5. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 6. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 7. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 8. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 9. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 10. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 11. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 12. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 13. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 14. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 15. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 16. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 17. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 18. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 19. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 20. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 21. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 22. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 23. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 24. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 25. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 26. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 27. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 28. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 29. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 30. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 31. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 32. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 33. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 34. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 35. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 36. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 37. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 38. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 39. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 40. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 41. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 42. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 43. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 44. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 45. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 46. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 47. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 48. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 49. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 50. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 51. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 52. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 53. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 54. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 55. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 56. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 57. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 58. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 59. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 60. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 61. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 62. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 63. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 64. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 65. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 66. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 67. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 68. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 69. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 70. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 71. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 72. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 73. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 74. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 75. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 76. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 77. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 78. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 79. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 80. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 81. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 82. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 83. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 84. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 85. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 86. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 87. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 88. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 89. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 90. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 91. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 92. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 93. Iglesia y Convento de San Antonio.
 - 94. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
 - 95. Iglesia y Convento de San Mateo.
 - 96. Iglesia y Convento de San Sebastián.
 - 97. Iglesia y Convento de San Andrés.
 - 98. Iglesia y Convento de San Pablo.
 - 99. Iglesia y Convento de San Francisco.
 - 100. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 101. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 102. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 103. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 104. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 105. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 106. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 107. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 108. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 109. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 110. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 111. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 112. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 113. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 114. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 115. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 116. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 117. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 118. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 119. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 120. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 121. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 122. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 123. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 124. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 125. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 126. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 127. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 128. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 129. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 130. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 131. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 132. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 133. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 134. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 135. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 136. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 137. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 138. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 139. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 140. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 141. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 142. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 143. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 144. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 145. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 146. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 147. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 148. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 149. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 150. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 151. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 152. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 153. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 154. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 155. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 156. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 157. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 158. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 159. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 160. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 161. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 162. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 163. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 164. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 165. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 166. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 167. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 168. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 169. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 170. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 171. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 172. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 173. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 174. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 175. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 176. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 177. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 178. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 179. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 180. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 181. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 182. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 183. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 184. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 185. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 186. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 187. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 188. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 189. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 190. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 191. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 192. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 193. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 194. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 195. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 196. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 197. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 198. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 199. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 200. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 201. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 202. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 203. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 204. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 205. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 206. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 207. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 208. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 209. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 210. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 211. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 212. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 213. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 214. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 215. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 216. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 217. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 218. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 219. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 220. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 221. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 222. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 223. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 224. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 225. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 226. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 227. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 228. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 229. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 230. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 231. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 232. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 233. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 234. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 235. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 236. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 237. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 238. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 239. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 240. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 241. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 242. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 243. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 244. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 245. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 246. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 247. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 248. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 249. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 250. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 251. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 252. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 253. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 254. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 255. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 256. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 257. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 258. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 259. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 260. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 261. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 262. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 263. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 264. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 265. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 266. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 267. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 268. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 269. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 270. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 271. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 272. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 273. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 274. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 275. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 276. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 277. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 278. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 279. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 280. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 281. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 282. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 283. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 284. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 285. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 286. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 287. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 288. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 289. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 290. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 291. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 292. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 293. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 294. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 295. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 296. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 297. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 298. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 299. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 300. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 301. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 302. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 303. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 304. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 305. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 306. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 307. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 308. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 309. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 310. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 311. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 312. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 313. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 314. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 315. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 316. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 317. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 318. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 319. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 320. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 321. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 322. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 323. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 324. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 325. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 326. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 327. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 328. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 329. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 330. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 331. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 332. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 333. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 334. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 335. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 336. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 337. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 338. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 339. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 340. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 341. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 342. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 343. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 344. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 345. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 346. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 347. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 348. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 349. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 350. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 351. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 352. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 353. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 354. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 355. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 356. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 357. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 358. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 359. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 360. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 361. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 362. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 363. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 364. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 365. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 366. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 367. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 368. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 369. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 370. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 371. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 372. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 373. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 374. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 375. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 376. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 377. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 378. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 379. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 380. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 381. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 382. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 383. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 384. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 385. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 386. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 387. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 388. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 389. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 390. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 391. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 392. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 393. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 394. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 395. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 396. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 397. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 398. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 399. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 400. Iglesia y Convento de San Antonio.

- 401. Iglesia y Convento de San Juan de Dios.
- 402. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 403. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 404. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 405. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 406. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 407. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 408. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 409. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 410. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 411. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 412. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 413. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 414. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 415. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 416. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 417. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 418. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 419. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 420. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 421. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 422. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 423. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 424. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 425. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 426. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 427. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 428. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 429. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 430. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 431. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 432. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 433. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 434. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 435. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 436. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 437. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 438. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 439. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 440. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 441. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 442. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 443. Iglesia y Convento de San Antonio.
- 444. Iglesia y Convento de San Juan de los Rios.
- 445. Iglesia y Convento de San Mateo.
- 446. Iglesia y Convento de San Sebastián.
- 447. Iglesia y Convento de San Andrés.
- 448. Iglesia y Convento de San Pablo.
- 449. Iglesia y Convento de San Francisco.
- 450. Iglesia y Convento de San Antonio.

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

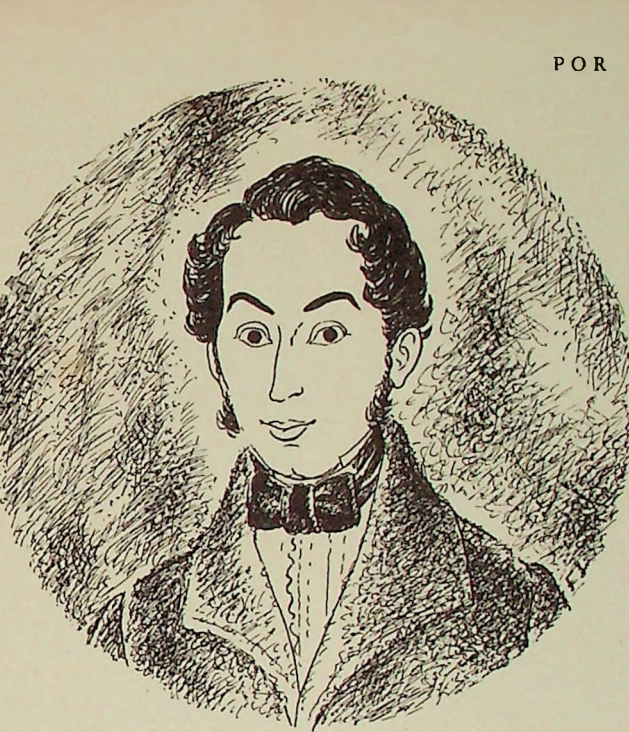
Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar

Plano geométrico de Madrid para la época de la visita de Simón Bolívar



Bolívar en Madrid

SIMON BOLIVAR
LLEGA A MADRID

El mayoral da el último tirón a las riendas, que las seis mulas de tiro no necesitan demasiado para detenerse. Las ruedas han dejado ya los polvorientos caminos que hace días recorren y saltan sobre los mal acomodados guijarros del empedrado que luce la capital. Los viajeros acogen con agrado el final del viaje y saltan al suelo desenterrando los miembros y mezclándose con los curiosos que rodean al vehículo.

Un joven abandona el molesto carruaje una tarde todavía llena de luz. Era en mayo de 1799. La ciudad no le ofrece mucho en aquel paraje de su recibimiento. Una calle no muy ancha, un patio, voces, tropezones... Si acaso lo único que revela que está en la corte es

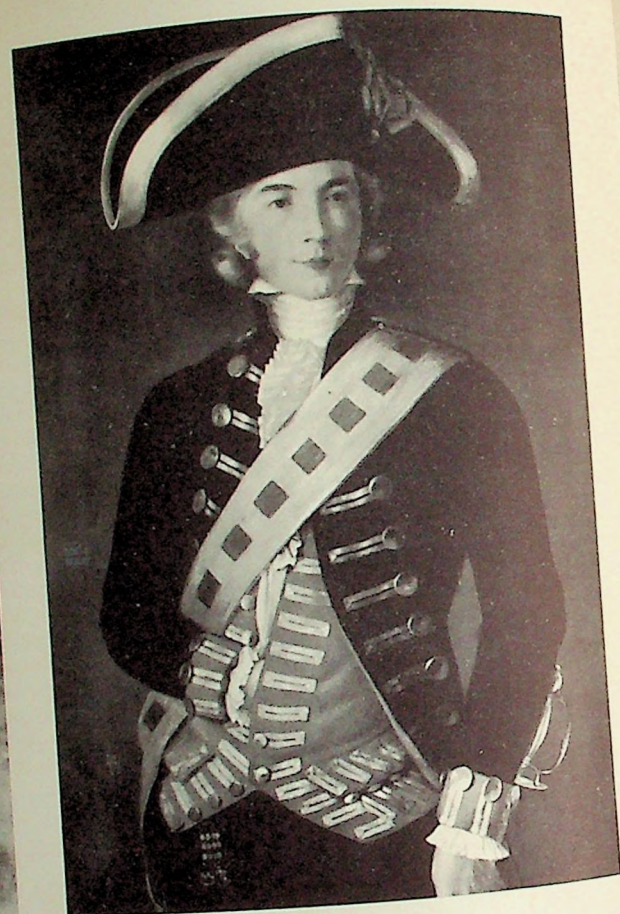
precisamente aquel muestrario de actividad, bullicio, confusión, esperanzas y planes en los que llegan y curiosidad, trajín y alegría hospitalaria en los que los reciben. El joven está aún un poco aturdido por la última de las seis jornadas en que ha cruzado la península, desde el norte, que le ofreció un verdeante y engañoso espectáculo. Malos caminos, ventas poco acogedoras, aunque eso sí, un excelente vino en todas ellas, monotonía de los verdes trigales, luego un bosque cerca de Burgos, más trigales, pinares y aridez acentuándose conforme continuaba el viaje. Frente al portalón donde el viaje ha concluido, una pared con un alto zócalo de granito y una desconchada pintura gris. Una cortina grosera pálida tras la reja de una ventana. La verdeante nota alegre de un riesto. Pero el joven no tiene tiempo para desentumecer su cerebro y observar en rededor. Le esperaba un familiar: su tío materno, don Esteban Palacios, hom-

bre sesudo y grave, como corresponde a un Ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor del Reino, para llevarle a su casa.

Y así, todavía entre asombrado, y al lado de su tío, que había recobrado la gravedad tras las primeras efusiones de la acogida, entró en Madrid Simón Bolívar.

UN JOVEN CARAQUEÑO
EN LA CORTE

A los sabuesos de la Alcaldía de Corte que hubiesen acechado el movimiento de viajeros poco les habría podido interesar aquel joven. Nada había en su porte ni en sus proyectos que diese motivo de preocupación o vigilancia. No venía a la Corte a engrosar las huestes de los arrebatadores



de bolsas, tahures o espías. Era un joven indiano —posiblemente diría "perulero" alguno de ellos— de una familia acomodada, que venía a deslumbrarse con el lumínar de la babilonia matritense. Nada de contrabando en sus valijos, y probablemente poco habría entendido si algún diablillo le revelaba al oído algo acerca de un tal Simón Rodríguez, de lecturas aún no fermentadas y de un futuro mágico en que aquel joven arrebataría a España nada menos que su Imperio.

Pero no hay que extrañar en que el sabueso no lo pensara cuando tampoco lo pensaba el joven. Las ideas quedaban por el momento en eso: en ideas, haciendo su camino misterioso e imprevisible mientras desplegaba la Corte ante él su escenario propicio a la ociosidad y la diversión.

Aquel tío que le esperaba y le albergaba estaba bien situado. Era amigo de otro caraqueño afincado en la corte, Manuel Mallo, Guardia de Corps y amigo de la reina quien le había proporcionado cargos y nombramientos, entre ellos el de Alférez para su querido sobrino Simón. En casa de Mallo vivían ambos

12Q.: La Reina María Luisa. Retrato pintado por Goya, que la reina regaló a Godoy. Se conserva en el Museo del Prado.
DER.: Godoy, Guardia de Corps, en la época madrileña de Bolívar. Cuadro de Esteve. Conservado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
AB.: Las Gazetas, casi única fuente de información, se vendían por ciegos, algunas mujeres, como en esta bella estampa contemporánea (Dibujo de Manuel de la Cruz, grabado por Juan de la Cruz).



y el joven recién llegado fue aceptado como íntimo amigo por el Guardia de Corps, de quien se decía si había sucedido a Godoy en los favores de la reina.

La Corte estaba menos tiempo en Madrid que en los Sitios Reales. Aquel primer verano madrileño del Libertador fue extraordinariamente caluroso. Los fue extraordinariamente calurosos. Los reyes, seguidos por seis o siete mil personas, pasaban la primavera en Aranjuez, deliciosos jardines, donde apenas paliaban el encanto producido por las aromáticas flores las bandadas de mosquitos que hacían sus incursiones en el atardecer. Vuelta la Corte a Madrid, el excesivo calor de aquel verano la lleva pronto a El Escorial. En septiembre estaba ya en La Granja de San Ildefonso gozando de su atmósfera templada para cerrar el ciclo con El Escorial donde pasaron noviembre y diciembre si ciarlo con Aranjuez a la primavera siguiente. Bolívar acompañaría a Mallo en alguno de aquellos traslados, pero cuando no, también el poblachón que era la capital tenía sus atractivos: el Paseo del Prado, cotidiano escenario para gozar de sombra o grato sol, según

REVISTA SHELL

la estación y descontando las épocas de temperatura extremada. Dos teatros donde se podía gozar de seguidillas, boleros, guarachas, tiranas y fandanguillos de Cádiz, tanto como de buenas compañías de teatro italiano, por ejemplo la que pudo contemplar Simón en mayo de 1800. ¡Lástima que, acusados de jacobinismo, expulsaran a aquellos comediantes! También podría asistir, si así se lo pedía su curiosidad, a las bastante abundantes casas de juego como

LECTURAS

Por las notas de gastos que conocemos no parece que el joven caraqueño pudiese entregarse con exceso a la disipación. Por el contrario, todos los testimonios hablan de su afición al estudio y las horas que pasaba encerrado con sus libros. Y al pensar en sus lecturas imaginamos que no sólo se trataría de libros sino que ejercerían gran atracción sobre él las gacetas, aquellas primeras y embrionarias muestras de periodismo que satisfacían al mismo tiempo muchas fuentes de interés. En la "Gazeta" encontraba el lector la grave dinámica de la política internacional que en aquellos días trasladaba su equilibrio a Egipto, con la expedición de Bonaparte, curiosidades pseudocientíficas que iban desde el extraño parto de un monstruo a la invención de una máquina que resolvía el movimiento continuo, noticias del movimiento de la corte y nombramientos oficiales, anuncios de lo que se representaba en los teatros ("La Atahualpa", drama sacro en música, ejecutado en el Coliseo de los Caños del Peral) y de las últimas nove-

dades en libros (El Nuevo Robinson, el Telémaco, el Arte de manejarse en la Corte, una edición más de los Comentarios del Inca, un Discurso sobre la verdadera libertad...).

¡Qué tentador e intrincado panorama de ediciones, que el joven Bolívar vería anunciadas en las Gazetas y de las que resultaría sugestivo hallar huella en su pensamiento y su obra! Las gazetas madrileñas eran el periodismo y la cultura de la época. Traían en sus páginas, junto a la noticia reciente —con un sentido de lo reciente que hoy nos parecería atrasadisimo— datos para el hombre culto, y un leve contrabando para los espíritus sutiles. La Gazeta llegaba a todos —hombres del pueblo, cortesanos, soldados— con sus cuatro páginas que voceaban los ciegos. Llegaba a todos como llegaría al joven Bolívar, cuando bajaba hacia la Puerta del Sol, en la mañana soleada del domingo, o se alargaba hasta los arbolados donde paseaban petimetres y damiselas.

En los itinerarios madrileños de Bolívar hay varios puntos esenciales. En primer lugar sus domicilios: primero, la casa de Mallo, después en la calle de



Tres figuras de Madrid de fines del siglo XVIII que conoció Bolívar: la bailarina de boleros, espectáculo popular, también de moda entre las clases altas; la cortesana garbosa, jugando mantilla y abanico, y el petimetre que no abandonaba la proximidad de los reyes.



Jardines, luego en la del Marqués de Ustáriz, enclavada frente a Carretas, enorme caserón que en 1911 aún existía como Hotel Universal. Habría que pensar también en Palacio, adonde se dirigiría el itinerario que imaginaba el historiador mejicano Pereyra que veía a Bolívar bajando por la calle de Carretas



Dibujo original de Domingo Aguirre, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, y que representa las "Calles de la Reina, Príncipe e Infantas en el Real Sitio de Aranjuez", en el año en que Bolívar acompañó a la Corte.

El Prado, lugar de paseo y expansión de la capital de España en los días madrileños de Bolívar. Señores, damas, pedigueros, frailes, lechuguinos, el viejo de la guitarra, etc.



a la Puerta del Sol, situándose junto a la fuente de la Manblanca, y contemplar a cierta joven que iría de Fuencarral a Montería para asistir a misa en el Buen Suceso. Como no apuntar también el Paseo del Prado de los amables paseos en las apacibles tardes, el ya citado Teatro de los Caños del Peral, próximo a Palacio, las librerías albergadas en las covachuelas de San Felipe el Real, cualquier ronda de las afueras propia a un paseo al trote del caballo...

Madrid siempre ha sido una ciudad invitadora a pasear en los atardeceres, bajo cielos arrebatados en policromos crepúsculos. Más en aquel Madrid de reducidos límites donde una variada y pintoresca sociedad se partía en múltiples tipos y clases: lechuguinos, petimetreños, militares, chisperos y majos, vendedores, pregoneros... Todavía un momento de transición entre "la capital del orbe" que fuera con Felipe III y IV y

las próximas fechas en que se vería ante un rey intruso, inclinando la cabeza sin doblegarse. Para el joven Bolívar todavía tendría mucho de lo primero. Aunque en sus pensamientos hay que creer que sufrirían un eclipse aquellos que no fuesen movidos por el corazón, porque en aquel Madrid es donde el joven caraqueño conoció el amor.

No sabemos lo que el joven conocería de una capital en que el vicio ocupaba un lugar importante y que es de suponer conocerían al dedillo sus amigos, guardias de corps. Tampoco se puede asegurar nada respecto a lo que algún biógrafo ha insinuado queriendo hacer al protegido de Mallo el escalón siguiente en la lista de amantes de la reina. Lo que sí sabemos es que los sentimientos de Bolívar van por un camino muy distinto y que en su alma de joven había brotado una pasión honda y sencilla, normal y firme, que revelaba en la noti-

cia dada en una carta: "... por haberme apasionado de una señorita de las bellas circunstancias y recomendables prendas como es mi señora doña Teresa, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita".

Esto era en septiembre de 1801. Otra carta, nos despliega sus proyectos en los que vemos su propósito de casarse por poderes, estando él en Bilbao, y reunirse con su esposa pocos días después para partir rumbo a la patria americana, entonces aún bajo la corona española.

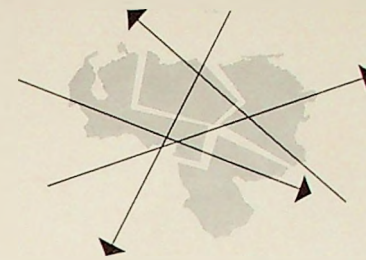
Conocida es la desgracia que persiguió al joven matrimonio. A Bolívar esperaba un puesto en la historia. Los años de Madrid quedarían como una estampa viva en lo más sentimental de sus recuerdos. Y en la actual ciudad, atrafagada, sumida en su vida nerviosa y practicista y que todavía parece sentir algún resquemor hacia quien desgajó medio continente de su poderío y no le ha alzado estatua —aunque se colocó la primera piedra—, queda una lápida que recuerda aquel tiempo, aquellos años madrileños del Libertador. Está en la Red de San Luis; en el corazón de aquel Madrid un alto edificio ocupa el lugar donde estuvo la casa de Astrearena, y dice así:

EN ESTE LUGAR ESTUVO
SITUADA LA CASA QUE HABITO
D. MARIA TERESA
R. DEL TORO
ESPOSA QUE FUE DE
SIMON BOLIVAR
GENIO DE LA RAZA



JORGE CAMPOS. Nacido en Madrid en 1916. Está considerado como uno de los cultivadores de la narración corta más importante en España actualmente. Ha publicado varios libros de cuentos, de crítica y de ensayos generales. Miembro del Instituto Fernán de Oviedo, se interesa por la literatura hispanoamericana, siendo autor de una gran Antología Hispanoamericana y varios estudios menores. En 1955 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su libro de narrativa "Tiempo pasado".

REVISTA SHELL



Distribución y movimiento de la población

POBLACION ACTIVA
Y DESARROLLO ECONOMICO.
CRECIMIENTO DEMOGRAFICO
EN EL ESTADO SUCRE.

POR PABLO PERALES

La distribución de la población sobre un territorio dado, no es el efecto de una suma de actos caprichosos, sino que, al contrario, se debe a la influencia de unas circunstancias que son las que determinan lo que, considerado individualmente, parece un acto de libre albedrío y acción privada, pero cuya suma da lugar a la formación y carácter de los movimientos migratorios, tanto en el orden nacional como en el internacional.

Dicho de otra manera, cuando un tachirenses de Cañabrales, de Matamulas o de Las Delicias, decide trasladarse a Lagunillas, a Cabimas o a Caracas, no está procediendo tan libremente como él cree, ni su voluntad está ejerciendo la facultad de escoger con independencia, sino que está obedeciendo —y aquí sí se podría añadir que ciegamente— al mismo estímulo que hace salir de sus conucos o de sus casas, a unos 46.000 tachirenses que toman, cada uno por su cuenta, el camino del Distrito Federal o de Zulia principalmente.

Haciendo un resumen de las circunstancias sociales y políticas que dan vida a esos estímulos, podríamos decir que son los desniveles regionales de situación económica, los que atraen o impulsan a la población a dirigirse de unos estados a otros, en busca de mejores condiciones de vida.

En Venezuela tenemos diez entidades federales que atraen población y trece que pierden parte de la propia, por emigración.

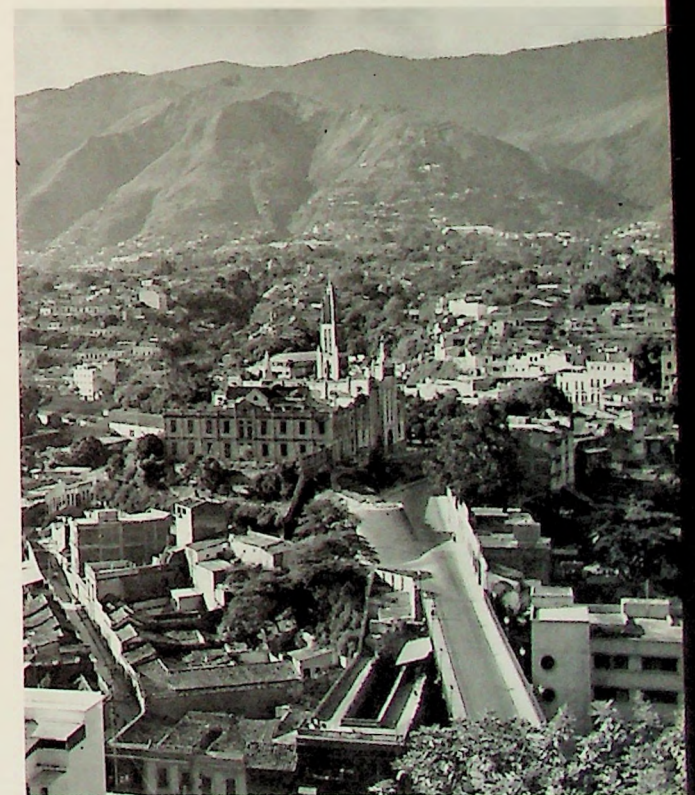
Las primeras son: Distrito Federal, Anzoátegui, Aragua, Barinas, Carabobo, Monagas, Portuguesa, Zulia, Amazonas y Delta Amacuro.

Así, la población del Distrito Federal, según datos de 1950, se divide en estos componentes:

Oriundos del Distrito Federal	319.304 hab.
De otros Estados	331.508 "
Extranjeros	88.790 "

No todos los nacidos en el Distrito Federal residían en el mismo. Según el mencionado Censo, el total era de 363.267, de los cuales vemos, por la suma anterior, que vivían en el distrito 319.304 y por consiguiente emigraron 43.963.

REVISTA SHELL



Caracas, poderoso centro de atracción de población.

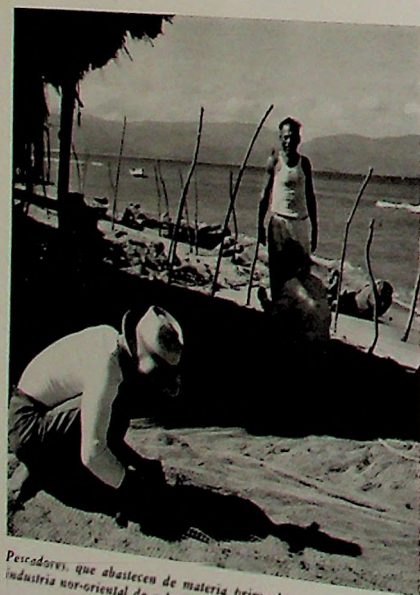
La diferencia entre 363.267 y 709.602, nos da la intensidad de la fuerza atractiva del Distrito Federal, que si por un lado envió afuera a 43.963 de sus coterráneos, atrajo a más de 390.000 forasteros.

De los 435.102 zulianos que en 1950 había en Venezuela, 411.700 residían en Zulia. De manera que emigraron 23.402.

21



Las Salinas de Araya ofrecen trabajo a los hombres del lugar, evitando su emigración a otras zonas económicamente activas.



Pescadores, que abastecen de materia prima la industria nor-oriental de enlatados.

Pero, procedentes de otros estados y del exterior, vivían en Zulia 148.636 personas, dando un total de población de 560.336 habitantes.

El caso de los estados de emigrantes es distinto. El ejemplo más típico es el de Nueva Esparta, como vamos a ver. En los dos ejemplos anteriores el total de habitantes de una región es siempre superior al número de los oriundos de ella. En el archipiélago, el número de habitantes es considerablemente inferior, porque la inmigración no compensa a la emigración. Así tenemos que el total de habitantes de Nueva Esparta es de 75.899 personas, a pesar de que el número de isleños fuera en ese año, de 110.845. La emigración de 38.586 margariteños no tuvo compensación en la inmigración de 3.640 forasteros.

Estableciendo la debida compensación entre emigración e inmigración, veremos que, de aquellos trece estados deficitarios que tenemos en Venezuela, los cinco primeros son:

	Nacidos	Residentes	Déficit
Nueva Esparta	110.845	75.899 Hab.	31,52%
Trujillo	346.516	273.919 "	20,95%
Yaracuy	110.747	132.436 "	17,61%
Falcón	308.291	258.759 "	16,06%
Sucre	393.088	333.607 "	15,13%

De los 393.088 sucrenses que había en 1950, habían emigrado 75.958, es decir, el 19,30%, que residían en las siguientes provincias:

POBLACION MIGRATORIA DE SUCRE — 75.958 PERSONAS

CENSO DE POBLACION DE 1950

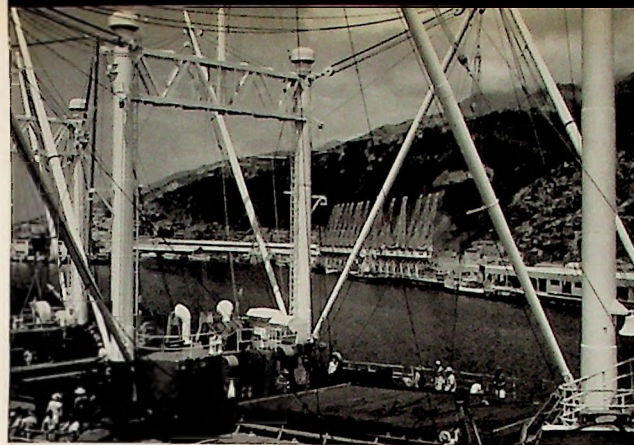
A Monagas	30.504
A Distrito Federal	18.389
A Anzoátegui	15.554
A Zulia	1.719
A Carabobo	1.553
A Nueva Esparta	1.472
A Miranda	1.374
A Delta Amacuro	1.255

Como vemos, los dos estados vecinos productores de petróleo, Monagas y Anzoátegui, absorben 46.000 del total.

Es posible, por no decir seguro, que de 1950 para acá la tendencia haya variado mucho, pues la situación de los campos petrolíferos de esos dos estados ha cambiado notablemente, al disminuir su productividad, con evidente pérdida de su poder atractivo como fuente de trabajo. La zona de Caripito, Quiriquire y Jusepín, ha visto mermar sus reservas conocidas y la extracción de petróleo ha sufrido notablemente. Por consiguiente, ello estará influyendo fuertemente en la situación económica de Sucre, no solamente por pérdida de mercado de trabajo, sino de mercado de consumo de productos agrícolas.

El cuadro anterior sigue con Aragua (977) personas. Bolívar (892), Guárico (832), y así disminuyendo hasta Apure, donde residían 42 sucrenses, y Amazonas, con 11.

Aunque quizás parezca innecesario, pues ya lo hemos visto en ejemplos anteriores, el déficit indicado en el cuadro de los cinco estados se refiere al saldo del movimiento demográfico.



Por su intensa y variada actividad, los puertos nacionales (La Guaira, Maracaibo, Puerto La Cruz, Las Piedras, ...) son zonas de atracción de población. Este es el puerto de La Guaira.

es decir, contando emigrantes e inmigrantes. El Estado Sucre hizo emigrar a 75.958 de sus nativos, pero atrajo a 16.477 forasteros, de manera que el saldo negativo se redujo a 59.481 personas, con el cual hemos establecido el porcentaje de 15,13%.

Para valorar aproximadamente ese poder de atracción, cifrado en 16.477 personas, digamos que casi la mitad, 7.056, provenían de Nueva Esparta que, como hemos visto, es el que suministra mayor contingente de emigrantes dentro de Venezuela. De manera que no se trata de gente atraída por buenas condiciones económicas, sino que emigran presionadas por las difíciles circunstancias en que se desenvuelve la economía de las islas y se acogen a lo primero que encuentran. Es probable que la inmensa mayoría de esos 7.056 isleños, esté constituida por pescadores que habitan en la costa norte del estado, frente a Margarita, y en las del Golfo de Cariaco y Península de Araya.

Lo peor del caso es que no se trata de un fenómeno aislado o circunscrito a la época del último Censo, sino que, por el contrario, es una tendencia que se viene manifestando con mayor vigor por lo menos desde 1936.

En aquel año, cuando se llevó a cabo el VI Censo General de Población, el movimiento migratorio quedaba casi nivelado, aunque el saldo negativo ya existía. En 1941 la corriente emigratoria se manifestó fuertemente y en el último Censo, el de 1950, el saldo negativo supera a los dos anteriores de manera alarmante.

POBLACION DEL ESTADO SUCRE

	Nacidos	Residentes	Déficit	
Censo de 1936	265.569	262.344	3.225	1,21%
Censo de 1941	306.875	291.452	15.423	5,03%
Censo de 1950	393.088	333.607	59.481	15,13%

OBSERVACIONES

Creo que con esas cifras a la vista podremos deducir algunos caracteres de la situación general en el Estado Sucre: 1) La economía del Estado Sucre mantiene un ritmo de progreso inferior al de otros estados y al de la Nación en su conjunto; 2) El nivel de vida ofrecido a la población por el conjunto de la actividad económica, no ofrece aliciente para fijarla al medio y mucho menos para atraer la de otros estados.

Si damos un vistazo a la distribución de la población activa, podremos precisar los dos caracteres recién mencionados y deducir otros.

POBLACION ACTIVA EN EL ESTADO SUCRE

CENSO DE 1941: 84.858 PERSONAS

CENSO DE 1950: 96.798 PERSONAS (1)

	Año 1941	Año 1950
Agricultura, ganadería y silvicultura	48.578	56.442
Pesca	3.635	4.501
Industria Manufacturera	13.263	9.496
Comercio	5.280	6.646
Servicios	9.626	11.938
Transporte, almacenaje y comunicaciones	2.430	2.660
Edificación	1.053	2.636
Minas y canteras (3)	280	597
Hidrocarburos (4)	133	70
Electricidad, gas y agua	73	161
No bien especificadas o no declaradas	507	1.651

(1) A los fines de comparación entre los dos Censos, no se incluyó la cifra de 4.307 personas que estaban sin trabajo. Es decir, que el total de la "población económicamente activa" en 1950, era de 100.805 personas.

(2) Incluye un número importante de amas de casa que, en 1941, figuraron como "costureras por su cuenta", dentro del grupo "Fabricación de trajes, incluso camisas, etc."

(3) Sin "Hidrocarburos".

(4) Incluye Refinación.



Agricultura esforzada, de métodos rudimentarios, sin mecanización y con excesivo empleo de mano de obra.

El primer grupo, que es el más importante y a la vez el más significativo, no solamente se lleva más de la mitad de la población activa, sino que su proporción ha aumentado, en vez de disminuir, de 1941 a 1950. El ejercicio de la agricultura en países como el nuestro, donde en términos generales se practica en la forma rudimentaria que todos conocemos, más que actividad racionalmente concebida y dirigida a un fin económico de proyección nacional, es mero aprovechamiento de brazos, que de otra manera tendrían que estar ociosos cuando no tienen posibilidades de emigrar. De ahí que la población agrícola es la reserva de mano de obra de donde extrae sus efectivos la industrialización de un país, y si aquella se mantiene igual o superior en términos relativos, es debido simplemente a que no hay demanda por parte de la industria, por la sencilla razón de que ésta no existe o no progresa al ritmo debido.

Ese aumento proporcional de agricultores, que no va acompañado, como todos sabemos, de nuevas y grandes roturaciones, de la incorporación de máquinas y herramientas a la producción, incide en la productividad del campo haciéndola aun más pequeña de lo que era antes y en consecuencia más cara. En vez de mecanizarse, de tecnificarse, la producción agrícola se sobrecarga de hombres, se hace más manual. Aun en el supuesto de que la producción de Sucre hubiera aumentado en todos los renglones —y sabemos que no es ese el caso—, lo rudimentario de sus procedimientos daba amplísimo margen a reducir el número de campesinos, si el desarrollo económico de la región hubiera exigido fuerza de trabajo en fábricas, talleres, servicios, comercio o transporte.

Es decir, en definitiva, que si de 1941 a 1950 ha aumentado proporcionalmente la mano de obra en el campo, se debe a que no tiene otras ramas de la producción que la demanden.

A la vista está el renglón de "pesca", que en Sucre provee de materia prima a una industria de conservas, establecida en el golfo de Cariaco antes de 1941. Si en 1941 el porcentaje de pescadores era de 4,30%, en 1950 el desarrollo de las fábricas no llegó a exigir aumento apreciable de mano de obra, a causa, sin duda alguna, de que ese desarrollo ha sido insignificante.

Otro indicio de gran valor para medir la situación o, mejor dicho, la tendencia de la economía de un país, es la proporción de población dedicada al transporte. En verdad, es esta rama de la economía quizás la más sensible a las variaciones y transformaciones de la estructura económica. Es cierto que en países altamente desarrollados, podríamos pensar que la concentración de pequeñas empresas y la sustitución de pequeños medios por grandes medios, podría dar por resultado que disminuyera la proporción de personas ocupadas en el transporte, aunque el volumen de éste aumentara considerablemente. Pero ese no es nuestro caso, pues el transporte en Venezuela es todavía función casi personal y las pocas empresas dedicadas al mismo, están todavía muy lejos de poder realizar fusiones que dieran aquellos resultados.

Si en Sucre disminuyó la proporción de personas ocupadas en el transporte de mercancías, se debió en primer lugar a la falta de carreteras, falta que en Sucre, sobre todo para la fecha del último Censo en 1950, era casi absoluta. En segundo lugar, a que la diversificación de la producción mercantil no alcanzó niveles que reclamaran una intensificación del transporte. Las cosechas de cacao, café, cocos y maíz, que junto con la caña de azúcar son las principales en Sucre, han tenido las variaciones que se detallan en seguida, según los dos censos agropecuarios llevados a cabo en Venezuela, en 1937 y en 1950:

PRODUCCION AGRICOLA

	Censo de 1937	Censo de 1950
Cacao	7.834 Tn.	8.106 Tn.
Café	4.918 "	4.058 "
Maíz	42.301 "	24.749 "
Cocos	4.000.000 "	20.000.000 "

De la lectura de las dos columnas, se deduce inmediatamente una falta de tendencia progresista, a pesar de que el lapso es suficientemente largo para que se manifestara claramente una u otra tendencia: al aumento o a la disminución.

Lo que se aprecia en seguida, es que no ha habido estímulo para fomentar el empleo de mayor contingente de mano de obra en el transporte, por parte de lo que podría ser el incremento continuo en la producción. Que esa irregularidad se deba a su vez a la carencia de vías de comunicación, es cosa que no se descarta, pero que no altera el resultado final de que en Sucre no ha habido condiciones que exigieran una mayor elevación en el nivel de empleo en el transporte.

Si repasamos los otros porcentajes, confirmaremos la impresión de estancamiento que se deduce de algunos de ellos.

En los servicios, que también es una actividad muy sensible a la variación, vemos que se ha adelantado solamente 1% en los nueve años; en comercio, el incremento ha sido casi nulo: de 6,20 a 6,90%. En edificación, se duplicó el porcentaje con creces: de 1,20 a 2,70%, debido probablemente a la demanda de trabajo en obras públicas nacionales o estatales. En industria, aunque no tenemos buenas cifras para comparar, es evidente sin embargo que no ha habido incremento positivo.

En cuanto a la producción agrícola, no contamos con ningún producto que muestre tendencia a la superación. Del maíz, por ejemplo, que se recogieron 42.301 toneladas en 1937, se obtuvieron 24.749 en 1950 y aun han seguido bajando las cifras, con posterioridad a ese año. Otro tanto podemos decir de las legumbres —principalmente caraotas y frijoles—, que si eran 1.875 toneladas en 1937, se quedaron en 919 toneladas en 1950, aunque después ha habido algún aumento sustancioso. El papelon subió mucho, pasando de 11.652 toneladas en 1937, a 13.497 en 1950 y a 24.088 en 1954. El tabaco, otra materia prima industrial, ha sufrido violentas oscilaciones sin que nunca haya llegado a las 2.000 toneladas: en 1937 se cortaron 1.699 toneladas, en 1950 bajó a 411 y luego volvió a subir y a bajar, registrándose una cifra bajísima en 1955, con 434 toneladas.

La pobreza de desarrollo económico es siempre el primer causante del estancamiento o retroceso en el crecimiento demográfico. La afirmación que, con visos de teoría, sostenía que la distribución y crecimiento de zonas demográficas se debe principalmente a razones de clima, sólo tiene validez cuando el desarrollo económico está en su fase primitiva, es decir, cuando el hombre depende estrechamente, no sólo de la geografía sino de la Naturaleza. Pero, a medida que se va elevando en su condición, el hombre se va haciendo más independiente de los factores naturales y se establece o actúa en cualquier parte donde el conjunto de las condiciones económicas sea favorable.

En Venezuela contemplamos ejemplos evidentes de ello y el de Sucre es uno más. Quizás el más notable es el que nos ofrece la relación entre los estados de la cordillera andina y la hoya zuliana, tradicionalmente proveedores, los primeros, de considerable cantidad de mano de obra a la cuenca petrolera. El clima y las condiciones generales geográficas o naturales existentes en Zulia en 1920, a las cuales habría que incluir la persistencia de una endemia palúdica cuya virulencia se reducía de vez en cuando, no fueron obstáculo para que entre 1920 y 1926, fechas de dos censos de población, se registrara un coeficiente geométrico anual de crecimiento de 93,36 por mil, es decir, el más alto conocido hasta ahora en Venezuela. Y ello se debió a la intensificación de la producción petrolera, estimulada enormemente en los años siguientes a la terminación de la primera guerra mundial.

Dejando a un lado este caso, que se pudiera calificar de excepcional, tenemos los más abundantes y constantes ejemplos de desplazamiento de los incrementos demográficos desde las zonas consideradas tradicionalmente como asiento de nuestra población, hacia las del interior de Venezuela, hacia los Llanos.

Así, mientras Trujillo, Mérida, Lara y Sucre, tienen violentas disminuciones en ese coeficiente, hasta el punto de que Trujillo ha bajado de 17,40 a 4 por mil y Sucre de 21,50 a 15,20 por mil. Anzoátegui ha subido de 36 a 50 por mil y Barinas de 23 a 27 por mil. El caso de Táchira es de especial interés, pues dentro de su territorio se realiza una despoblación proporcional de sus zonas altas, las de La Grita, El Cobre, Zumbador, Los Capachos, en favor de sus zonas bajas de La Fria al norte y de San Antonio de Caparo al sur, donde se desarrollan comarcas agropecuarias de reciente explotación. Y por la misma causa, por la del fomento de la actividad económica, que en este otro caso es industrial, Aragua y Carabobo también han registrado aumentos de su coeficiente geométrico, en especial Aragua que lo ha triplicado, pasando de 12,90 a 36 por mil.

De manera que no solamente no tienen causas oscuras y no susceptibles de intervención los fenómenos demográficos, sino que su intensidad y dirección son indicios muy seguros del estado económico general de las partes afectadas por esos fenómenos. Y a reserva de que en cada caso, el estudio detallado revele las distintas alternativas existentes, podemos ya dejar sentados dos teoremas de continua demostración: 1) La población crece o aumenta donde la actividad económica está en proceso de expansión, y 2) si queremos fijar o atraer población a una región determinada, el medio más seguro es fomentar y estimular su desarrollo económico.

PABLO PERALES FRIGOLS. Venezolano. Economista. Español de nacimiento, nacionalizado en 1951. Ha sido Profesor Mercantil de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Barcelona (España). Reside en nuestro país desde 1944. Conoce la mayor parte del territorio nacional. En el Ministerio de Fomento ha desempeñado los cargos de Jefe del Departamento de Geografía Económica en la Dirección de Industria y el de Jefe de Departamento de Planificación Turística, en la Dirección de Turismo. Ha publicado diversas obras de carácter geográfico y económico.



Seis años tenía Rebeca Itriago Urbaneja, alumna de primer grado, cuando realizó este prodigio delicioso de líneas y colores, pleno de símbolos solo comprensibles para su pura imaginación. El significado de la palabra "lusero", en la fachada del impenable edificio, únicamente ella puede saberlo.



LA MAGIA DEL DIBUJO INFANTIL

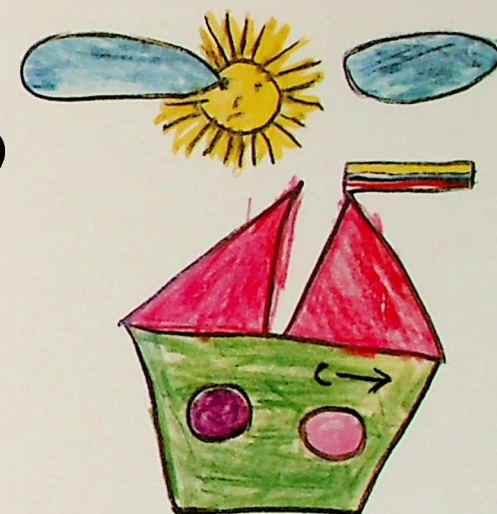
POR ANTONIO AGUILAR

HACE AÑOS, EN UNA EXPOSICIÓN de pintura efectuada por mí en el Liceum de La Habana, acerté a escuchar un comentario que, aunque hecho con intención de crítica, me llenó de satisfacción. Al contemplar uno de los cuadros, un visitante le decía a un amigo: "Mira esto... parece que lo ha pintado un niño". El cuadro, titulado "Maternidad", representaba a una niña, que sentada en un campo de florecida grama, acunaba en sus brazos, apretándola contra su pecho, a una pequeña muñeca. Tema sencillo que compuse y ejecuté con la más ceñida economía de elementos y detalles, tratando de lograr en el dibujo y el color, la ternura, la emotividad de un dibujo infantil. ¿Lo había logrado plenamente? De seguro que no, pero aquel comentario de un sorprendido espectador anónimo frente a mi cuadro, constituyó para mí una recompensa que recuerdo con gratitud.

Porque, ¿quién puede pintar como un niño? ¿Quién sino un niño puede dar rienda suelta a tan graciosa imaginación creadora, a tan puros e incontaminados sentimientos? ¿Qué no se atreverá a expresar o a "inventar" un muchacho?

Mucho se ha dicho y escrito sobre el dibujo de los niños, pero siempre será tentador insistir una y otra vez sobre el tema, ya que cada nueva incursión a ese mundo de maravillas es una renovada aventura de encantamiento y alegría. Los niños, sencilla y candorosamente, nos regalan su arte riente para recrear nuestro espíritu como con el canto libre y maravilloso de los pájaros. Inapreciable regalo para el hombre, que inmerso en las angustias e incertidumbres de un existir casi deshumanizado, encuentra en ese arte limpio, en estado de gracia, un tierno remanso de pesares y una esperanzadora luz de felicidad.

¿Dónde, sino en un dibujo infantil, podríamos admirar un barco como este? Sólo la imaginación candorosa de un niño en su mayor estado de pureza, puede decir tanto con tan poco. Simplicidad de diseño y bellos colores, afirmación de nacionalidad y ambiente tropical en el sol esplendoroso.



En la vela, el cofre de la fantasía; la querida bandera que marca el rumbo y el sol que sale, boca abajo, sobre una naturaleza pródiga que dispara cocos en profusión. Es el trabajo de Angelita Hernández, alumna de 4º grado que lo titula "Mi Paisaje". Así mismo; de ella nada más.





Desde los albores de la humanidad, otros seres, carentes de toda cultura —y precisamente por ello— logran parangonarse con el niño en la expresión imaginativa y espontánea de su arte. Los primeros balbuceos artísticos del hombre, plasmados en las pétreas paredes de sus cavernas, son elementales, imaginativos y simples como dibujos infantiles.

Entre las ilustraciones que acompañan a estas líneas se incluyen unas graciosas figuras humanas del abrigo rupestre de La Granja, en Miranda del Rey, Jaén —España— de las que el arqueólogo español Martín Almagro en su trabajo "Arte Prehistórico", que inicia la "Historia Universal del Arte Hispánico", dice lo siguiente: "... como los graciosos muñecos pintados en La Granja, que parecen la obra de un niño".

Los hombres que a través de miles de años, hasta nuestros días, disfrutaban del don incomparable de parecer niños en su expresión creadora de ideas, formas y colores, son, por derecho propio, los primitivos, los aborígenes de América, los pintores "ingenuos" y hasta los mal llamados "bárbaros" e impreparados. Ellos, como los niños, se prodigan en un arte verdaderamente abstracto en virtud de una natural facilidad de síntesis, de su simplicidad y su pureza. Arte ilimitado, vario y múltiple, que carente, por fortuna, de toda limitación de técnica "culto", ni de determinada modalidad "meditada" y "juiciosamente" aplicada, utiliza todas las "técnicas" sin superdición, libre, valientemente. He ahí la magia y el milagro del dibujo infantil.

En esa natural disposición del subconsciente del niño para expresar gráficamente sus ideas, afloran sutilmente los primeros indicios de su naciente personalidad. En ellos aparecen, casi siempre, los rasgos vitales positivos de su despertar a la vida, y es por eso que psicólogos y educadores de todos los países le han dedicado siempre a su estudio un decidido interés.

Para mencionar algunas actividades realizadas en ese sentido en nuestro continente, nos referiremos (únicamente, por falta material de espacio), a los experimentos efectuados en México y en Cuba; el primero, por ser el más importante, y el segundo por haber sido testigos de su inicio, desarrollo y resultados. El notable plan de Escuelas Libres de Pintura, creado y mantenido durante el mandato presidencial del general Lázaro Cárdenas, por su amplitud, por su perfecto planeamiento y realización, por la generosidad de la ayuda oficial, por la altura de miras y patriotismo de su objetivo, debe ser mencionado como ejemplo estimulante digno de emulación.

Estas escuelas funcionaron durante cinco años en todo el territorio mexicano al servicio, tanto de los niños de las capas más humildes del pueblo, como de los campesinos que, aunque adultos, vivían en los medios rurales totalmente apartados de



Graciosas figuras humanas del abrigo rupestre de La Granja, en Miranda del Rey, Jaén (España).

Como una anticipación de las manifestaciones abstractas del arte moderno, nuestros aborígenes grabaron sobre las rocas elementales figuras como éstas, que parecen trazadas por un niño.



Sentido decorativo en la composición y el color y un conmovedor contenido de patria, están implícitos en esta pequeña obra de arte en la que todo, incluso el título —"La Cruz de Mayo"—, está expresado gráficamente. Es su autor el niño José Miguel Raustes, de Maturín, Estado Monagas, alumno de 4º grado.



la más elemental actividad de arte y cultura. Los resultados obtenidos fueron extraordinariamente positivos, desbordando todos los cálculos previsibles. Esa noble tarea realizada ininterrumpidamente durante un lustro con amor y dedicación ejemplares, contribuyó a encauzar la personalidad y el espíritu de muchos miles de hombres y niños del país, y significó indudablemente, una etapa de creación pictórica incorporada con carácter propio e inconfundible a la historia del arte en México. Es justo reconocer, que aparte del patrocinio oficial, contó con la ayuda desinteresada y entusiasta de maestros, intelectuales y artistas mexicanos, entre los que se contaban Orozco, Rivera, Siqueiros, Alva de la Canal, Fernando Leal y muchos otros que "descubrieron" y estimularon a numerosos ingenuos, que hoy figuran con nombre y obra propios entre los valores positivos de la plástica de aquel hermano país. Abraham Angel, indio adulto, debe ser recordado en primer término y destacadamente. Desde su primer contacto con algo tan insospechado para él como el mundo fabuloso de la pintura, causó asombro por su pasmosa facilidad y por la gracia ingenua y personalísima de sus cuadros, sólo comparables a los que dieron justa fama al "aduanero" Rousseau.

Entre los experimentos realizados en Cuba, aunque lamentablemente sin ningún sentido de continuidad y carentes de ayuda oficial, se destaca singularmente la labor altruista del pintor español Gabriel García Maroto, quien fundó en Caimito del Guayabal, pequeño pueblo de la provincia habanera, una escuela de pintura para niños campesinos. La escuelita, humildemente instalada en un viejo cuartel abandonado de la Guardia Rural, estuvo en actividad durante dos o tres años y además de proporcionar alegría y esparcimiento a los pequeños guajiritos, rindió una encomiable tarea educativa, cuyos resultados artísticos causaron verdadera admiración de la crítica y el público en las varias exhibiciones efectuadas periódicamente en La Habana.

Refiriéndonos a Venezuela, es justo reconocer que se han realizado esfuerzos meritorios para estimular esa disposición natural del niño a expresar sus ideas por medio del dibujo. Recordemos la admirable exposición organizada por Miguel Otero Silva y presentada en el Museo de Bellas Artes. Así como el interesante concurso y exhibición de dibujos realizados por pequeños artistas que presentó Armando Barrios en el propio local del Museo.

Es también cierto que entre buen número de educadores y maestros existe un decidido interés por estas manifestaciones de arte infantil, por lo que aportan tanto desde el punto de vista educativo como por lo que contribuyen al estudio de la personalidad y el carácter de sus educandos, pero esa encomiable preocupación, casi siempre producto de buenas voluntades dispersas, debe y merece ser encauzada y planificada ampliamente, con carácter nacional y permanente para el logro de un objetivo patriótico y humano extraordinariamente importante.

Entre las labores a realizar —suministro de materiales a los niños pobres, charlas, premios, concursos, exposiciones, intercambio entre escuelas en todo el territorio nacional y de otros países, etc.— consideramos de un alto interés fomentar en los centros educativos del país, la creación del teatro de títeres. Los títeres, entrañables amigos de los niños en todos los tiempos, son, por su gracia "disparatada" e ingenua, como dibujos infantiles que tomasen vida gesticulante y parlanchina. Ellos, puestos al servicio de una faena educadora, rendirán frutos insospechados y estimularán la afición de los pequeños a crear, por medio de sus graciosos dibujos, esos deliciosos seres animados, con sus correspondientes vestuarios, escenografías, etc.

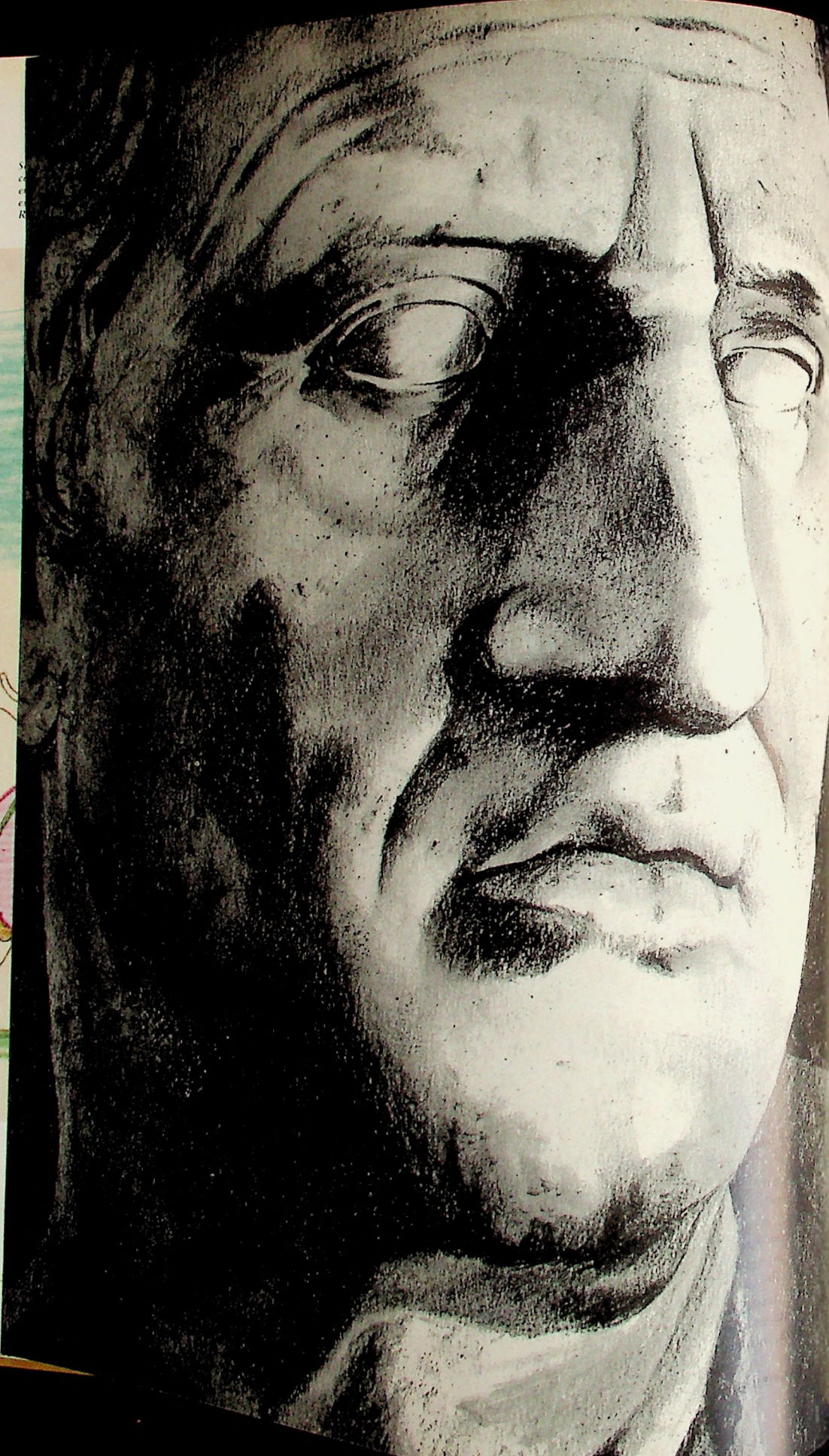
El camino a recorrer puede ser largo, pero nunca ingrato, desagradable o infecundo, y al final puede enfrentarnos, posiblemente, a la necesidad feliz de crear en nuestro Museo de Bellas Artes una sala permanente de dibujo infantil.

Sirvan al planteamiento definitivo de este deber para con nuestros niños, las palabras del poeta Rafael Angel Insauti en el prólogo de su libro "La Poesía Venezolana para Niños": "De algún tiempo para acá parecen haberse intensificado los afanes de capitalizar las riquezas potenciales del niño; de recuperar algunas facultadas innatas que el tiempo menoscaba y aquél posee en estado de creación permanente; de robar sus claves, en fin, a ese pequeño deslumbrante rey de tierras ilusorias, que con sólo mover, igual que en el cuento de "Las Mil y Una Noches", el anillo de su deseo, trastorna o transfigura la realidad del contorno".

Para finalizar, y recordando algo que en muchas ocasiones hemos pensado, se nos ocurre preguntar: ¿No sería interesante indagar sobre la posible motivación de la persistencia de determinados elementos en la rica temática del dibujo infantil? Por ejemplo: en el barco velero, la nube, el sol, los pájaros, la montaña, el sendero, ¿no aflora un como recóndito anhelo subconsciente de marcha, aventura, vuelo y libertad?

ANTONIO AGUILAR JIMENEZ. Dibujante, pintor y periodista cubano. Estudió dibujo y pintura en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, España, y en la Art Student League de New York. Fue fundador y profesor de Escenografía de la Academia de Artes Dramáticas de La Habana, Cuba. Escenógrafo de teatro, cine y televisión, ha realizado escenarios y diseñado figurines para teatros de Nueva York, Buenos Aires, México y La Habana. Trabajó en estudios cinematográficos de México y en estaciones televisoras de Cuba. Desde hace varios años reside en Venezuela.





trato de Cicerón.
ria 50 años a. de J.C.
seo Capitolino.
ma.

POR JUAN A. NUÑO

CICERON FILOSOFO

LA FIGURA DE CICERÓN, tanto en su vida pública como en la privada, resulta suficientemente conocida y hasta debatida en exceso, pues frente a ella la consideración histórica ha adoptado diversas posiciones, desde la de abierta condenación y declarado desprecio hasta la de una cálida simpatía, no exenta de un cierto y anacrónico parcialismo político.

Parece como si su *actividad intelectual* también se viera sometida a semejante oscilación interpretativa, por más que no se trata en este caso de determinaciones personales (traducibles en términos de simpatía y antipatía), sino de ciertas barreras preliminares que es preciso saltar para poder abordar su contorno filosófico. De hecho, resulta punto menos que imposible encuadrarlo sin tomar posición previa ante el frente dual de estas cuestiones: ¿fue Cicerón un filósofo original?, ¿por qué hizo Cicerón filosofía? En la medida en que sea posible responder a estas preguntas se tendrá el sentido de la dedicación intelectual de este político-filósofo que, a la postre, resulta ser más bien y más gravemente, un filósofo-político.

El tema de la *originalidad intelectual* de Cicerón remite, en superior instancia, al problema histórico de la originalidad cultural romana. Sin desco, y es de suponer que sin necesidad, de dilucidar agotadoramente tan compleja cuestión, puede observarse sin embargo que, si nadie ha planteado el problema de la falta de originalidad mercantil de Roma, por ejemplo, ¿por qué hacerlo con lo cultural ya que en ambos casos existe la misma causación histórica bien determinada? En lo económico, Roma aceptó plenamente el sistema de intercambio griego, basado sobre la correspondiente economía de valores de cambio, y no trató de crear un monopolio propio del sistema; lo aceleró, simplemente, mediante la creación de rutas internacionales y el fomento de la producción local, provinciana. Con ello

Roma pasó a ser el emporio. De semejante modo fue aceptada, en lo cultural, la temática griega de la época: la preocupación filosófica por los problemas éticos. Con lo que puede postularse, un tanto insolentemente, que si Roma careció de originalidad en lo cultural fue por no precisarlo.

Visto sobre este provisional y apresurado trasfondo histórico, hay que llegar a la conclusión un tanto paradójica de que Cicerón no es un pensador plenamente representativo de Roma, puesto que intentó echar las bases de una cierta y auténtica filosofía romana, aunque su intento se quedase en excepción confirmatoria de la regla. Son más romanos, en aquel sentido, Lucrecio, al aceptar plenamente la hipótesis de trabajo atomista-epicúrea para la consideración integralista del universo; Varrón, por militar en las filas del academicismo, o Marco Aurelio o Séneca, al alargar y revitalizar la decadencia estoica. Todos encajan en la despectiva definición de Horacio: "francotiradores".

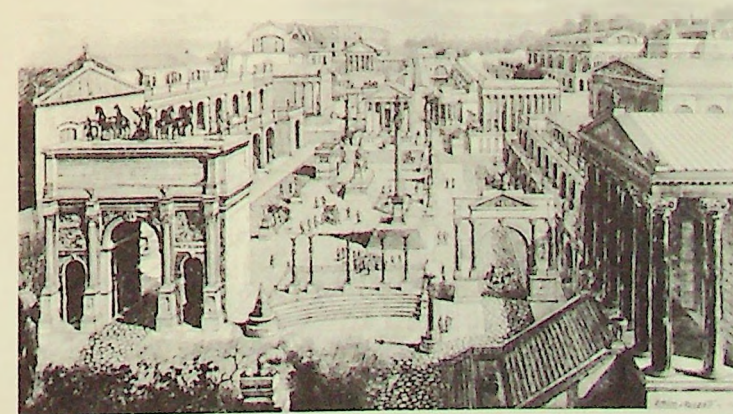
¿Por qué no se entregó Cicerón a una especial filosofía de su época que siguiendo la costumbre establecida, podía

haber importado de Atenas y tratado de poner de moda en Roma? Es innegable en él su fuerte resistencia al encuadramiento filosófico. El deseo de evitar ser adscrito a una escuela o secta de la filosofía helénica —exclusiva e imperante a la sazón— es síntoma de determinada oposición filosófica, con raíces en la motivación de la faena intelectual, que sólo pueden ser dilucidadas, cobrando plena significación, si se entra de lleno a responder aquella segunda pregunta inicial: ¿por qué hizo Cicerón filosofía? Con ello habrá que apuntar también hacia la *filosofía de Cicerón*, aun cuando haya que hacerlo escuetamente.

En un momento determinado y crítico de su vida, habla Cicerón de su dedicación a la filosofía. Lo hace, a guisa de justificación, en el comienzo de aquel ambicioso tratado acerca de los dioses, por sentir quizás la necesidad de explayarse o porque se vio arrastrado por la fuerza de la costumbre literaria, que en su caso es el estilo epistolar:

"Observo que se ha hablado mucho últimamente acerca del gran número de

Dibujo reconstructivo del Foro Romano.



libros que, en un corto lapso, he producido; por otra parte, no todos los comentarios son iguales. Algunos se han mostrado curiosos acerca de la causa de esta súbita explosión de interés filosófico por mi parte, mientras que otros ansían saber cuáles son las opiniones positivas que sostengo con respecto a diversas cuestiones... En realidad, no soy ningún neófito en el estudio de la filosofía. Desde mi temprana juventud le he dedicado no poco tiempo ni escasa actividad y la he practicado con más dedicación en los momentos en que menos parecía hacerlo, como lo atestiguan las máximas filosóficas que llenan mis discursos y mi estrecha relación con los doctos varones que siempre han honrado mi hogar, por no hablar de los eminentes maestros Diodoto, Filón, Antioco y Posidonio, que fueron mis profesores. Por otra parte, si es verdad que todas las doctrinas filosóficas tienen un contenido práctico, puedo por mi parte sostener que, tanto en mi vida pública como privada, he practicado los preceptos aprendidos racional y teóricamente.

Y si todavía alguien quisiera saber cuál es el motivo que me ha llevado a escribir sobre esta doctrina en una época tan madura, nada me resultaría más fácil de explicar. Languidecía en mi ocioso retiro y el estado de los asuntos públicos era tal que se había hecho inevitable una forma autocrática de gobierno (1). En tales circunstancias, pensé en primer lugar que era, en realidad, un deber por mi parte para con los intereses de la república exponer filosofía a mis conciudadanos, ya que juzgaba que contribuiría grandemente al honor y gloria del estado el que también la literatura latina poseyera y conservase pensamientos tan importantes y excelso. Nunca me arrepentiré de la tarea emprendida porque puedo darme claramente cuenta de que algunos de mis lectores se han visto animados no sólo a estudiar sino también a convertirse en autores. Antes, un gran número de estudiosos de la cultura griega no podía compartir sus adquisiciones con sus compatriotas ya que dudaban acerca de la posibilidad de traducir al latín las enseñanzas recibidas de los griegos. En punto a estilo, sin embargo, creo que hemos prosperado tanto que ni siquiera en riqueza de vocabulario nos aventajan los helenos (2). Otra razón que me ha movido a esta ocupación ha sido la melancolía en que cayó mi espíritu por el terrible y abrumador golpe que me ha deparado la fortuna (3). Si hubiera podido encontrar alivio mejor para mi pena, no hubiera recurrido a esta par-

ticular forma de consolación; pero el mejor modo de que he dispuesto, incluso para gozar plenamente de este consuelo, ha sido el dedicarme no sólo a leer libros sino también a componer un tratado sobre la filosofía en general" (4).

El tratado aludido es éste: "Sobre la naturaleza de los dioses", y la explicación, prolija; abundan en ella las razones, reales o literarias, que determinaron su entrega a la filosofía. Hay dos, de tipo episódico, que se pueden descartar como causas fundamentales de esta dedicación. El involuntario y amargo retiro a que se vio forzado Cicerón durante los primeros años del gobierno de César contribuyó, sin duda, a incrementar su producción filosófica por lo que significó del necesario ocio del escritor, no siempre disponible en un hombre de agitada acción política. Pero ni fue tan completo el retiro (para desgracia, por supuesto, de César) ni, como él mismo lo recuerda, arranca de ahora su interés. Por otra parte, aquello de la consolación por la muerte de la hija suena más a recurso literario, especie de concesión a la moda estoica; con hija o sin ella, viva o muerta, Cicerón hubiera escrito filosofía. Es sospechoso, además, ese pretendido reblandecimiento sentimental en la introducción de un tratado más bien escéptico sobre la existencia de los dioses y, por consiguiente, sobre la posibilidad de supervivencia. Dificilmente convienen a las actividades humanas causas "materiales" (para emplear la muy especial terminología aristotélica), y menos a las de un hombre de *praxis* tan intensa como lo fue Cicerón. Es una causa "final" la que hay que buscar, y la establece él mismo. Practica la investigación filosófica para difundir entre sus conciudadanos el amor a la verdad, como primera providencia; además, para ayudar a crear una conciencia filosófica entre los estudiosos de las doctrinas griegas y un estilo conceptual en la lengua latina. Es de observar la un tanto orgullosa insolencia con que sostiene, injustamente, la igualdad del latín filosófico con el griego; lo hace quizás con la conciencia altanera de quien se sabe principal causante de tal enriquecimiento lingüístico. Con esta justificación, un tanto didáctica, aboga Cicerón, en definitiva, por la popularización de la filosofía. Escribió filosofía, por más que no se puede decir que la practicó plenamente, aunque él así lo manifieste, llevado radicalmente por un afán divulgativo.

No hay que ver en este interés de difusión ni un deseo de "amateur", an-

sioso por formar círculos eruditos por los que pasear su cultivado espíritu, ni una filantrópica intención de generoso hombre de letras, dispuesto a regar los dones de la belleza formal y el rigor conceptual con que se adorna su espíritu. Ni dilettantismo ni propaganda. Su intento de introducción filosófica en el latín no nace de la sorpresa de un goce estético sino de una experiencia más profunda, propia de un avezado político y derivada muy posiblemente de su largo contacto con el ciudadano medio romano. Cicerón se había formado un concepto pesimista del animal social con el que le tocó tan intensamente convivir. En "Sobre los menesteres", escrito al final de su vida con el intento bien preciso de justificar filosóficamente el asesinato de César, en el cual si no parte, tuvo al menos arte, llega a decir que la filosofía no sería necesaria si los gérmenes de la virtud, depositados en el hombre por la naturaleza, pudieran desarrollarse libremente; desgraciadamente, desde el momento mismo del nacimiento, el hombre se halla constantemente bajo la influencia de ideas falsas y nocivas, mamadas con la leche de la nodriza, transmitidas por los padres, maestros y poetas y confirmadas, al fin, en el pueblo, entre el cual se vive (5); tales influencias tienen el poder de hacer germinar en el hombre diversos errores, con lo que resulta que no hay sino un camino para poder llegar a ver restablecida la salud natural del espíritu: hacer filosofía. El programa que de tal concepción terapéutica se desprende le sirve a Cicerón para situar su especial visión de la filosofía en clara subordinación del complejo social o, lo que es más serio, de una particular concepción antropológica. Si el hombre poseyera otras fuerzas o dispusiera de otros medios para luchar contra los malos influjos de la sociedad, la filosofía estaría de más. Conviene retener esta conclusión defectiva para comprender mejor ciertas reticencias de Cicerón hacia las particularizadas escuelas filosóficas.

Hay que señalar, sin embargo, una diferencia de ideas, dentro de la obra ciceroniana, atribuible sin duda a la evolución de su pensamiento bajo el influjo de la *praxis* política. En un diálogo de esa "temprana juventud", escrito bajo la influencia directísima de Aristóteles, que lleva por título el de "Hortensio" y que no es sino una imitación de otro del Estagirita llamado "Protréptico" (6). Cicerón se mostraba más optimista y confiado que en el "De officiis", obra de madurez. Como quiera que en el "Hortensio" el interlocutor que da nomi-

bre al diálogo no tuviera a la filosofía, sino a la elocuencia, por el bien supremo, Cicerón arguye: suponiendo que se estuviera ya en las islas de los bienaventurados, ¿qué necesidad habría de oratoria, puesto que en tal paradisiaco lugar no hay procesos judiciales?; ¿qué necesidad habría de las virtudes: justicia, fortaleza, templanza, y ni siquiera, prudencia moral? Únicamente seguirían siendo deseables el conocimiento y la contemplación pura. Se infiere de aquí que se ama al conocimiento (esto es, a la filosofía) por él mismo y no en razón de su utilidad ni de ninguna necesidad particular.

Después de redactar el "De officiis", otro hubiera sido el cuadro. Puesto que en las islas de los bienaventurados la sociedad no ejerce una acción negativa, esas semillas naturales (ominosamente platónicas), que forman la virtud innata del hombre, se desarrollarían por sí solas sin necesidad del injerto filosófico.

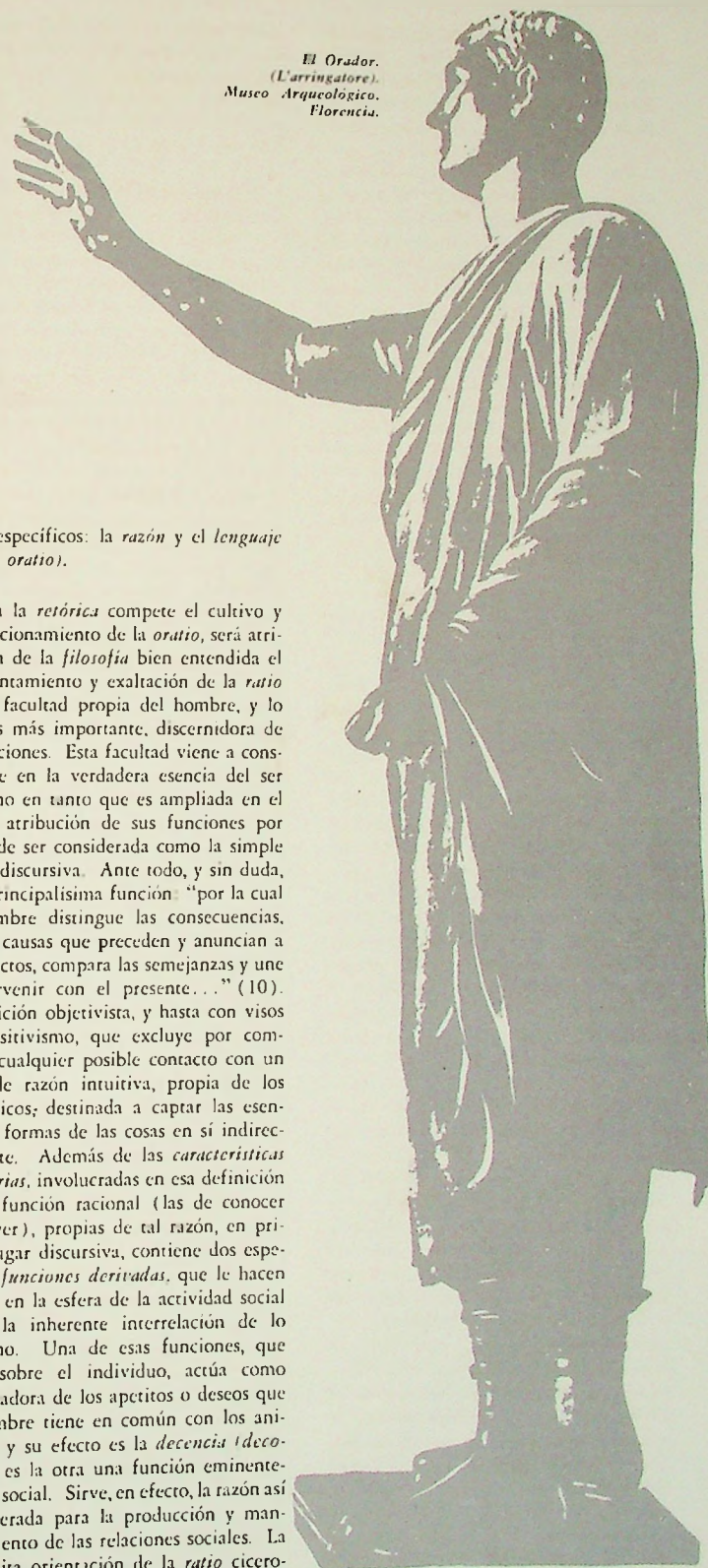
La diferencia estriba en que el "Hortensio" era una obra escrita para servir de estimulante, aperitivo o abreboca (protréptica) al manjar absoluto de la filosofía, mientras que en los escritos de madurez, es la filosofía quien, a su vez, ha pasado a ocupar el papel de estimulante para la recta formación de la virtud (7). En resumen, Cicerón practica la filosofía como disciplina del espíritu porque la considera útil para la adaptación del hombre a su medio social y como óptimo desarrollo de la virtud humana (8). Su afán de divulgación filosófica tiene, pues, una finalidad humanística, lo cual conduce necesariamente a la concepción antropológica ciceroniana que, a su vez, determinó esa orientación "logoterápica" que le asigna a la filosofía y que muy posteriormente fue uno de los orígenes (9) del concepto y vocablo de "humanismo", tan añorado por los renacentistas de todos los tiempos, cada vez que anacrónicamente evocan a Cicerón y, en general, tan característico y significativo de éste.

Es también en "De officiis" donde mejor y más compendiosamente se puede rastrear la particular concepción antropológica ciceroniana, pues centra en el hombre el tema del tratado. Allí se distingue al ser humano por una peculiar naturaleza, fija y estable, que lo sitúa a medio camino entre dos órdenes de seres diferentes: los dioses y los animales. ¿Qué es lo que posee esta naturaleza que le hace distinguirse de la de los otros seres? Para Cicerón, dos carac-

teres específicos: la razón y el lenguaje (*ratio*, *oratio*).

Si a la *retórica* compete el cultivo y perfeccionamiento de la *oratio*, será atribución de la *filosofía* bien entendida el acrecentamiento y exaltación de la *ratio* como facultad propia del hombre, y lo que es más importante, discernidora de sus acciones. Esta facultad viene a constituirse en la verdadera esencia del ser humano en tanto que es ampliada en el uso y atribución de sus funciones por dejar de ser considerada como la simple razón discursiva. Ante todo, y sin duda, esta principalísima función: "por la cual el hombre distingue las consecuencias, ve las causas que preceden y anuncian a los efectos, compara las semejanzas y une el porvenir con el presente..." (10). Definición objetivista, y hasta con visos de positivismo, que excluye por completo cualquier posible contacto con un tipo de razón intuitiva, propia de los platónicos; destinada a captar las esencias o formas de las cosas en sí indirectamente. Además de las características primarias, involucradas en esa definición de la función racional (las de conocer y prever), propias de tal razón, en primer lugar discursiva, contiene dos especiales funciones derivadas, que le hacen entrar en la esfera de la actividad social y en la inherente interrelación de lo humano. Una de esas funciones, que obra sobre el individuo, actúa como moderadora de los apetitos o deseos que el hombre tiene en común con los animales, y su efecto es la *decencia* (*decorum*); es la otra una función eminentemente social. Sirve, en efecto, la razón así considerada para la producción y mantenimiento de las relaciones sociales. La tripartita orientación de la *ratio* cice-

El Orador.
(L'arringatore).
Museo Arqueológico.
Florencia.



niana es, por tanto, la siguiente: en cuanto actividad intelectual (*agitatō mentis*), en cuanto moderación de las pasiones y en cuanto fundamento de lo social.

Puesto que la razón es productora y reguladora de estas tres radicales características, diferenciadoras del ser humano, el equilibrio necesario entre las tres sirve para que el postulado esencial del humanismo sea la unidad de la razón en sus tres formas. Es humanismo integral que desconoce la partición cristiana entre alma y cuerpo, ignora, en consecuencia, la distinción cartesiana entre razón y voluntad y se halla muy lejos del desgarramiento kantiano entre razón especulativa y razón práctica. La razón ciceroniana es, al mismo tiempo, volición e inteligencia, y en tanto coyuntura equilibrada de ambas facultades, se proyecta como disciplina interior y como ordenamiento social.

Cualquier comentario filosófico que se dedique a esta concepción integralista de la razón en Cicerón, no puede eludir la comparación con una concepción moderna de la razón, en la cual ésta juega siempre un papel trascendente a las actividades humanas por tener tan sólo el carácter de una regla formal. Lo cual viene a significar, en términos de humanismo ciceroniano, la inversión de su concepción; ya no es la razón causa productora de ese humanismo, sino su efecto y hasta emanación mediata de la sociedad, mientras que para el filósofo latino, esta sociedad, ampliamente concebida (*societas generis humani*) ha surgido como consecuencia inevitable de la especial dotación del hombre (11).

Si, en su génesis conceptiva, admite este cuadro del humanismo ciceroniano la moderna calificación de *idealista*, en tanto que hace preceder la razón sobre la sociedad, en su exigencia práctica, en cambio, niega los principios immanentes de cualquier moral humana y los reemplaza por los efectos del ejercicio de la unidad racional. El humanismo ciceroniano no cree en la existencia de una moral que no se revele a través de la palabra y se construye mediante la acción. La *oratio* y el *decorum* son los instrumentos de expresión del equilibrio entre las tres virtudes de las formas racionales: saber, moderación y justicia.

Este humanismo práctico significó, entre otras cosas, el triunfo de la exaltación de la persona como individuo sobre el hombre como ente abstracto. Se trataba mucho menos del conocimiento del

hombre que de la perspectiva sobre la cual éste ha de considerarse a sí mismo; era preciso, para tal, alcanzar el citado equilibrio a que equivalía la plenitud personal. La ruptura de este tipo de humanismo unitario e integrador corre por cuenta de la imagen humanista oriental, triunfante en el modo de civilización cristiana: reino del dualismo (12). El hombre en Filón ya está desdoblado: imagen de Dios, pura inteligencia, y producto terrenal con incontables pasiones sobre las cuales la razón no tiene dominio alguno. Por eso, no resulta exagerado afirmar, con expresión del mismo Bréhier (13) que, al estar disociado en partes accidentalmente unidas, de las cuales una es como aspirada por lo trascendente y divinizada, y la otra reabsorbida en la pura y simple animalidad, "el hombre se volatiliza".

En cualquier caso, incluso en nuestras modernas y aun nietzscheanas situaciones-límite, en las cuales busca el hombre la fuga de sí mismo, aunque sea a través de la sociedad, la clase, la utopía, el arte, etc., se ha perdido aquella densidad específica del humanismo integral antiguo, esquematizada por Cicerón en su estudio sobre la razón humana, típica representación de filosofía social, la cual, por carecer del obligado antecedente griego, se perfila como el máximo y aislado esfuerzo de la cultura romana por pensar por cuenta propia una concepción del mundo que lo es del hombre: *Menschenschauung*.

(1) Alusión política: indignación republicana apenas reprimida por el ascenso al poder, reciente y violento, del militarismo romano, personificado en César.

(2) Alusión filológica a su innegable esfuerzo de versión al latín de la terminología filosófica griega. Hay que llamar traslación o conversión a lo que fue mucho más que una traducción, con todas las ventajas e inconvenientes que esto significó. De las primeras, se beneficiaron los romanos y todos los pueblos latino-hablantes; de los inconvenientes aún sufrimos nosotros, pues nos enfrentamos al triple problema de reconstruir el sentido latino de, por ejemplo, humanitas (caritas generis humani), virtus, prudentia y verbum, los correspondientes griegos de philantropia, areté, phronesis y logos y evitar caer, al mismo tiempo, en las acepciones posteriores que se arrastran en humanismo, virtud, prudencia y verbo.

(3) Se refiere a la muerte de su hija Tullia, por la que sentía especial afecto.

(4) De natura deorum, I, 3-4.

(5) Antecedente remoto, con el mismo origen platónico, de los "ídola" de Bacon.

(6) Hasta tal punto que le ha servido a W. Jaeger en nuestros días para reconstruir con teles.

(7) Puede observarse de paso, y un tanto maliciosamente, que los propósitos de estimulación filosófica del "Hortensio" no arrasaron a nadie en su época por la senda de la dedicación conceptual; sus efectos, de acción retardada, se hicieron esperar unos 450 años para que Agustín —según cuenta éste en su libro III de las Confesiones— se sim-

tiara tocado por tal llamada y aun así es de suponer que no hubiera sido muy del agrado de Cicerón ver que su obra sirvió para efectuar una conversión religiosa y no filosófica, en caso de que lo que confiese el obispo de Hipona sea verdad y no otro recurso literario.

(8) Pese a que en "Academicos" (libro redactado dos veces y concebido, en lo formal, como un intento de exposición de la antigua Academia, tan en boga en la sociedad de su época, y en lo conceptual, como una teoría del conocimiento) afirma con cierta sequedad esquemática, impropia de su estilo ampuloso, y que denota más bien la lección aprendida, que "los dos problemas capitales de la filosofía son el criterio de verdad y el fin de los bienes", pues "ni puede ser sabio quien ignore el principio del conocer o el fin del desear hasta no saber de dónde partir o a dónde llegar" (op. cit., II, 29), sus verdaderas inclinaciones temáticas no son precisamente de orden gnoseológico, como lo confirma en "De Officiis", obra de madurez y especie de testamento ideológico dedicado vanamente al tarambana de su hijo Marco: "si el conocimiento y la contemplación de la naturaleza no llegan a ninguna acción sobre las cosas, en cierto modo son imperfectos y trunco. Ahora bien, semejante acción aparece especialmente bajo la tutela de las ventajas de los hombres; entonces, pertenece a la sociedad del género humano, y por lo tanto, hay que anteponer ésta al conocimiento... Por eso parecen más convenientes a la naturaleza los deberes que se derivan de la comunidad que los del conocimiento..." (op. cit., I, 153; subrayado mío, J.A.N.)

(9) Vid. E. Bréhier, "Sur une des origines de l'humanisme moderne. Le 'De officiis' de Cicerón" en "Etudes de philosophie antique", cap. XIV, Paris, P.U.F., 1955.

(10) Op. cit., I, 11.

(11) De nuevo es Aristóteles la verdadera influencia helénica de Cicerón: hombre como razón loguikón.

(12) Bajo tal signo dual y enfrentados al mestizaje desgarrador de la naturaleza humana se ha desarrollado el modo cultural cristiano-occidental, con las consecuencias morales, siquicas, estéticas y aun políticas —cf. fenómeno de la "alienación" (o enajenación) marxista— que tal partición lleva implícadas. Ni siquiera el contemporáneo intento sartreano de liquidar este dualismo de pasiones y voluntad, armado del esquema de la libertad ontológica, ha podido reagrupar la disociada condición humana.

(13) Op. cit., pág. 134 y passim.



JUAN ANTONIO NUÑO. Venezolano por naturalización. Nació en Madrid en 1927. Allí comenzó estudios de Filosofía y Letras, que terminó en la Universidad Central de Venezuela, Caracas (ciudad donde reside desde hace diez años), y completó en la Universidad de la Sorbona, París. Ha ejercido la docencia en varios liceos de Caracas y desde 1953 es profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. Trabaja en la Compañía Shell desde 1954.



POR JOSE MARCANO ROSAS

Entre los muy variados motivos del folklore de la isla de Margarita, nos llamó poderosamente la atención el denominado por el pueblo Baile de los Pintaos, por la presencia de un interesante contenido sobre el ceremonial aborigen de la región, que le proporcionaba a esta danza singular colorido.

Es lamentable que esta diversión no se lleve a la práctica en la actualidad, pues su extinción casi coincidió con los albores del presente siglo. Muy niños oíamos de nuestros padres relatos sobre la referida danza, cuyas impresiones persistieron en nuestro ánimo, dando aliento a la postre, para recoger la presente versión entre personas que la presenciaron en todos sus detalles, con el deseo de rescatarla del olvido a que estaba casi conminada.



REVISTA SHELL

REVISTA SHELL



Esta danza se realizaba en La Asunción, capital del Estado Nueva Esparta, durante las noches del 14 y 21 de agosto de cada año, vísperas de las festividades que en honor de Nuestra Señora de La Asunción, patrona de la Isla, se celebran el 15 y el 22 del mismo mes, día y octava de la patrona como los denomina la generalidad.

El nombre de los *pintaos* alude a las manchas de pintura que las personas lucían en la cara y partes descubiertas del cuerpo, cuando participaban en la danza. Estas manchas de achiote u otras sustancias colorantes, así como el vestido y demás indumentaria usada, nos hace pensar en una tradición como muchas otras de Venezuela, afincadas profundamente en prácticas ceremoniales del ancestro aborigen y que al correr del tiempo se fueron matizando con las modalidades del proceso de la transculturación.

El sitio que servía de escenario a esta danza era la plaza principal de la vieja villa, cuyo espacio lo ocupan hoy el parque Luisa Cáceres de Arismendi y la plaza Bolívar. Alrededor del primero, que fue el sector más importante de entonces, se encontraba la Iglesia matriz que sigue desempeñando funciones de tal, la sala capitular, hoy transformada en biblioteca-museo, y el cuartel de las milicias coloniales, en la actualidad teatro.

Cuando se aproximaban las festividades de Nuestra Señora de La Asunción, se procedía a la limpieza y ornamento del área de la plaza y se llevaba a efecto por el sistema de *fajina*, una forma de trabajo colectivo y gratuito, realizado por un determinado sector del pueblo: la gente de los barrios, los humildes trabajadores del campo, quienes por la fuerza de la costumbre, habían hecho de ello un hábito, una ley impostergable que venía en vigencia a través de innumerables generaciones.

La convocatoria a la *fajina* se hacía por *bando*, procedimiento de los días de la Colonia que aún se resistía a morir.

Así, por las empedradas y polvorientas calles de trazado irregular, retumbaba el heráldico tambor, percutido por las hábiles manos de uno de esos personajes vinculados profundamente a la tradición popular. Dado el aviso, los humildes y diligentes labradores portando machetes, *borquetas* y *garabatos*, concurrían prestos a la cita señalada y daban comienzo al desmonte y limpieza del área *armontada*. La persona imposibilitada de concurrir a la *fajina*, designaba de común acuerdo su respectivo sustituto, a quien pagaba de ordinario un real.

Concluida la *fajina*, se procedía a la preparación del alumbrado. Se colocaban los postes para sostener las candilejas a distancia convenida y en sitios adecuados. Estas se preparaban con cazuelitas de barro cocido (cerámica guayquerí) y se llenaban de aceite de coco, mezclado con kerosene, en los últimos años, y en su seno se colocaba una mecha, confeccionada con hilo criollo por mano experta, y se ataba a un pequeño *tejo* u



Arriba: La Iglesia Catedral.

Abajo: Plaza Bolívar.

otro material incombustible, que la mantenía verticalmente sumergida en el aceite, sobresaliendo a la superficie un extremo, que al prenderse se mantenía ardiendo hasta consumirse. Aún se hace memoria de la señora Dolores García por su celebrada habilidad en el torcido de estas mechas.

También se colocaban además de las candelas en algunos postes o troncos de árboles, nidos o viviendas de *comejen*, a los cuales se les rociaba kerosene y se les ponía fuego, manteniendo una viva y duradera llama, pues la cera de que están impregnados arde sin dificultad una vez que se calienta.

En las tardes de los citados días del 14 y 21 de agosto, se colocaban a distancia convencional de la puerta principal de la iglesia, tres pilas de leña seca y gruesa. Al iniciarse en el templo los oficios religiosos de víspera y salve, se le daba fuego a fin de que estuviesen convertidas en llamas y brasas para el momento en que los repiques de las campanas, anunciaban la conclusión de la liturgia.

Llegado el ansiado instante, la concurrencia prorrumpía en algarabía ensordecedora, voceando: ¡Que vengan los pintaos...! ¡Que vengan los pintaos...! Gritos que se confundían con los metálicos repiques de las campanas, los ruidos de la pirotecnia y las melodías de la orquesta.

El grupo de los pintaos, que hacía su aparición por el lado norte de la iglesia, estaba formado por hombres y muchachos, vestidos de guayucos a la usanza aborigen; la cara y las partes descubiertas del cuerpo pintadas de achiote, tizne o anilina y la cabeza adornada con vistosas plumas. Para evitar quemaduras graves, los pintaos usaban zapatos de baqueta o tapetao, cuero sin curtir, llamados en aquel entonces *zapatos maqueros*, porque se hacían preferentemente en El Maco, hoy Caserio Bolívar. Se hace memoria del mestizo José Gervasio Narváez, de quien se dice que jamás usó calzado y fue uno de los más famosos danzantes de la referida diversión, además de reputado campanero de la ciudad.

El grupo de danzantes enfilaba en orden hasta el sitio ocupado por las fogatas. El que hacía las veces de jefe, encabezaba la columna de los pintaos y dirigía los movimientos hasta formar un círculo alrededor de aquellas. Una breve ceremonia, al parecer de invocación a los espíritus protectores de la tribu, precedía la danza: gestos y contorsiones plasmaban el pedimento de ayuda para aplacar la conjuración de los espíritus malignos, representada por las crestas rojizas de las hogueras, y mientras éstas se alzaban amenazadoras, el grupo de danzantes daba muestras de temor, de cautela, de indecisión para acercarseles. Pero, bien pronto, como estimulados por los genios protectores de la tribu, sus movimientos y gestos adqui-

rían inusitado calor y simulando un ataque de avances y repliegues, la danza adquiría tono de gran espectacularidad.

Estos movimientos de vaivén, los realizaban los *pintaos* al compás de un ritmo monótono de guaruras, sopladitas con energía por los adultos, mientras que los muchachos lo acompañaban con el sonido producido por el chocar insistente de unas tablitas cóncavas. No se entonaba canto alguno, pero se gesticulaba un sonido peculiar que el oído traducía por puche... puche... puche. Entre tanto las llamas iban declinando sus penachos maléficos como vencidas por la invocación de los espíritus tutelares de la tribu.

El grupo de danzantes se tornaba cada vez más excitado, hasta que el frenesí lo lanzaba sobre los braseros en ascuas, en acometida furiosa de extinción total de todo vestigio de fuego. Daban saltos, puntapiés, pisotadas sobre las rojizas brasas, dispersándolas y apagándolas. Sus figuras dantescas quedaban envueltas por un torbellino de humo, cenizas y pavesas; así llegaba a su climax la danza. Cuando ya no quedaba del fuego sino restos apagados, se ausentaban los *pintaos* sudorosos y ennegrecidos, por la calle más próxima, bajo una profusión de fuegos artificiales y seguidos por el populacho alborozado.

VOCABULARIO EMPLEADO

Fajina: labor realizada colectivamente y en forma gratuita por personas de la comunidad, en beneficio de la misma, como limpieza de calles, plazas, cementerios, acequias, etc., o de alguno de sus vecinos, como viviendas, roza de conucos, recolección de cosechas, etc.

Armentada: expresión con que se alude a los terrenos de labrantío, solares u otras zonas cubiertas de mucho monte.

Tejo: es el nombre que se le da en Margarita a los fragmentos de las vasijas o útiles de arcilla cocida.

Garabato: trozo de tallo en forma de bastón, cuyas secciones determinan ángulo, la más larga (Mts. 1) es el mango y la más corta (Mts. 0.30) el gancho. Se emplea asido con la mano izquierda para sostener las ramas que se van a cortar.

Horqueta: trozo de madera bifurcado, en ángulo agudo, la sección mayor (Mts. 2) es el mango y las extremas (Mts. 0.30) aguzadas las puntas. Se usa para transportar las ramas y hojas espinosas hasta el sitio donde habrán de quemarse.

JOSE MARCANO ROSAS. Nació en el Estado Nueva Esparta, en 1917. Maestro graduado en la Escuela Normal de Caracas, en 1936, ha ocupado varios cargos dependientes del Ministerio de Educación, en ejercicio y supervisión del trabajo docente en escuelas y liceos. Tuvo función directiva en la Campaña de Alfabetización de Adultos en 1946. Graduado de Profesor de Ciencias Sociales y de Filosofía Especial en el Instituto Pedagógico Nacional. Licenciado en Filosofía y Letras, mención Historia, en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central, donde ahora es Profesor. Ha realizado estudios sobre educación, historia y folclore.





*Partió de aquí y fue dando tumbos, montaña abajo.
Al principio, agudo como una flecha; más tarde,
ronco y lento, semejante al golpe de la mano sobre el
parche violento del tambor. Al fin, como
el paso de un bucy sobre el rastrojo, acostó su
mansedumbre en la lejana claridad del camino.
Confundió su timbre con la piedra, el agua
y el árbol. Fue pájaro en la brisa, relámpago en
la sombra, huella fugitiva en el musgo o la hierba.
Tuvo audacia de potro, temblor de lluvia,
resonancia de cobre.
¿El eco? Si. Que en su encuentro final fue gozo
juvenil de la voz en el oro vívido de la tarde.*

TEXTOS DE JOSÉ RAMÓN MEDINA

FOTOS POR ZOLTAN KARPATI, LUIS NOGUERA, PEDRO

MAXIM, WALTER WACHTER Y PAUL RUPP

LA RONDA DE LOS NIÑOS

*Al principio fue una flor, un pájaro o un riachuelo.
Fue, en todo caso, la aventura.
Llegaron al árbol, sintieron los nidos tibios
y el aroma fragante de los frutos. Bajaron al fondo
del valle, cruzaron la charca,
miraron el potro correr sin murallas.
La hierba verde o el polvo milenario del
camino, detuvieron los pies y los cuerpos,
que venían de coronar la colina lejana.
Ahora, en el primer repecho de la ciudad,
el cansancio pide reposo de una sombra amorosa
y la sed tremenda la saciedad del agua enjaulada...*

LA RONDA DE LOS NIÑOS

Fue José Martí, quien escribió,
con el corazón: "Me siento puro y leve,
como la paz de un niño".
Cuánta nostalgia, a veces, sin embargo,
en la mirada honda,
remota, insalvable, de un niño.
"Que alceos inconsciente, que juzga
pájaro gris enturbia la paz
martiniana de este rostro de niña."
"Esa, a romper los cristales tremendos,
que afuera te esperan
la mañana, la luz y el agua!"



Pudo ser en cualquier parte. Pero mejor
aquí a la vera de un árbol, bajo
la protección de un viejo campanario.
El gozo es el mismo: gozo simple
y puro de niños, al aire libre,
con el sol radiante.
Más tarde será la sombra y el silencio.
Ahora, gritos y voces, como
de cristal, sueltan palomas tiernas
en la paz del pueblo.

La majestad del día es ardo
sobre los pechos juveniles,
que se trueca en afán por
afirmar la vida. Y en lucha
en lid de buena ley, se trenzan
desafiantes brazos rigidos.
El Avila, desde arriba, inmenso
y el cielo plomizo de la tarde
decoran la rispida contienda.

Esta es la historia de un globo o la historia de un niño
con un globo en las manos. O, mejor, la historia de la
alegría sin nubes. ¡Cuán blanca viaja el ala de la brisa
por la frente, la prisa del tiempo por las manos,
el corazón del aire por estos pies ligeros, ágiles y nuevos!
Allí mismo está el sueño —que es la vida jubilosa
en el aire de un globo—. Y el mundo tierno,
hecho de pequeños seres, todos en vigilia; y de las
cosas simples y humildes, pero tan hermosas,
que conocen los niños, en sus juegos.



Todo está pronto para la alegría serena:
campos abiertos, manso riachuelo en la hondonada,
hierba en el aire, pájaros del día.
"Platero" —el borriquito de la fábula— llegó
trotaando por el corazón del poema, y ahora, aquí, para
los dos, propone aventura campesina y mañanera.



LA RONDA DE LOS NIÑOS

¿El mar? Sí. El mar puede estar en el dibujo abstracto de una red en la playa, en la arena menuda, parpadeante, en el bote escondido, en la remota isla adivinada...

Pero, también, en la simplicidad sin riesgos de una mirada, de un gesto, de unas manos infantiles.

¡Con qué alegría viva, en los ojos azules de estas niñas, habita el mar, respira, canta, juega, lucha y sueña el mar!

El agua, profunda y misteriosa, viene, va, retorna, se aleja nuevamente, como la brisa.

Y la vida es única, como único es el sueño, o la esperanza, o la fe de los niños...



¿De dónde, por dónde, ha llegado hasta la colina de ásperas piedras, el viento medroso de la tarde? Larga fue la vereda zigzagueante que llevó a las primeras casas. Pero en todo el trayecto —y aun más allá, desde la calle bulliciosa y agitada de la ciudad— estuvo pronta la mano cariñosa y activa de la hermana, mayor en pocos años. Ella es apoyo tierno, diariamente, para el camino que lleva a la escuela. Un poco más allá de la zozobra y el cansancio, la humilde mesa, el calor familiar, la madre vigilante, esperan...

Emergió la piedra, suave y lentamente. Entre verdes asombros, fluviales pantanos, aromados rumbos, el mundo fue haciendo su perfil. La claridad, la luz como un pájaro violeta recorrió toda la comarca. El milagro estuvo hecho al instante. La montaña y un pueblo despertaron del fondo callado y oscuro de la noche. La montaña y un pueblo y un...



América siempre tuvo con las Islas Canarias comunicación y relación muy estrecha. Dejando atrás las estancias de Colón en las Islas, fue en los siglos XVII y XVIII cuando Canarias se volcó materialmente en el continente americano. Las islas —así se expresaba un Corregidor insular— “se despoblaban embarcándose cientos de familias hacia las Américas”. Fenómeno investigado por historiadores y filólogos —aunque no lo suficiente—, ahí están los estudios de los profesores Morales Padrón, Rumeu de Armas y Pérez Vidal consagrados a mostrar una faceta determinada de las relaciones canario-americanas. Quizá sea el volumen de M. Padrón, “El Comercio entre Canarias y las Indias”, y el más reciente, sobre la figura del isleño León, el alborotador de Caracas en 1749, las aportaciones mejor documentadas.

El malvasía era el producto que salía con mayor abundancia desde las Islas hacia América. Y su exportación aparejaba disposiciones especiales de la Corona para permitir el comercio directo entre los puertos de Tenerife, La Palma y Gran Canaria —las tres islas mayores— con los de “Tierra Firme”, “Nueva España”, y con las “Islas de Barlovento”. Larga historia sería el relato de los muchos pleitos, de las infinitas reclamaciones, de los repetidos debates, de las incontables protestas de los Cabildos de las Islas para conseguir que persistieran las

prerrogativas reales; el comercio sevillano, afectado por tal causa, hacía cuanto estaba de su mano para centralizar totalmente en Sevilla el comercio hispano-americano. Sin embargo, las levas oficiales de familias isleñas destinadas a Santo Domingo, Puerto Rico, Venezuela o Florida; la pobreza económica del Archipiélago; su situación geográfica: todo hizo posible que continuara este comercio durante todo el siglo XVIII. Aunque, por otra parte, la presencia de extranjeros en las Islas —genoveses, ingleses, flamencos— y su intromisión interesada en dicho comercio con Indias, hacía que se transgredieran frecuentemente las disposiciones reales concernientes al comercio americano. Los expedientes inquisitoriales de Canarias están llenos de legajos con causas incoadas a pilotos y comerciantes extranjeros que, por una u otra causa, se veían sometidos a proceso inquisitorial.

Pero no fue sólo la exportación de productos insulares hacia América, sino la importación de los americanos en las Islas y en España. El café, el tabaco, fueron cargamentos que llegaban con regularidad a los puertos insulares, desde donde, por medios fraudulentos o legales, salían con destino a Europa. Los puertos de la Orotava —el famoso valle de la Orotava, vergel del malvasía—, de Santa Cruz de Tenerife, de Las Palmas y de Santa Cruz de la Palma, importaban y exportaban los antedichos productos. Y ello dio origen a la presencia de comerciantes que, con su capital y su poder económico, fueran creando la alta burguesía del Archipiélago; la que desplazaría bien pronto a la nobleza, hija de los privilegios reales.



El Puerto de la Luz o de las Luetas, a fines del XVIII.

DIARIO de un “Isleño” en Venezuela

No es raro, por esta razón, encontrar apellidos insulares en el comercio de La Habana, de Caracas o de Veracruz; especialmente, en el de Caracas, en donde se radicaron, de un modo sistemático, agricultores y terratenientes isleños que intervenirían muy activamente en los prolegómenos revolucionarios de la República. Guillermo Morón deja constancia, con su prosa salpicada de originalidad, de los muchos avatares de Andresote, un moreno ligado al contrabando establecido por los isleños con los holandeses de Curazao; y de la arrogancia de León, el isleño alentado por cartas y proclamas de la nobleza caraqueña y de los pequeños propietarios agrícolas, de ascendencia o naturaleza insular. Por citar un nombre, recuérdese el papel de los Ascanios en los primeros intentos revolucionarios de Bolívar. O el de los Marreros y Galván, en las demagógicas juntas dictatoriales impuestas por Monteverde en Caracas. Sin contar con los vínculos de sangre que Páez, Bolívar, Miranda y otros caudillos venezolanos tuvieron con las Islas.

Antonio de Romero y Vivero fue uno de esos isleños que atraídos por el señuelo dorado de América, se trasladó a Caracas en 1748; casi en mitad de siglo. Allí fundó una familia y creó una fortuna que, como tantas otras, se trasplantaría y después casi íntegramente a su isla nativa, Gran Canaria. Sus triunfos y sus derrotas, sus alegrías y sus tristezas, sus alanes y sus decepciones, lo más íntimo de su vida está referido en un Diario que escribió y del cual conocemos sólo una parte gracias a la diligencia y celo de su hijo Isidoro, caraqueño de

nacimiento, diarista como su padre, el cual incluyó dentro de su propio diario algunos folios que él recordaba o tenía del diario de don Antonio.

Pero antes de reproducir estas páginas, conviene hacer un poco la biografía. Para centrar al personaje, para rodearlo del ambiente en que vivió. Para conocerlo mejor. Y comprender el carácter de este canario esforzado que decidió “correr fortuna” en el Nuevo Mundo. Con el que no sólo le ligaron los más felices momentos de su vida, sino también la misma muerte, acaecida en uno de los viajes a Canarias.

Nació don Antonio Romero Vivero en Las Palmas de Gran Canaria en 1725; el 10 de mayo, para ser más exactos. Fueron sus padres, don Isidoro Romero, abogado, y su madre, doña Andrea Vivero del Toro. En 1745 se licencia de abogado en Granada, y en 1748, después de haber regresado a Canarias, embarca hacia Caracas; aquí comienza propiamente el fragmento del diario que transcribimos.

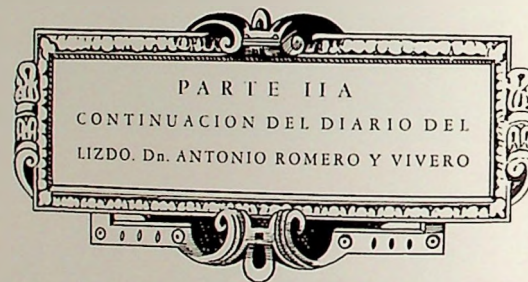
En la ciudad de Caracas se incorpora como abogado a la Audiencia de Santo Domingo para ejercer su profesión, y después de intervenir en algún pleito, consigue, por medio de un compañero, convertirse en asesor jurídico del General Gobernador Ricardos. Y, a causa de este cargo, interviene en los sucesos políticos de aquellos años; cuenta él mismo en su Diario que consiguió librar de la muerte a uno de los condenados. ¿Serían tal vez los cuatro condenados: “Juan de la Cruz, mulato, Raimundo Romero, zambo, Pedro Hernández y Andrés Rodríguez, naturales de las Islas”? De ellos, se libró

Pedro Hernández, porque denunció a sus colaboradores: ¿tal vez por sugerencia de don Antonio? En fin, nada sabemos de cierto, en este punto. Si, en cambio, de sus otras actividades.

He aquí algunas: asesor del Gobernador de Maracaibo, "con motivo de revueltas"; fiscal de "la Real Hacienda de Caracas"; abogado de don Pablo Olavide, pleiteante en la Audiencia de Santa Fe de Bogotá; antagonista del Gobernador Ricardos con quien tuvo sus disputas. Y, sobre todo, por encima de su condición de juriconsulto, su calidad de hombre de negocios. Ya casado en 1750 y padre de un buen número de hijos —el mayor de todos, don Isidoro, el futuro diarista—, don Antonio embarca para Canarias en 1760 dispuesto a dedicarse de lleno, en colaboración con un hermano suyo residente en Canaria, al negocio del tabaco, y en general al tráfico de toda clase de mercancías. No fue otra la razón de su viaje a Madrid, en donde tuvo el placer de besar la mano del Borbón Carlos III... y de recibir, a cambio de éstas y otras lisonjas, un permiso para poder comerciar libremente entre Canarias y Venezuela: "el registro de permisión", en términos jurídicos. Compró su barco don Antonio, en plena guerra con Inglaterra, y, después de conseguir el rescate de su hermano Francisco —su socio— apresado en pleno Atlántico por un barco de guerra inglés, regresa a Canarias, desde donde, cargada la nave, emprende el viaje hacia La Guaira. Corría el año 1763, y desde esta fecha hasta 1766 envía anualmente uno o dos navíos para las Islas desde Venezuela. En 1766, en compañía de su familia —en la que no figuraba, al parecer, su hijo Isidoro—, carga su barco y regresa con él a Canaria; hace escala en La Habana, y, en medio del Océano, una tempestad da buena cuenta del abogado metido a exportador. Tenía entonces cuarenta y un años, poseía ya una regular fortuna y dejaba un hijo, abogado como él, don Isidoro, también ligado a lo largo de su vida con Caracas por muchas razones mercantiles.

Fue nuestro don Antonio Romero, de "regular corpulencia, mas bien enjuto que gordo, mui bien echo de cuerpo, de temperamento igneo (algo de esto debió saber el General Ricardos), alagüeño en su trato, cariredondo, pelo negro; persuasivo, cortés, y muy practico en la política; prudente aunque colérico cuando se enojaba. Sus proyectos eran vastos, porque sus pensamientos eran elevados... en materia de justicia hacia frente aún a el de mas elevado caracter". Así lo retrató su hijo Isidoro, en las páginas del Diario. Lástima que no se haya encontrado ningún retrato de este isleño aventurero que "aborrecia al artificio... y esto que se llama la contemplación". Aunque quizá supla esta falta de su imagen gráfica el autorretrato que él mismo, detallista y minucioso, nos ha dejado de sí mismo: su propio Diario, el más elocuente de los retratos.

Y ahí está. En su redacción primitiva y original. Sin ninguna adición ni rectificación ortográfica. Con su ingenuidad y su candor. Con su veracidad. Con esa belleza innata que sólo proporciona la sinceridad. La que —si creemos a don Isidoro— acompañó a don Antonio de Romero y Vivero:



BIAJE A CARACAS OCTUBRE AÑO DE 1748

Haviendo el navío completo su carga serrado su bodega yecho su aguada por Octubre del año de 1748 y determinado partir a su destino, dimos a la vela con favorable tiempo el día 24 de dicho mes a las tres de la tarde.

Al siguiente día porque apaciguó el viento amanesimos por la vanda del Sud avista de la Isla (1), pero a las doce del día ya la aviamos perdido de vista; y así fuimos navegando hasta el 2 de Noviembre que empezo a saltar el tiempo y siendo así que en los antecedentes dias aviamos navegado a quatro y media millas por hora, que hacian en la singladura 36 leguas; desde este día empesamos a echar solamente una o una y media, y quando mas una y dos tercios, experimentando la grande desazon de la agua que no con mucho exceso hacia el navío, y tambien el mal porte que le era forzoso al capitán dar a los prinzipales pasajeros por haversele escaseado los alimentos que llevaba el buque con la detencion del biaje.

MUERE UN PASAJERO

En esta conformidad de mui corto viento fuimos navegando haviendo experimentado el disgusto de que uno de los pasajeros senos murio.

El día 12 de dicho mes de Noviembre en que se celebraba S. Diego de Alcalá propio nombre del hermano de dicho capitán hizo este un convite, haviendo echo isar el pavellon con una salva de tiros cuió regosijo se convirtió al siguiente día en melancolicas reflexiones, haviendose reconocido que el agua que hacia el navío era casi inagotable, pues tenia 14 pul-

(1) Se refiere a Gran Canaria, de cuyo Puerto de Las Palmas habia salido la nave.

gadas de agua limpisima, y no se podia disminuir con las bombas que sin cesar travajavan, cuió accidente turbo los ánimos, y especialmente el del contramaestre, que asegurava, que haviendo navegado desde 6 años de su edad continuamente y pasado grandes borrascas, nunca avia perdido la esperanza de salvarse, sino en aquella ocasion en la qual tenia por irremediable el naufragio del bagel pues nos hallavamos lo mas serca distantes del continente el espacio de mas de 300 leguas emmarados en aquel inmenso golfo que hay entre Africa y America.

PELIGRO HIMINENTE EN QUE SE VIERON

En esta critica situasion nos hallavamos todos, quando por maior trivulacion el contramaestre dio la noticia de que las bombas no llamavan ya, y que era señal de estar mui cargado de agna dicho navío, solicitandose se pusiese todo en noticia del piloto Don Juan Questel celebre en su arte y experiencia, el que sin perdida de tiempo hizo avilitar la entrada a la rodegá y fondo del bajel para reconocer las bombas y su estado, de cuiá diligencia resultó, que sin que se dejasen de disponer para morir por el inminente riesgo que tenian mas de 200 almas, mando virar de vordo, siguiendo rumbo a las costas de Cavoerde, que considerava mas sercanas, con el designio de vararse sobre ellas, si tenian la fortuna de llegarlas a tomar.

OSADA RESOLUCION DEL CAPITAN

Hizose así consiguiendose llegar el 18 a navegar sobre los verdes lagos de Cavoerde, pero hallandonos a la distancia de 20 leguas de ellos, tomo el capitán secretamente la temeraria resolucion (sin prevenir las fatales consecuencias que podian sobrevenir) de virar de vordo en busca del continente de America; a el precio del insoportable trabajo que tenian marineros y tripulacion en agotar el agna por medio de las bombas sin cesar de noche ni de día, se logro que el motivo del maior peligro, no se aumentase navegando con la precaucion de amainar las velas, soltar solo el trinquete y aun de ponerse a la capa con qualesquiera viento fresco y leve motivo que hubiese por lo viejo y mal estado de la nave, la cual sufrio el 17 a las siete de la tarde unas grandes fúgalas de viento que sobrevinieron a resultas de una grande oscuridad que se disipó despues de una copiosa lluvia con que se sereno el tiempo. Se advierte que quando se paso el tropico el 29 de Octubre se celebro en el mismo día con la acostumbrada garrocha de exigir dadivas de los pasajeros segun la costumbre nautica.

RIO MARAÑON

Asi proseguimos el viaje a favor de un viento favorable, llegando a tener la indispensable dicha de navegar el 22 de Noviembre las verdes caudalosas aguas del Río Marañon, que naciendo junto a Lima, atraviesa un gran espacio del continente americano y desemvoca en el mar junto a el brasil colonia de Portugal en aquel nuebo mundo.

Se atraveso todo el golfo que forman las aguas de dicho río; navegandose en demanda del puerto de nuestro destino, nos hallamos el 23 segun el punto de los pilotos a la distancia de 75 leguas al Leste de la Isla del Tavaco en la noche de cuió día tubo la nave que combatir con un recio viento que sobrevino por cuiá razon fue necesaria ponerla a la capa; el 24 ya avia amainado y se navegaba rreconosiendose por las muchas aves que se veian la cercania de la tierra.



SE DA VISTA A LA ISLA DE LA GRANADA Y A LA DEL TAVACO

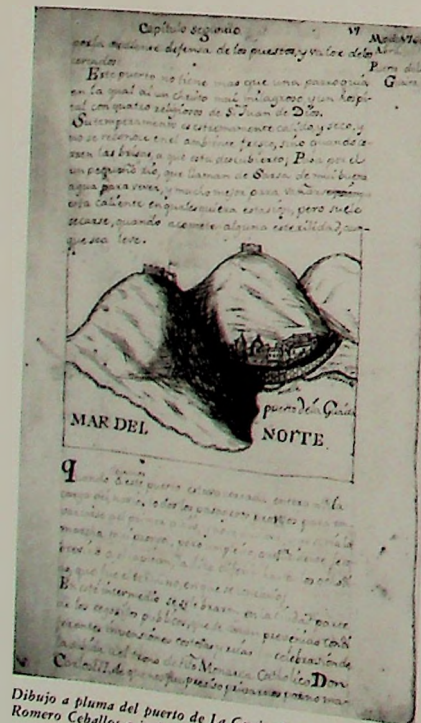
El 25 se cumplió el punto de longitud del principal piloto sin tampoco descubrirse la tierra, pero se doblaron las sentinelas de proa y gavia sin lograrse avistarla hasta el 29, que se descubrió a el amanecer por el Barlovento la pingue isla de la Granada del dominio francés; en este día se lidió con calma y no obstante con el auxilio de las corrientes navegando, descubrimos a el siguiente la isla inavitable del Tavaco distante de la dicha de la Granada unas doce leguas, y una corriente por nuestro costado de estribor que corria del sueste al este, tan rapido que parecia un arroyo mui despeñado, imitandole tambien en el bullicio e inquietud de sus ondas.

NOBIEMBRE AÑO DE 1748. VISTA DE UNA VELA

El 31 amanesimos con viento fresco, y a las siete descubrimos una vela pequena por la popa, la primera y única que avistamos en toda lanavegacion, lo que tuvimos por milagro en una ocasion que avia treguas, epoca de regularmente se aprovechaban los levantados, para insultar y cometer pirateria, las que no hubieramos evitado en manera alguna, aun del mas despreciable buque, por la mala disposicion del nuestro que no hubiera podido usar de su artilleria, ni de maniobra alguna de guerra sin el bien fundado recelo de sumergirse.

MES DE DICIEMBRE. ISLA DE LA MARGARITA

El día 2 de Diciembre amanesimos con el mismo viento fresco, sobre las puntas de la Margarita, que por ser muchas, son conocidas en las cartas de marcar con los nombres unas de los frailes, y otras de los hermanos, y los compañeros; a las



Dibujo a pluma del puerto de La Guaira hecho por D. Isidoro Romero Ceballos e incluido en uno de los folios de su Diario.

once del mismo dia aristamos la dicha Isla de la Margarita, a donde llegamos a costear por su varlovento a el tiempo de oscurecer hallándonos a el amanecer nosin particular milagro alcanzado por la intercesion del Sor San Xavier y Sta. Barbara, a quienes de corazon nos encomendamos sobre el cabo de Quilera distante 90 leguas de la dicha Ysla de la Margarita, haviendo dejado atras el cabo Farallon.

CONTINENTE DE TIERRA FIRME

Este día 3 que fue de San Xavier costeamos la tierra-firme y a las cuatro de la tarde avistamos el puerto de nuestro destino con el gozo que es presumible, bariendo tenido la satisfaccion de recorrer la vista con las intrincadas arboledas de monte y pueblos de Indios por cuyo lado pasamos muy serca, rasgando casi las riveras del mar, donde estaban situados entre grande amenidad.

LLEGADA AL PUERTO DE LA GUAIRA

A las oraciones acalmo el viento, como acostumbra en estas costas, en donde a las ocho de la mañana soplan las brisas hasta las seis de la tarde que amainan, quedando solo un terral con el qual entramos y dimos fondo una legua del puerto, enfrente del deleitoso pueblo de Caraballera, que esta fundado en la misma costa.



CORSARIO BISCAINO

Inmediatamente el capitán se trasladó a la lancha, que desde por la mañana se avia rotoado al agua, y se encaminó y pasó a el bordo de la galera y Jaque de los Biscainos corsarios, que estan allí destinados para privar el comercio furtivo y ilícito de las naciones, que esta en aquellas costas muy introducido, solicitando lanchas para remolcar a el navio hasta el puerto, lo que consiguió sin dificultad, teniendo la satisfacción de ver anclado su navio en el puerto a las 12 de la noche del mismo día, amaneciendo el día 4 propio día de Sta. Barbara seguros y a saltamento, de que dimos infinitas gracias por tan señalado beneficio a nuestro Dios y Señor. La vista del puerto nos causo mucha melancolia por su pequeños como por la mala fachada de las casas que muy bien parecian edificios arruinados que avitaciones dignas de un lugar de tanto comercio y fama, no asi sus valuartes y fortalezas que son muy regulares y estan en buen estado de defensa.

El mismo día 24 al amanecer desentarraco el capitán para subir a la ciudad a dar cuenta al gobernador de la llegada del navio; y para que diese su comision para la visita del navio la que se ejecutó el día siguiente 25 por la mañana desde cuia hora se empeño a desentarracar la jente; Yo lo hize a las 2 de la tarde habiendo inbiado el criado por la mañana con la carga y para que me buscara casa, la que con efecto se halló con gran incomodidad; y subido precio, por no franquear el reducido del lugar.

DESCRISION DEL PUERTO DE LA GUAIRA

Este pueblo tiene tan solo una parroquia y un convento de San Juan de Dios con 4 religiosos, se compone de dos calles; su temperamento es en extremo calido, y seco, muy acosado de brisas, y este es su bien, pues le templan sus calores, Es celebre un pequeño arroyo que tiene, que llaman de la Sarsa que suele secarse, crías aguas muy salutiferas para bañarse y purgarse por la transpiracion de malos humores, estan siempre calientes y por mucha que se veva de ellas nunca hacen mal.



En este puerto estube 10 dias gastando en cada uno en comida, ropa y casa dos pesos, siendo los alimentos tan bastos, que solo se gasta carne de baca y las gallinas comunmente valen a 7 reales y los pollos a dos.

Desde puerto a la ciudad de Caracas ai 5 leguas de penosísimo camino en el que me puso el dia 13 del dicho me de Dziembre, llegando a las 4 de la tarde a la casa que se me tenia prevenida en la calle de San Francisco en su frente, ajustada a el mes por ocho pesos.

CIUDAD DE CARACAS

Esta ciudad mirada de los cerros vecinos dominantes tiene muy buena perspectiva por su grandeza y excelente delineación; pero estando dentro es algo melancólica por las frecuentes nieblas, grande humedad, y calor que esta sujeta. Las tardes en ella son muy tristes sin ponderación; y aunque su asiento es llano y las calles las mas bien cortadas del mundo, como les falta a las casas la elevación que no se les puede dar por estar travasado este territorio de terremotos, le falta a la ciudad el aire de suntuosidad que causa la altives y corpulencia de edificios alcázares y torreones. Tiene muy largos paseos, pero solitarios y hermosos, porque no concurren ni se aprovechan los naturales de este bien, porque parece son naturalmente inclinados al retiro uno y otro sesos, pues por maravilla se ven en la calle, sino con el motivo de ir a misa, y alguna visita, lo hacen solo las ancianas y matronas, dejando ocultas las mas juvenes.

Notta

Nada mas que esto balle escrito en el diario que por su propio puño hizo el Lizardo. Dn. Antonio Romero mi venerado padre, pues aunque del index de sus capitulos consta que escribio mas, tambien se echava de ver que le arrancaron a el manuscrito parte de las fojas que le componian, desandolo de los quales aunque tenga alguna luz es limitada y nunca podria circunstanciarlos como si estuvieran de su propio puño. Pero no obstante por no dejar imperfecto del todo este diario

relatár lo que le sucedió hasta su muerte según y en la manera mejor que pueda aserlo, ballándose con solo noticias diminutas y bien escasas que me suministran muy pocos materiales para tal empresa, por lo que solo hare mención de los sucesos de esta verdad tengo alguna certeza adquirida: por papeles que he visto y noticias fidedignas que he llegado a entender.

SUPLEMENTO

En cumplimiento de lo cual digo que el dicho Lizardo Don Antonio Romero y Vivero habiendose resuelto a acudir en la ciudad de Caracas y en ella ejercer las funciones de tal abogado; para poder verificar esto sin que se le impidiese, parecio por procurador en la Real audiencia de la Isla de Sto Domingo, solicitandose le incorporase en ella, para poder actuar en la estension de su distrito lo que en efecto se le concedio y a su consecuencia en 17 de Noviembre de 1749 años se espidio el correspondiente titulo habiendo pagado la media nata de estilo.

ACESORA AL GOVERNADOR DE CARACAS

Desde entonces empezó a despachar y defender causas con mucho aire, energía y amor tomando un crédito muy grande en toda la provincia, de que resulto que Don Antolin de Liendo, asesor que era del Excelentísimo Sor Gobernador de aquella provincia Don Phelipe Ricardos le tomase por su compañero para aliviar el gran pondus de negocios que tenia a su cargo.



SUBLEVACION EN BENEZUELA

Eran estos a la sazón muchos y muy graves con motivo de que avia auido un levantamiento por algunos vecinos revoltosos, tan sonado que volo a la corte de Madrid su noticia, y esta para prevenir los daños y atajarlos con tiempo. ordeno que al dicho Pbelipe Ricardos pasase a ella, y relevando del gobierno al Sor Dn Frey Julián de Arriaga que a la sazón la gobernava, empuñase el baston y procediese a la pacificación de dicha provincia y al castigo de los que resultasen culpados.

REO DE MUERTE LIBRADO POR
DON ANTONIO ROMERO

En estos asuntos trabajo con imponderable celo y imparcial actividad dicho Don Antonio Romero para aiudar a dicho Gobernador; y como es mui regular que en los asuntos de sublevacion para abreviar se suelen atropellar las causas y definirse sin la bastante prueba y sustentacion devida, y prevenida en derecho, en una que avia de esta naturaleza por la que avian sido condenados a muerte 4 de los cediçiosos libro auno esponiendo en el dictamen que se le pidio sobre dicha sentencia que tres merecian la muerte pero que el uno devia suspensersela por que segun resultara del proeso no la merecia cuio dictamen haviendolo seguido la maior parte de la Junta, se le mando sacar de la capilla, y pocos dias despues se le dio libertad por que se averiguo su inocencia.

NOBIEMBRE DEL AÑO 1750. HIJOS DE
DON ANTONIO ROMERO

A 28 de Noviembre de 1750 se caso en dicha ciudad de Caracas con Doña Juana Josepha Ceballos Guerra hija legitima de Don Juan Antonio Ceballos Guerra natural de la villa de Cartes en el Arzobispado de Burgos y de Doña Juana Garcia de Montes natural de dicha ciudad de Caracas, de cuyo matrimonio tubo por hijos legitimos a Don Ysidoro = Don Juan Nepomuceno = Don Andres = Don Fernando = Doña Maria del Pino = Doña Barrara, que murio mui pequeña en el puerto de la Guaira.

FEBRERO DEL AÑO DE 1752. Nombrasele por Fiscal de la Real ACIENDA DE CARACAS. Hallandose la Real Acienda en aquella dicha ciudad abrumada con muchos y varios asuntos a que no se podia dar expediente por ser los mas de ellos puntos de Jurisprudencia, los oficiales Reales de las Casas de la mencionada ciudad hizieron una representacion al governador proponiendole la necesidad que avia de nombrar un fiscal asi para que terminase lo que habia pendiente y que ocurriese, como para que estirpase el envejecido vicio del comercio clandestino y furtivo y que en atencion a la facultad con que se hallaban, nombravan por tal fiscal al Lizado Don Antonio Romero y Vivero por concurrir en el todas las qualidades que nesecitavan; cuio expediente visto por dicho governador lo aprovo, señalando al dicho Dn Antonio 200 pesos de sueldo anuales, que cedio a beneficio del Rey nuestro Sor todo el tiempo que exercio dicho empleo con la maior integridad y celo del Real servicio.

TIENE MUI SERIOS ATAQUE CON EL GOVERNADOR

Tubo serias y mui pesadas contestaciones con el Excmo Sor Gobernador Don Phelipe Ricardos y con su acesor Don Anrolin de Liendo los que le dieron el sonrojo de mandarle salir de dicha ciudad de Caracas: Pero de todos estos desaires salio triunfante y con el maior honor, que merecsia su conducta.

ASESORA AL GOVERNADOR DE MARACAIBO
AÑO DE 1753

Don Francisco de Ugarte gobernador de la ciudad de Maracúbo, hallandose con el pueblo amotinado, y levantado contra si, le solicitó y nombró por su acesor aque se escuso, pero instado del respecto y rivas instancias, que le hizo la Real Compañía de Caracas ascedio al gusto de ellas, poniendose inmediatamente en camino para dicha ciudad en la qual entro en Junio del año de 1753.

REBOLUCION DE DICHA CIUDAD

Hallóla mui rebuelta, pero sin causa porque el gobernador estaba inocente y padecía verdaderamente persecucion por la Justicia que avia administrado sin contemplacion, especialmente contra los que defraudaban los Reales intereses de que era mui celoso.

PROVIDENCIA IRREGULAR DE LA AUDIENCIA DE STA. FE

Antes de empujarle a asesorar Don Antonio solicitó su incorporacion en la Real Audiencia de cuya jurisdiccion era Maracaibo, que era Sta Fe de Bogota. Mas este Tribunal tomando una providencia mui irregular se la nego y porque insto sobre que se le concediese, espidio consecutivamente



quatro Reales provisiones espulsorias mandándole restituir su domicilio a las que no dio cumplimiento ni dicho Don Antonio desistió por ello de asesorarle publicamente con arto dolor de sus emulos fundado en la practica que avia de haver confirmado dicha Real Audiencia varias sentencias fulminadas por los gobernadores de dicha ciudad de Maracaibo asesorados con abogados de Caracas, de cuyo estilo haciéndose echo sacar dicho gobernador varias certificaciones, unas remitió al Rey Nuestro Señor y otras a dicha Real Audiencia que no setava en su negativa pero sin apremio ni violencia.

SUSPENDESE AL DICHO GOVERNADOR

Ya antes que Don Antonio Romero llegase a aquella ciudad seis de los enemigos de dicho gobernador avian escrito contra el a el Rey Nuestro Señor con tan adornado artificio que se llevo a dudar de su conducta; De cuyos informes resulto que

se despachase orden al Coronel de la tropa que estava en Caracas llamado Don Guil para que pasase a la de Maracaibo a tomar conocimiento de todas las causas y para que se hiciese a tomar el baston y diese cuenta; todo lo qual se verifico defendiendo al mismo tiempo Don Antonio con notable empeño al dicho gobernador hasta la sustansacion de dicha causa que se remitió a España; despues de lo qual y de tres meses que duraron estas rebueltas se regreso a Caracas, mas bien cargado de atrasos que de utilidades.

RESTITUIESELE SU GOBIERNO

Las resultas de la corte fueron mui honrras asi para dicho gobernador como para Don Antonio pues se le restituyó el mando de su gobierno a aquel, y a la Audiencia de Santa Fe le llevo una severa orden de que no le pusiese envaraso en la

actuacion de los asuntos a cuya expedicion avia pasado a la referida ciudad de Maracaibo Don Antonio Romero.

ASISTENTE DE SEVILLA CASTIGADO POR HEREJE. CIUDAD DE CORO Y VILLA DE SAN CARLOS

Restituido a Caracas hizo un viaje a la ciudad de Coro, 50 leguas de Caracas, a este ultimo pueblo fue con motivo de una cobranza, que le dejo a su cuidado Pablo de Olavide, oidor que avia sido de Lima, quando a el restituirse a España paso en las circunstancias me ha sido mui dolorosa desde el año 1760 aca. Dicho Pablo Olavida hallandose con la dignidad de asistente de Sevilla y director de las nuevas poblaciones de Cieramorena fue declarado y castigado por hereje y desonorado el año 1776.

SUBLEVACION DE INDIOS Y OTRAS DE NEGROS

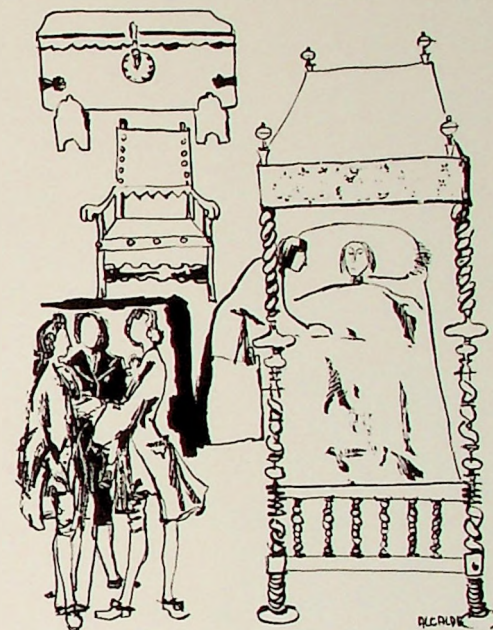
Estando dicho Don Antonio en Caracas sucedio la sublevacion de los Indios contra la tropa rreglada en el sitio que llaman la soledad cuya causa se encomendo a su celo y cuidado, y igualmente sucedio otra de negros, que con gran secreto avian conspirado a destruir a todos los blancos el dia del Señor San Juan Bautista cuya celebridad es del cargo de los referidos negros en dicha ciudad. Pero dicha traicion no tubo efecto por que descubierta a tiempo por uno de ellos se previno con tiempo el daño con el castigo de los mas culpados, que fueron sorprendidos y aprisionados quando menos lo pensavan; Era costumbre en este dia permitirles armas de fuego para que hiziesen salvas en obsequio del Sto Precursor; pero despues de este dia se les prohibio absolutamente el uso de ellas en lo sucesivo.

ENFERMEDAD AGUDA QUE PADECIO

Padeció el año de 1757 una enfermedad mui aguda, prolija y peligrosa de pujos mezclados de sangre de cuyas evacuaciones hubo dia que hizo hasta quarenta acompañándole fiebre con deliquios y dormitacion perniciosas; sufrió este achaque 90 dias a el cabo de los quales, los 7 medicos que avia en la ciudad de Caracas en junta que para ello tubieron, le anunciaron irremisiblemente la muerte, y no teniendo a su parecer mas que aplicarle los despidio dicho Don Antonio y usando de una poca de agua tibia que le inspiró Dios nuestro Señor al tiempo de acostarse y entre dia empezo a mejorarse y se acavo de restablecer con los polvos de Aix y mas eficazmente con los de una raíz que avia traído de Maracaibo. Prevengo que lo de los pujos o cualesquiera otra evacuacion no es conveniente curarse hasta que la naturaleza no se halla descargado de los perniciosos humores que los causan, porque suspensos puede resultar maior ruina.

NIEGASE AL DESPACHO DEL BUFETE

Finalmente dicho Don Antonio resuelto a evadir las desazonas que a cada paso le armava la envidia por los progresos que hacia en la ciencia jurisperita, o mas bien instado de su propia inclinacion, que natural y poderosamente le llamava mas bien a el trafico del comercio, se nego a el despacho del bufete, y sino era afuerza de fuertes y poderosos respetos, no hacia escrito alguno, y aun estos nos los firmava, por no causar quejas a otros a quienes se avia escusado con la ocasion de estar proximo a rregresar a las Canarias y de alli a Europa en demanda del logro de vastos proyectos que llevaba delinados.



ENVARCASE PARA CANARIA

Llego pues el caso de poner en practica esta peregrinacion y antes de darle principio, providencio quanto conducia a la manutencion, honor y desensia de su esposa hijos y familia que durante su auiciencia dejaba en dicha ciudad de Caracas, donde estava avecindado; su embarque no se verificó hasta el mes de Mayo del año de 1760, y este fue acompañándole io el maior de sus hijos en el navio llamado el bien comun su capitán don Joseph Botino; la navegacion duro mas de 60 dias, y hubiera sido completamente feliz, sino se hubiera lidiado por dos dias con una furiosa tempestad, en la que hubiera avido menos motivo de temer una desgracia, si el navio no hubiera estado en mal estado por su bejes, la que sin embargo resistio todo el furor de los elementos sin haver llegado el caso de hacer alijamiento llegando felizmente a salvamento a Sta Cruz de Tenerife en el mes de Julio del referido año de 1760.

ALFONSO ARMAS AYALA. Nació en Las Palmas, 1924. Doctor en Filosofía y Letras. Su tesis de grado trata de "Graciliano Alfonso, un prerromántico español". Ha sido profesor del Instituto R. Maezru, de Madrid; ahora lo es del de Las Palmas. Entre su bibliografía: "Cairasco y Cervantes, dos renacentistas", "La Isla Arcángel de Lope de Vega", "Galdós a través de su correspondencia", "Agustín Espinoza, un escritor y su estilo". Colabora en INDICE, de Madrid; BOLIVAR, de Bogotá; ASOMANTE, de Pto. Rico; CULTURA UNIVERSITARIA, de Caracas.



Por B. BERNARDO SALAS

Kabuki

¿Qué es "Kabuki" ...?

La pregunta es breve, el contenido profundo y la contestación para el no iniciado en la rara, exótica y compleja realización de este estilo y tipo de teatro, puede ser proporcionada por el estudio etimológico de la palabra en sí, que significa "sistema de espectáculo basado en el arte de recitar, danzar y cantar"; pero, en realidad, el Kabuki es un arte complicado que combina maravillosamente las tres cosas. Para definir con alguna exactitud los espectáculos Kabuki, es necesario bucear su origen, proyección y alcance. Por lo mismo, resulta difícil ensayar una nota pretendiendo lograr exponer con alguna claridad, los conceptos fundamentales en que se basa este clásico y tradicional estilo de teatro japonés. Con todo, luego de estudiarlo de cerca durante tres meses y de contar con el gentil asesoramiento de uno de los directores artísticos más capacitados, Mantaro Kubota; del director escénico, Seifu Matsuda; del coreógrafo Jusuke Hanayagi y la imponderable ayuda del "Diccionario Kabuki", traducido en la grata colaboración de la actriz Yasuko Tanaka, puede asegurarse que el contenido de esta nota refleja con aceptable justeza y veracidad, los diversos ángulos artísticos que sirven de sostén a los 350 años de vida del teatro Kabuki.

Cómo apreciar el Teatro "Kabuki"

Los espectáculos del teatro Kabuki no son pura y simplemente acción teatral y, en esto, difiere fundamentalmente con el drama occidental. En sus representaciones, tienen importante gravitación y significación las canciones y danzas que se interpretan en el curso de las mismas, cuya trama, por lo general, se caracteriza por expresiones exageradamente dramáticas, exhibiendo una realización integral que destaca un alto y refinado estilo artístico.

Para ser exacto, el Kabuki puede describirse mas bien como sainete que como drama, en el sentido europeo, ya que sus obras de clásica argumentación son animadas con espectaculares escenas. Este es, por excelencia, el estilo clásico de teatro para el pueblo japonés; y en realidad, sus obras tienen un profundo sentido nacionalista, y en su forma, aunque místico, es rico en cualidades artísticas. Por su característico y complicado montaje, el Kabuki sólo puede representarse en teatros con amplios escenarios y no, como las modernas obras del teatro occidental, aun en teatros pequeños, entendiéndose servir sólo el propósito del arte por el arte mismo. De esta manera, un teatro construido con moderna concepción y científicos principios, está lejos de resultar apropiado para presentar

teatro, es una eminente cualidad en su favor. Juzgar estas obras y este sistema de teatro con nuestro concepto común, no es la actitud apropiada para gozar los espectáculos Kabuki. Este debe ser entendido como un arte destinado a atraer y despertar el sentido y la percepción; un arte para deleitar la vista más que para satisfacer el intelecto. En este sentido el Kabuki no puede ser categórica o decididamente comparado aun con el moderno teatro japonés, que es enteramente basado en una lógica estructura argumental y cuyos espectáculos, aun apoyados en canciones, danzas, colorido y escultura del tipo clásico, tienen por lo general un desarrollo y una interpretación de fácil asimilación por parte del público extranjero.

Considerado como un arte clásico y tradicional, no puede decirse que el Kabuki ejerza directa atracción en la mentalidad moderna, aun del pueblo japonés, y aunque esa atracción es indirecta, es suficiente para brindar un estético placer; y aunque absurdo, es apto para dar satisfacción al público, por lo que es rico en elementos para el espectáculo visual del que goza la generalidad. Con todo, combinando sus naturales recursos de atracción y el considerable monto de méritos artísticos, el Kabuki no alcanza a resistir una comparación con el teatro de Shakespeare.

Este tradicional estilo de teatro japonés es de tan complicada naturaleza, que resulta difícil la tarea de definirlo en pocas palabras. Es, en sí, teatro artístico para ser interpretado con talento y pericia. En el Kabuki la expresión artística

TEATRO CLASICO EN JAPON

obras Kabuki. Además, el Kabuki es de una realización dramática muy complicada y sus obras contienen esencia y material que no guardan relación ni armonía con la lógica y la sensatez; y su clásico y tradicional estilo, no es más que una débil excusa para el espectador extranjero. Cuando un forastero ve por primera vez una representación Kabuki, invariablemente piensa que es maravilloso, y maravilloso es el epíteto adecuado para definir los grotescos, absurdos e ilógicos elementos empleados en su realización.

Por eso, para poder apreciar y profundizar el arte y significado de este estilo de teatro y tratar de entender su contenido, cada extranjero debe someterse, antes de entrar en la sala, a una previa preparación pensando que va a visitar un lugar de sueños y a viajar por una región de poéticas visiones.

Cada mentalidad y cada espíritu deben ser preparados para recibir el halago de la poesía y de la belleza. El sentido común, la moderna concepción de teatro, el análisis científico, el razonamiento lógico y la racional examinación: todo debe ser olvidado en ese momento por el espectador de una representación Kabuki. Uno puede mas bien trepar a un árbol en busca de peces, que esperar lógica y razones evidentes en las obras de este tradicional estilo de teatro. Para un crítico del drama y la comedia modernos, hay mucho de desatino y de absurdo en el Kabuki; pero esa misma ilógica manera de hacer

alcanza límites supremos. En ninguna otra clase de teatro un actor se avergüenza tanto realizando una deficiente interpretación. En los círculos Kabuki, un actor mediocre es llamado "Daikon", y para cualquier era de ellos, ser llamado así significa la mayor humillación. Lograr la perfecta expresión en la interpretación del personaje, es el supremo ideal de todos los actores Kabuki. El propósito de cada uno de ellos es causar gran efecto ante el auditorio, produciendo con estética perfecta el histrionismo tan peculiar en el Kabuki.



"Tsumori-koi-yuki-nosiko-no-to" (Tragedia por amor en la barrera nevada). Obra clásica del calendario Kabuki, originada en una historia de amor y heroísmo, interpretada en sus roles estelares por Koshiro Matsumoto, Utaemon Nakamura y Sojuro Sawamura, que aparecen de izquierda a derecha en los personajes de "Sekibei", "Kurozumi" y "Munesada", respectivamente.

Por todo esto, debe entenderse que para apreciar estos espectáculos la atención del público no debe incidir o ser puesta solamente en la trama y su contenido, sino también en la habilidad, capacidad y talento de los actores para hacer vivir sus personajes en la manera clásica. Esta apreciación no es fácil de lograr y requiere conocimientos preparatorios.

Características del "Kabuki"

El teatro Kabuki tuvo como origen un espectáculo de danzas y canciones que a principios del siglo XVI, y poco después de la guerra civil, impulsara una actriz llamada Okuni que vivía en Izumo. Como se aclara, en su forma inicial, el Kabuki no fue exactamente teatro, sino una clase de revista basada en danzas primitivas interpretadas por actores y actrices y que por entonces se denominaba "Nombutsu Odori" (Danzas Recitadas). Las autoridades de la época, entendiéndose que moralmente era perjudicial la participación de mujeres en los espectáculos públicos, prohibieron en el año 1629 las representaciones que ofrecían la actriz Okuni y su troupe. Desde entonces, hace más de 325 años, el elenco Kabuki —que se había iniciado en base al conjunto que dirigía aquella actriz— ha sido totalmente integrado por actores. Poco tiempo después, se cree que desde el año 1640, algunos dramas y obras leyendas históricas y épicas hazañas, traducidas en danzas simbólicas —una especie de ópera—, con más de seis siglos de existencia y de origen chino, fueron incorporadas al Kabuki, que de esta manera amplió sus actividades comenzando a

exponer obras argumentadas; a robustecer su repertorio y a entrar definitivamente en la etapa que, con la posterior evolución, lo colocaría en la privilegiada situación de ser reconocido como el clásico y tradicional teatro japonés.

Las características fundamentales del Kabuki fueron entonces fundadas en aquellos lejanos tiempos y por los factores anteriormente expuestos. Una de las más particulares y típicas es que su elenco está totalmente integrado por actores. (No obstante la ley puesta en vigencia en la Era Meiji, 1868, autorizando la participación de actrices en los espectáculos públicos). Por aquella razón, los descendientes de las familias que fundaron el Kabuki y únicos con derecho a pertenecer a su elenco, son educados desde niños para los roles a que serán destinados en su clásico repertorio. Así, los que tienen rasgos delicados y sensibles, son designados para interpretar los personajes femeninos. A tal efecto, desde los primeros años son educados, ensayados y perfeccionados en las femeninas maneras. Estos actores son llamados "Onnagata", "Oyama". Antes de que la Sede Imperial se instalara en Edo —Restauración Meiji, 1868—, que desde entonces se llama Tokyo, los "onnagata" acostumbraban vestir permanentemente la indumentaria femenina, imitando a la mujer en sus modales, costumbres y gestos; y el resultado ha sido sorprendente y señala un notable acierto en el arte de la personificación femenina

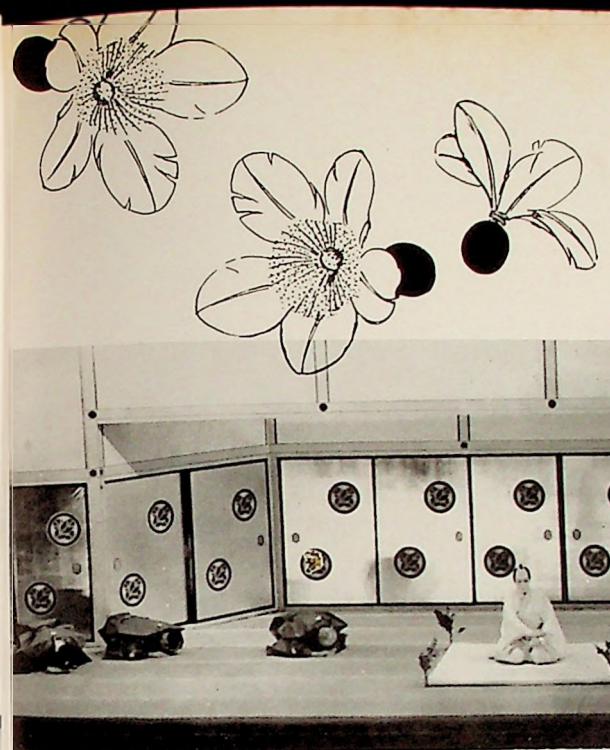


"Ebon-Taiko-ki" (Mitsubide, el rebelde). Obra basada en un hecho histórico ocurrido en el año 1582 y escrita para el "Ningyo-Joruri" (Teatro de muñecas) por Yanagi Chikamatsu, adaptada luego al Kabuki. El argumento teatral se desarrolla en 13 escenas y cada una de ellas representa uno de los 13 días que "Mitsubide", el rebelde, vivió luego de asesinar a su amo, Lord Oda Nobunaga.

por actores. Este es uno de los más salientes aspectos de la vida teatral del Kabuki.

Los elementos masculinos haciendo roles femeninos, concuerdan con el simbolismo del Kabuki; además, habiendo sido educados desde la niñez con los modales del bello sexo, los "onnagata" conocen hasta el más mínimo detalle de la mujer, mejor aun que las mujeres mismas. Siglos de dedicación y tradición, han aportado tan perfecto dominio en la interpretación, que los actores Kabuki que personifican a la mujer en escena, despiertan admiración e imponen respeto. En la actualidad hay pocos "onnagata" que se distinguen. Los más ilustres pertenecen a épocas pasadas. De los del presente se destacan Tokizo Nakamura, de Tokyo, actor veterano; Utaemon kyō. Los tres últimos interpretan generalmente roles de "ohimesama" (mujer joven de alta sociedad).

La habilidad y talento de estos tres actores es favorablemente comparada con la de los grandes maestros del pasado.



Escena del "Harakiri", ritual de honor al que ofrecían el tributo de sus vidas, correspondiente al cuarto acto de "Kanadehon Chushingura" (Historia de los 47 leales vasallos), obra argumentada sobre un hecho real acontecido el 14 de diciembre de 1702. Preparado para cometer el suicidio mediante el "Seppuku" o "Harakiri", Lord Enya Hangan (Kanzaburo Nakamura), recibe el postre homenaje de los pocos servidores a quienes permitieron asistir a sus últimos momentos.

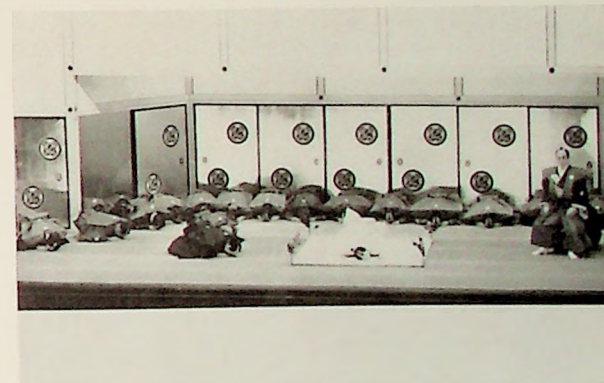
Las obras en que figuran personajes de "ohimesama", son por lo general las que provienen del teatro "Maruhommon", tipo de drama musical que tiene la particularidad de ser interpretado por muñecas. Este arte fue creado en Osaka hace más de 200 años por Monzaemon Chikamatsu (1653-1724), dramaturgo de raro ingenio, y Gidayu Takemoto (1651-1714), recitador de "joruri", que significa declamar o relatar la historia o fábula que fingen interpretar las muñecas. En otras palabras, el que explica lo que pasa por la mentalidad de las muñecas. La denominación exacta de esta clase de teatro es "Ningyo-Joruri". En la actualidad, son mejores las representaciones Kabuki realizadas sobre obras tomadas del "Ningyo-Joruri" que las que realmente tienen por origen sus auténticas expresiones.

Durante el período floreciente de Edo (1600-1867), las cortesanas que habitaban las moradas del placer y a quienes se debía respeto como objeto de belleza, eran llamadas "oiran". Ellas fueron un símbolo del gusto estético y la cultura de la época. En las obras Kabuki, las "oiran" ocupan el lugar social opuesto al de las "ohimesama". Entre ambas hacen mucho para crear la atmósfera de romance en el escenario. Estos son los dos principales roles femeninos que interpretan los actores del Kabuki, quienes, para representar, usan pelucas que pesan más de veinticinco libras, que por otra parte sería difícil pudieran soportar las actrices. La "geisha" es otro de los papeles favoritos de los "onnagata". La "geisha" representa lo que las "oiran" en el siglo pasado; pero éstas significan mucho más, ya que la evolución les ha señalado, a través de la cultura, un rol más importante en la vida nocturna de Japón.

Repertorio Básico del Kabuki

Entre las obras originales del Kabuki, dieciocho han sido las que tuvieron mayor éxito y más duradero suceso en Edo, antiguo nombre de Tokyo y principal escenario de estos espectáculos; como Osaka, cuna del "Ningyo-Joruri".

Estas dieciocho obras cumbres del Kabuki han sido seleccionadas y se conocen con el nombre de "Kabuki Juhachiban". De las dieciocho, siete se distinguen y son consideradas como de extraordinarios méritos: "Sukeroku" (El amante de Edo), "Kanjincho", "Shibaraku", "Yanone", "Kenuki", "Narukami" y "Kamahige". Entre ellas se destaca como la obra maestra, "Sukeroku"; y todas ellas se caracterizan por su espíritu épico y su tendencia a exaltar el heroísmo. Su clásico y tradicional estilo artístico y el contenido, son productos peculiares de la época más brillante de Edo.



Cumplida la ceremonia previa y cometido el "Harakiri", los 46 vasallos recogen con unción el arma suicida. Más tarde, al ser confiscado el Palacio de Lord Hangan, quedan sin hogar y junto al jefe del servicio, deambulan y planean la venganza que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1702, muchos años después de la muerte de Lord Hangan, utilizando la misma espada.

Sugestión.. Simbolismo.. Impresionismo

Sobre estos tres factores se levanta el telón de los espectáculos Kabuki. Realismo, razonamiento y lógica, están ausentes en estas obras que más que para oír, son en realidad una especie de revista que resulta una fiesta para los ojos. Y aun que en las revistas, la verdad y la realidad se asocian en procura de la belleza, en el Kabuki, la belleza se logra con la ayuda de lo irreal, absurdo y grotesco. El arte del Kabuki consiste en hacer aparecer como real, razonable y lógico lo irreal, irrazonable e ilógico. Por eso se puede argumentar diciendo que el alma del teatro Kabuki son la sugestión, el simbolismo y el impresionismo.

En la actualidad hay numerosas salas en Tokyo y en las principales ciudades del Imperio, dedicadas exclusivamente a la presentación de espectáculos Kabuki. El célebre "Kabukiza", ubicado en Ginza-Higashi, Tokyo, con 2,400 localidades, reconstruido y habilitado en 1951, modernizado a la usanza occidental, es decir, instalando butacas en el patio y el balcón; ahora solamente los palcos mantienen la costumbre y el estilo

orientales, esto es, sin asientos. El "Meiji-za", situado en Hamacho, también en el centro de Tokyo, con 1.700 butacas; el "Shimba-shi Embujo", con capacidad para 1.500 personas; el "Teikoku Gekijo" (Teatro Imperial), edificio de tres pisos ubicado frente al Palacio Imperial. Esta sala de lujosa y típica arquitectura tiene 1.346 localidades. Digo la cifra exacta porque tuve oportunidad de visitarlo en horas de la mañana, gozar en silencio su imponente señorío, conocer ampliamente su historial —rico en anécdotas de romances heroicos y noches de recepciones imperiales— y tuve el capricho de contar una por una sus doradas butacas, revestidas de terciopelo rojo.

Cerrando estas referencias sobre los principales teatros Kabuki de Tokyo, teniendo en cuenta solamente los ubicados en el centro de la ciudad, cabe mencionar el "Yuraku-za", de 1.500 localidades, lugar de cita de la alta sociedad, que goza de tradicional prestigio; y el "Tokyo Gekijo", temporalmente convertido en sala cinematográfica exclusiva para Cinemascope.

Osaka, segunda ciudad en importancia del Imperio con sus cuatro millones de habitantes —Tokyo supera los ocho millones—, cuenta a su vez con una de las salas más grandes

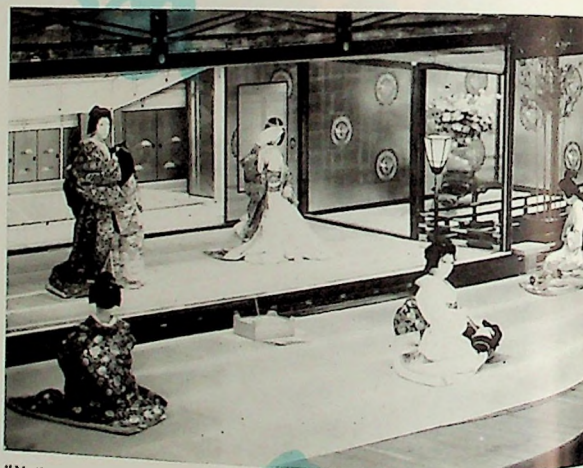


"Yasuma". Danza dramática y poética escenificada bajo una lluvia de flores de cerezo. Popularizada como la "Danza del loco" o "Locura de amor", traduce en la estupenda interpretación de Utaemon Nakamura, la insana mental de Yasuma, talentoso estudiante de astronomía, que deambula bailando por los jardines donde antes había tenido sus citas de amor con la hija de su profesor, que luego lo abandonara. Lo notable es que Utaemon, excelente intérprete femenino (Onnagata), realiza a la perfección el rol masculino.

de Japón destinadas exclusivamente al Kabuki: el "Kabuki-za", similar al de Tokyo y con igual capacidad. Sigue el "Nakaz", con 1.200 butacas, reconstruido en 1948.

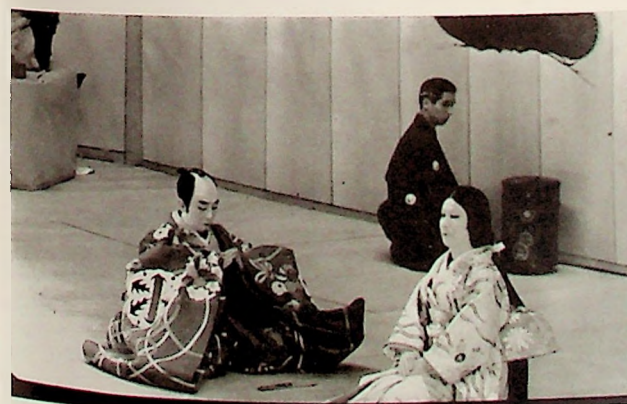
Hablando de los teatros de Osaka no puede omitirse mencionar el famoso "Bunraku-za", cuna del "Maruhomono" (Teatro de muñecas), que fuera habilitado en el año 1678. El "Bunraku-za", ubicado en Yotsuba-shi, zona central de Osaka, fue reconstruido luego de la guerra y funciona nuevamente desde febrero de 1946.

Tratándose de un arte clásico-popular, en todas las ciudades importantes del Imperio hay teatros Kabuki. Entre ellos corresponde destacar el "Nimani-za" de Kyoto —capital de Japón hasta 1867; antes lo había sido la legendaria y exótica vecindad del triángulo artístico que componen Osaka, Kyoto y Nara, donde se ha detenido la historia, se encuentra la ciudad de Nagoya, en la que a principios del siglo XVII se construyó el teatro "Misono-za"; tanto este teatro como el de



"Meiboku-Sendai-Hagi" (El caso de la sucesión). El hecho real en que se basa el argumento de esta obra ocurrió en la ciudad de Sendai, en el año 1660. Cien años más tarde fue dramatizada y finalmente estrenada en 1777.

Derecha: "Migawari-Zazen" (El Sustituto). Esta obra fue originariamente escrita para el teatro "Nob", por el dramaturgo Shiko Okamoto y adaptada luego al Kabuki. La escena reproduce el momento en que "Ukyo" (Kanzaburo Nakamura) convence a su esposa (Koshiro Matsumoto) de que le permita ir a la tumba de sus antepasados para orar durante 7 días y 7 noches. La verdad era que "Ukyo" había sido citado por su ex-amante Kanako, cosa que al fin descubre su esposa dando lugar a escenas de hilaridad.



Kyoto, que fueran destruidos durante la guerra, han sido levantados de nuevo y modernizados al estilo europeo, y tienen una capacidad de 1.500 y 1.600 localidades, respectivamente.

Además de los mencionados, he visitado personalmente los teatros Kabuki de Yokohama, Kobe, Takarazuka, Takamatsu, Matsuyama, Okayama, Sasebo, Kumamoto, Fukuoka, Kokura, Hiroshima —erguida de nuevo al encuentro de la historia—, Shizuoka, Nara, Nikko y, al norte del país, Niigata y Sendai.

Actores...

Elenco Básico del Kabuki

Con referencia a su elenco ya hemos dicho que, desde su origen como teatro organizado, está compuesto exclusivamente por actores. Sobre ellos diremos, en pocas palabras, que el mejor actor Kabuki en la actualidad es Kichimon Nakamura, protagonista de obras de contenido histórico y que es un verdadero maestro en la observancia de las tradiciones artísticas del Kabuki. Luego se destaca Tokizo Nakamura, su hermano, actor veterano, especializado en interpretaciones femeninas (onnagata). En danzas, sobresalen Mitsugoro Bando que cuenta con setenta y ocho años de edad y sigue asombrando, y Ennosuke Ichikawa. Entre los actores jóvenes de Tokyo, cabe señalar a Utaemon Nakamura, Baiko Onoe y Shibajaku Nakamura. Entre tanto, Ebizo Ichikawa, Keshiro Matsumoto, Sheroku Onoe y Kanzaburo Nakamura, son las nuevas figuras que se distinguen y a quienes se asegura brillante porvenir en el reinado Kabuki. Entre los veteranos de Osaka surgen Jukai Ichikawa y Jusaburo Bando. En planos inferiores, pero muy cerca de ellos en el concepto general, Ganjiro Nakamura, Nizaemon Kataoka, Minesoku Bando y Senjaku Nakamura.

había sido, hasta principios del presente siglo, la de los Ichikawa, cuyo último descendiente directo actuó hasta 1912. Luego, los que siguen utilizando el apellido Ichikawa son actores que desde niños fueron adoptados para evitar que desapareciera el ilustre apellido de una de las ramas fundadoras. En la actualidad reina la familia Nakamura, que en cantidad y calidad supera a la de los Ichikawa. Bando, Onoe, Matsumoto, etc., las cuales han sido siempre las principales y que han aportado al Kabuki actores de extraordinaria categoría.

La dedicación y amor de todos ellos por su teatro alcanza límites insospechados. Tal el caso de Kabarakaki Genyuro, actor veterano que a pesar de sus setenta años, seguía ofreciendo el espectáculo de su talento y que en 1953, aun sabiéndose enfermo de gravedad, comenzó su postrer actuación y



Otra escena de "Kawadehon Chushingura" (Historia de los 47 leales vasallos), en la que Utaemon, personificando a Okaru, prometida de Kampei (Kanzaburo), impide con sus ruegos que este elimine a Bannai (Koshiro), vasallo de Lord Morono, culpable de la muerte de Lord Hangan.

quedó en escena. —"Si para mí había algo de maravilloso y sublime en la hora de la muerte, no debía ser otra cosa que ésta —dijo— de morir ante nuestro público en el corazón mismo de nuestro querido y amado teatro "Kabuki".

Por último, una recomendación para los extranjeros que lleguen a Japón y deseen presenciar los espectáculos Kabuki. Es bueno tener en cuenta los comentarios vertidos y pensar que al visitar por primera vez un teatro Kabuki, se asiste a gozar de la belleza de un paisaje animado. Hay que entrar al recinto liberado del espíritu de crítico y dejarse llevar por la opinión visual hasta ir entendiendo su significado, su sentido, su intención y su contenido; luego, sí cabe analizarlo, estudiarlo, definirlo.

De todas maneras, quien pueda, debe ver, aunque sea una sola vez, un espectáculo Kabuki. En realidad, bien valen los 350 años de trayectoria destinados al arte irreal de lograr la belleza y la poesía a través de lo absurdo, grotesco, ilógico e irracional.

Palabras finales

A través de su histórica existencia, el Kabuki ha ido señalando su permanencia de primer plano merced al esfuerzo, dedicación, estudio y hasta sacrificio de sus actores. Como puede establecerse por los apellidos mencionados en el relato, el elenco Kabuki se mantiene con los descendientes de las familias de actores que lo fundaron; entre ellas, la principal



B. BERNARDO SALAS. Nació en Argentina, en 1915. Periodista, dedicado con mayor énfasis a la labor radial, es autor de libretos radiofónicos y de la letra de composiciones musicales del cancionero popular argentino. Prepara el libro de narración "De espaldas a la luz". Reside actualmente en Venezuela.



El Portenito

DEL MALEVO Y LA MINA AL SALÓN ELEGANTE

Humana Dimensión del TANGO



Por NÉSTOR DUQUE ARANGO

DIBUJOS DE SAVERIO LOTITTO

• EL TANGO ES PRODUCTO DE ESTE SIGLO. En los albores de 1900 apareció por primera vez en los "conventillos" y escenarios de los barrios bajos de Buenos Aires, en los populares "peringundines", la melodiosa musicalidad del compositor Angel Villoldo: "El Choclo". Fue tanto el éxito que en los primeros quince días invadió todos los rincones poblados de la Argentina, Uruguay y Chile. Al mes ya los argentinos se habían apegado tanto de aquello que Villoldo había titulado "Tango", que obligó a otros compositores de música a escribir melodías de este estilo, como "Don Juan" y "El entrerriano".

Pero esta música, como la que surge del folklore, necesitaba interpretación en el baile, la melodía había que seguirla acompasadamente con pareja, mejor dicho, había que danzar al ritmo de tan pegajosas notas que despedían los bandoneones, las guitarras y los violines que acompañaban al pianista. De allí surgieron las dos primeras tendencias, el tango para baile y el cantado. Luego vino el estilizado y melódico, de concierto. Los europeos lo bailaban caprichosamente, siguiendo los pasos valseados que acostumbraban danzar en las tabernas o plazas públicas; los italianos lo interpretaban a su modo y los franceses al suyo. En París nació, por aquellos días, una danza apache que ellos llamaban "Tango apache". Las demás "danzas apaches" que con frecuencia vemos en los tablados de los escenarios de América y el mundo entero no son más que reflejos de lo que en realidad suscitó esta melodía en las tabernas de Buenos Aires a comienzos de este siglo.

Nace "La Cumparsita"

En 1913, en la ciudad de Montevideo, en unas fiestas estudiantiles en donde sobresalía el grupo encabezado por el estudiante de música Gerardo Matos Rodríguez, en el acto de coronación de la Reina de uno de los planteles educativos, surgió como homenaje de sus compañeros de comparsa "La Cumparsita". Por el entusiasmo que despertó una semana más tarde, su autor era invitado a Argentina por el Ministerio de Educación, donde Matos Rodríguez interpretó su ya famoso tango al piano durante varios conciertos en distintas salas del alto y bajo Buenos Aires. El mismo Gobierno argentino le compró a Matos los derechos de autor y en 1914 se suscitó un pleito entre los gobiernos de Uruguay y Argentina, por la partitura de "La Cumparsita", pleito que la Argentina ganó; la misma que lo ha hecho conocer más en el mundo que su propio himno. Pues debemos anotar que ese tango, escrito por un hijo de Uruguay, en Montevideo, es el himno espiritual de la Argentina, ya que como tal se le reconoce en todos los rincones del universo.

El malevo y el "compadrito" de bufanda al cuello y de sombrero de ala agachada sobre el ojo derecho lo bailó con su "mina" en todos los bodegones y boliches de la Argentina, a la "guardia vieja" —como dicen ellos ahora—. Del puerto "La Boca" de Buenos Aires pasó a ser parte integrante del repertorio musical de maestros directores de todas las orquestas



famosas del mundo. En París lo exigían en los cabarets más distinguidos y fue "La Cumparsita" la melodía que vistió de frac el tango.

El baile era una resurrección del alma de la pampa. Era el propio porteño descendiente de gauchos, ese hijo de mestizo e inmigrante europeo que se fugó con su bandoneón, su guitarra y su violín a Buenos Aires. Lo había estilizado e hizo de él la danza que se impone con ardor y dominio a la hembra. Los pasos del tango tienen mucho del movimiento sereno del malevo porteño cuando pasa frente a la mina que le ha robado su corazón. Mientras "el gato", "la chacarera" y "el malambo" se bailan separadamente, interpretándose los movimientos de la dura faena de los gauchos durante las bregas diarias, cuando entra la noche, al pie de las brasas y el asado pampero, suena la guitarra entre la alegría de los gauchos saboreando el "mate". Después viene la danza con botas altas y espuelas de plata rastrellándose sobre el tablado. En cambio en las ciudades, especialmente en la Capital del Plata, comienza a llorar el bandoneón y se desarruga y estira como los pasos que van marcando los tanguistas. Despierta el espíritu de la danza argentina, con valor de eternidad. Esto es el tango.

El tango empieza en los barrios bajos y se va alargando por la Calle Florida en medio del apretujamiento de las gentes

de todas partes que llega a escucharlo en sus cafetines. Los paseantes sugieren un movimiento de danza. Es Florida la calle donde no circulan vehículos y donde las personas se van a ver las vitrinas o escaparates de los grandes almacenes. Es la calle de las citas y de los desfiles de moda que exhiben las pebetas, junto a los engominados "chés" que también lucen al aire sus cabellos que no son arrastrados por el viento.

Ya será luego el desembocar a la Calle Corrientes donde se encuentra "la Catedral del Tango" y donde se llega a escuchar tangos melódicos que hieren el espíritu como dardos. Es imposible en Buenos Aires una noche sin el deambular fantástico alrededor del tango. La música aprisiona recuerdos y emociones, da la medida exacta de la ciudad. En la sala de café lo primero que divisamos es una tarima alta. Al encenderse las luces surge el espectáculo. A veces es el solo espectáculo visible, flotante sobre la concurrencia a media luz. Todo tiene emoción de música aprisionada en el corazón. Hay un silencio precursor, una canción a la sordina dentro de cada espectador. Los pies de los transeúntes se detienen en el pórtico para entrelazarse luego en un nudo de hechizo. Los que pueden pagarse un *bock* de cerveza están dentro, pero los que aman el tango y aman la noche policromada de arrullos, lo escuchan desde afuera, con las miradas hundidas en los cristales. Mujeres pálidas y ojeras, mujeres de tango, se siembran en el costado izquierdo del varón como salidas de su propia costilla, paseando las olorosas calles musicales, o se aprietan en el fantástico nido de la danza. Hay artistas inéditos de esta melodía universal y poetas del amor y del dolor dispersos en letras de tango.

Desde Corrientes, donde en cada café nace un bandoneón, después de haberle ajustado la cintura arterial al centro de Buenos Aires, se cae en los Barrios Bajos donde se escapa el acordeón porteño, estirando sus penas. Nos encontramos con "Puerto Viejo" y "Puerto Nuevo", con su Costanera en el lado derecho y al izquierdo los restaurantes, cabarets y dancings. Es allí mismo donde principia y termina toda aventura en una melodía. Son los místicos, los que hacen el tango en la bohemia, los eternos noctámbulos. Es el puerto con sus adioses y sus portentosas acusaciones: "Casi me suicidó una noche por ella..." y hoy es una pobre mendiga harapienta. Son las pestañeantes damiselas sentadas frente a mesas cuadradas donde apoyan sus codos, añorando en espera al amante que no ha de llegar nunca... Es el ritmo metido en la sangre. Marineros hambrientos de féminas, estibadores, empleados de almacén, artistas, periodistas, escritores y viajeros de todo el mundo que van allí a libar "grapa" (aguardiente de caña o uva con setenta por ciento de alcohol).

Los turistas esperan de un momento a otro que se forme la bronca. Siempre hay la memoria del tango que se bailaba hace treinta años con sus figuras de "media luna", "la corrida", "el ocho", "el pasete", "el abanico", con su pasito rabón hacia la derecha y la dureza de la cintura para arriba, casi ritual, que poseía una elegancia compadrona. A esta dureza lo acompañaba el revólver o la "faca" (puñal) que se desnudaban apenas con un rozamiento, por una mirada, por celos. En la sala de baile se acompasaban los pasos en silencio, marcando "los cortes" como en un concurso coreográfico donde sólo se oía la música mezclada en la tristeza religiosa, corriendo cada bailarín un peligro, el de llevar el coraje contenido con la pareja plasmada en su cintura.

El tango canción es el desahogo lírico, es el tango del amor y del espíritu; el tango-poético, con su letra donde campea casi siempre la melancolía. Allí dice su queja el abandonado y traicionado, el "amurado" que recuerda los *tiempos viejos*, aquellos muchachos de entonces, aquellos veinticinco abríles que no volverán. La letra del tango ha recorrido el mundo



Amurado

con sus *saudades* de íntima inspiración. Es "la languidez" que prohibió el Papa Pío X, hasta ser aceptado después por su misma noble estructura.

Enrique Santos Discépolo, el viejo Discépolín —autor de los enormes tangos argentinos—, era ante todo un bardo de la melodía que recordaba a los grandes poetas cuando nos decía: "el primer letrista de tango fue Rubén Darío en la "Sonatina".

El tango-canción fue el que hizo grande a Carlitos Gardel, quien lo popularizó con su gauchada figura en los cuatro rincones del mundo. Hubo y existe un universo argentinizado que repite sus canciones desde Buenos Aires hasta París, Manizales, Tokio y México. Partituras que salen desde el fondo del tiempo. Gardel llevaba la simpatía y la dulce voz quebrada de un marino de *La Boca*, que improvisaba sinfonías bajo la noche estrellada. Era la hora de la verdadera pasión del tango, entronizado en el mundo. Por eso Gardel es inolvidable. Y este argentino, nacido en Uruguay, siempre será un ciudadano del mundo. A todos nos pertenece.



La locura del tango

Uno de los compositores que más elevó el tango a categoría de salón elegante, sin lugar a dudas, fue Julio de Caro, autor de "El monito". Cuando apenas contaba quince años de edad, hizo su debut en la música típica, componiendo su primer tango que llamó "Mala pinta". Venía De Caro de una familia de músicos auténticos, académicos que se plegaron con placer a aquel ritmo popular. Don José de Caro —el padre— había llegado del Conservatorio de Milán y se había establecido en Defensa 1020, barrio de San Telmo que iba a ser en 1906 el centro de difusión de los bailes palermitanos de Hansen y Tambito, con Roberto Firpo a la cabeza. Allí fundaría el primer Conservatorio de Buenos Aires y crecerían al lado de maestros como Cimaglia, Cospito, De María, Boglia, sus hijos músicos, Emilio, Francisco y Julio.

El académico don José los puso bajo la dirección del maestro David Boglia, el uno a estudiar piano, y los otros dos a ejecutar violín. Con Chopin y Paganini soñaba cada día para que sus hijos siguieran la tradición. Pero los organitos y los acordeones empezaron a despertar en Buenos Aires por los lados de la residencia de don José de Caro, llevando la música pegajosa de "La morocha", de Villoldo y Saborido, de "El choclo", de las "Siete palabras", de Greco. Los hermanos De Caro, sin perder el hilo de la melodía clásica, sintieron el embrujo de aquella música que era un destino al que no podían sustraerse.

Sintieron irresistiblemente la vocación del tango para elevarlo a su justa categoría melódica. Refunfuñaba don José con aquella vocación al parecer bohemia, tan presente en los pululantes cantadores callejeros, pero el tango en cambio subía a ganar calidad y prestigio internacional, a través de los hermanos De Caro, que sólo esperaban la ocasión para demostrarlo que llevaban por dentro. Surgieron entonces "Mala cría", "Pulgarín" y "Jardín florido".

Era el tiempo en que había invadido a Buenos Aires "La Cumparsita", traída desde la otra orilla por Matos Rodríguez. La ocasión de mostrar su devoción para el tango no tardó en presentarse para Julio, el violinista. Fue una noche en el

Palais de Glace, donde Roberto Firpo actuaba, cuando los amigos de Julio quisieron escucharlo. El momento era sobrecargado de locura mística, podría por fin Julio de Caro demostrar al público en un solo de violín su magistral interpretación de "La Cumparsita".

Desde aquella noche se abrían para él las puertas inmensas de la catedral del tango, que es todo Buenos Aires. Tras los aplausos llegan invitaciones y contratos. El famoso Eduardo Arolas quiere que toque en su orquesta a cualquier precio. Pero la entrevista con el padre era forzosa. Don José por fin acepta, con la condición de que fuese por un mes. El muchacho tenía apenas quince años al debutar en la orquesta del famoso "tigre del bandoneón", con quien permaneció tres años de éxitos ininterrumpidos.

Esto sucedía por 1914, cuando uno de los más célebres compositores de música de Norteamérica, George Gershwin, presenta su primer concierto en el Finley Club de New York. Tenía este músico dieciséis años. Por la cabeza inspirada de Gershwin sigue tramándose el embrujo del tango y compone en 1922 "Argentina", melodía que más tarde le sirve a Rodolfo Valentino para lucirse al compás de la música *agachada*. Gershwin era un intérprete maravilloso del alma argentina y hubiese podido ser más *gaucho* si los franceses no le hubiesen demostrado tanta admiración, haciéndolo distraer del tango, para componer "Un americano en París".



El ambiente de la época

Por aquellos tiempos en que los compadritos y sus *minas* porteñas hacían las delicias del público que se conglomeraba en los cafetines de moda, y era "La Morocha" uno de los tangos predilectos de las barriadas, en los landós iban de paseo por las calles las mujeres que usaban polleras hasta los tobillos y sombreros descomunales con grandes plumas. A la hora del atardecer el último resplandor del sol se confundía con la anémica llama de gas de los faroles. A veces el farol se apagaba y se oía sobre el empedrado el trotar de los caballos, como si los fantasmas de la noche se disfrazaran de equinos. Indudablemente que el "Café de las figurantas" no dejaba de tener uno de los éxitos más extraordinarios. Todas las razas de la tierra se daban cita alrededor de sus mesas. Todos los idiomas del universo hallaban allí eco confundido en las miradas comprometedoras de las figurantas que guiñaban el ojo a los marineros que iban llegando. Este café era internacional. En cambio, el café de los porteños de más postín era aquel metejeón de "Los Inmortales", café éste decorado con chalinás de los poetas, motivo por el cual daba una nota pintoresca y emocionante de la bohemia porteña, que jamás será olvidada en los anales de la Capital del Plata.

Las señoras de entonces gastaban mucho encaje, se perfumaban con *agua florida*, usaban mitones, y siempre tenían a triles y sótanos, los devotos de Anarkos fabricaban dinamita, que era la pirotecnia obligada de los 1º de Mayo. A veces bigotera y su loción de *Bay-rum* tenía su muestra de petardo. Era el loco de la familia que asustaba a las viejas tías pintarrajadas con papel maché.



El Caburí



Mano a Mano



Tiempos Viejos



La Morocha

Después de la Primera Guerra Mundial

En 1919 se desvincula De Caro de la orquesta de Arolas que actuaba en aquel tiempo en "El Tabarin", retornando al tango en 1921 con la orquesta de Juan Carlos Cobián. Un año dura esta orquesta, pero Julio de Caro sigue sintiendo correr por su sangre la ebullición del tango en todas sus modalidades. Es el quien inaugura los bailes de carnaval en 1922 en el Teatro San Martín, conjunto en el que se han sumado sus hermanos Francisco y Emilio, Pedro Maffia, Luis Petrucci, Manlio Francia, Elvio Vardaco, Ciriaco Ortiz y otros no menos famosos intérpretes de la música popular del puerto.

Es cuando Argentina alcanza el máximo de expresión en el tango. Gardel graba "Mi noche triste", de Castriota y Contursi, mientras "La Cumparsita" ha estilizado el tango, en nuevos compases. Julio de Caro está en la cúspide de su inspiración y da a la publicidad "Milonga corrida", "Mi encanto", "Todo corazón". Es el grito de sus veinte años. Más tarde habrán de salir aquéllos que lo consagran definitivamente, como "El monito", "Buen amigo", "Guardia vieja". Es un sentimental, un poeta, el gran poeta del puerto que va diciendo a los vientos la suprema inspiración que lo sacude. Con lo que gana, ayuda a los pobres y confiere categoría a su orquesta. Así logra escucharlo una noche el Príncipe de Gales, en ocasión de su visita a Buenos Aires en 1925.

"Buen amigo", uno de los tangos que le dio a De Caro más fama, fue el encargado de hacer nacer la amistad entre el noble príncipe y el compositor-director. En el Café Colón una noche lo hace bisar diez veces y luego se lleva discos y partituras a Inglaterra. Un año después, en 1926, de puño y letra de su *buen amigo*, del gran protector de su música porteña, le llega la invitación para trasladarse con toda su orquesta a Londres. De Caro no pudo viajar a Europa sino cinco años más tarde por los compromisos contraídos y aquella invitación del Príncipe de Gales fue tal vez el símbolo del reconocimiento universal con que el siempre había soñado.

El Tango en Europa

Resurge en 1931. La letra y música de "Buen amigo" se pegaba en los oídos de los indiferentes europeos que se daban a aprender el español, sólo por saber lo que decían esos "gau-chos" que eran porteños. En Londres había causado furor y

NESTOR DUQUE ARANGO. Nació en Manizales, Colombia, el 4 de enero de 1910. Vive en Venezuela desde hace 13 años. Es autor de la novela "Informe al Vaticano" con segunda edición el año antepasado en Caracas. Ha viajado por toda la América Latina, habiendo logrado gran acopio del folklore de cada país que visita. Prepara un libro sobre la música y el baile del Tango, del cual es parte el presente trabajo.

ahora iban a llevarlo a Niza. Julio de Caro mantiene un elenco de elegidos: su hermano Francisco al piano, Laurenz y Blasco en los bandoneones, Sciarreta en el contrabajo y Nieso y el a los violines. "Buen amigo" iba a ser también cantado por Luis Díaz y Marambio Catán y bailado con todas las reglas bonaerenses por los hermanos Williams.

El debut en Niza fue toda una apoteosis. Los más altos personajes de la sociedad y de la cultura se habían congregado allí. Uno de los caballeros que había reservado una mesa se puso de pie para decir a la concurrencia que tendrían la oportunidad de escuchar a "la mejor orquesta de tangos del mundo". Aquel orador era nada menos que el famoso Charles Chaplin. Otra de las mesas la ocupaba aquella inolvidable noche Carlitos Gardel, que había recorrido miles de kilómetros desde Buenos Aires sólo por ver el debut de Julio de Caro en Niza.

Chaplin fue el primero en sacar pareja. A esa noche extraordinaria siguieron otros éxitos en Cannes, París, Montecarlo, Turín. De Roma, Julio de Caro regresó con su orquesta a París, donde habría de filmar "Luces de Buenos Aires" con Gerardo Matos Rodríguez, Gardel y Manuel Romero, y donde fue el encargado de compaginar la música de la película.

Ya con el cinematógrafo como un nuevo atractivo, la fama del gran compositor no decreció a su regreso a Buenos Aires. Fue el músico criollo que siguió actuando en salas cinematográficas, animando los entre actos, glorificando los fines de fiesta en los principales teatros de su ciudad natal. En la capital del tango.

La odisea de Julio de Caro terminó fundando la primera Orquesta Sinfónica del Tango, integrada por sesenta profesores. Y huelga decir que no hay crisis de estas melodías porteñas, como pretenden asegurarlo algunos. Miles de grabaciones corren por el mundo diciéndole a los sentimentales que el tango no ha muerto ni nunca morirá, habiendo evolucionado constantemente.

La mayoría de los compositores han muerto pobres. Cuando moría Villoldo la Asociación de Autores Franceses le enviaba un jugoso cheque por valor de diez mil francos, que él no pudo aprovechar. Mientras tanto, en Argentina sigue creciendo la mística por el tango. Hace algunos años salió en Buenos Aires una revista con la noticia de que Gardel no había muerto, que vivía en París, que quien había desaparecido era su doble. Fue tal el escándalo que despertó tal noticia, que en menos de una semana habían vendido los editores más de trescientos mil ejemplares. Hugo del Carril sigue siendo considerado como el sucesor de Gardel, pero el que más clientela tiene de todos los cantantes es Alberto Castillo, médico y artista. Por ambas cosas es el personaje más solicitado en aquel gran puerto, cotizándose a precio muy alto sus películas y vendiéndose a \$100 sus autógrafos. Son el precio de su receta para los pacientes que forman cola, la mayoría de las veces sin padecer enfermedad alguna. Pero aquella "receta" luego valdrá miles de pesos, con marco y vidrio, y firmada por el famoso cantante de tangos: Alberto Castillo. Argentina es una población con dieciséis millones de habitantes al servicio del Tango.



AL SUR DE LA GUAYANA EN TIERRA DE LOS SHIRIANAS

POR ARTURO EICHLER

Las selvas vírgenes de la América Ecuatorial, desde el Orinoco a través de las Guayanas y la Hoya Amazónica hasta el Mato Grosso, y de la Cordillera de los Andes hasta las costas del Atlántico, cubren unos diez millones de kilómetros cuadrados. Un mar de floresta, tres veces más grande que el Mar Caribe; un esmeraldeño océano selvático remanente de un mundo en el que vivió el hombre primitivo, no hace diez milenios, ni cien, sino millones de años, aun mucho antes de que conociera el uso del fuego.

Durante los recientes cuatro siglos han salido esporádicamente puñados de hombres para conocer ese mundo vegetal entregado a un imperturbable equilibrio y dormido en su propia hermeticidad. Los relatos de los exploradores de regreso —no todos regresan!— nos transmiten a menudo sólo una débil impresión de las penalidades que tales intentos encierran. Y eso que los diferentes grupos expedicionarios cruzan apenas por reducidas porciones de esas inmensas vastedades selváticas. Sus itinerarios suelen estar sujetos a los cursos de los grandes ríos navegables. En cuanto al obscuro interior de las florestas entre esos muchos ríos, y algunos de los seres que, sin advertir el paso de siglos ni milenios, moran en intimidad con una extraña fauna entre epífitas y penumbra, el hombre moderno se halla en los comienzos del saber. Aún no hemos tenido tiempo para conocer nuestro planeta, toda vez que nos dedicamos a cultivar la quimera de cómo poder llegar a la luna próximamente.

Las páginas que siguen son un extracto, una fugaz ojeada a las incidencias de un viaje que nos conduce a la misma

entraña de las selvas del sur de Guayana, una región que, al igual que el interior del Mato Grosso, se considera todavía como una de las más fascinantes e impenetrables "manchas blancas" en los mapas del continente. El objeto de este viaje fue el de encontrar la tierra de los "Shirianas", indígenas y reputados de guerreros y salvajes, y de volver con una película a color y el material para un libro, documentado gráficamente, sobre aquellos indios.

La única referencia fidedigna sobre los Shirianas la había encontrado en las obras del etnólogo alemán Koch-Grünberg, quien a comienzos del siglo visitó Guayana y la región del Río Branco, Brasil, sin poder adentrarse en territorio Shiriana. Durante una segunda expedición, años más tarde, el gran explorador sucumbió a las fiebres en el Río Branco.

No podíamos prever, pues, qué suerte íbamos a correr en nuestra empresa. No sabíamos en qué partes de las junglas cercanas al Brasil hallaríamos a los Shirianas, como tampoco teníamos ninguna respuesta a la interrogante máxima: ¿Qué clase de encuentros nos esperaba en suelo de los impíos? ¿Sería posible establecer contacto amistoso con ellos al penetrar sus vedados dominios? Todo esto era un misterio tan impenetrable como la intrincada maraña misma de las selvas de Guayana.

Nuestro intento nos llevó entre hombres de la edad de piedra, sobre cuya existencia nos cuenta algo la prehistoria. Nos encontramos con seres que en conducta, costumbres, idioma y manera de pensar se parecen a aquellos otros que les son más cercanos: los animales de selva.

ARRIBA: El punto de El Casabe, colonia de mineros y última avanzada de la civilización, en la margen del Río Paragua.
ABAJO: Surcando el Río Paragua, rumbo al corazón de las selvas de Guayana.



Errantes nómadas merodeando en el crepúsculo de la floresta; tribus fraccionadas en incontables pequeñas hordas que viven en guerra entre sí, sin asiento estable, casi siempre sin jefe, sin regla ni código, ni culto a sus muertos. Ni pastores ni agricultores; fieros cazadores que se asoman intempestivamente al pie de la manigua sombría y escalofriante: ignoradas criaturas que desde los comienzos del hombre siguen el círculo de las frutas silvestres que maduran en el bosque, y que se alimentan de gusanos y entrañas de ciertos reptiles crudas, si les falta el fuego. He ahí a los Shirianas.

Estos primitivos no conocen la piedra labrada; no la usan, a pesar de tener a su alcance minerales varios, como el precioso jade, que fue el material por excelencia para las necesidades de los hombres prehistóricos, en la época del diluvio, o aun antes. Los escasos implementos de los Shirianas están hechos de madera, hueso y fibras de plantas; sus herramientas son sus manos y sus dientes. No poseen piraguas. En sus errabundas andanzas por las selvas cruzan los ríos a nado, y duermen cual simios o murciélagos sobre unas pocas delgadas tiras de lianas amarradas entre los árboles. Sus cifras llegan hasta cuatro. Una "luna" quince días, porque durante el resto del tiempo no ven su luz.

Por largas semanas permanecemos entre esos seres. Acampamos con ellos en la selva; junto con los Shirianas cazamos, pescamos, comimos y dormimos. No conocían la música, ni

bailes, ni ceremonias, sólo los horrendos berreos de su "pia-che". Los primeros cantos, bailes y disfraces que vieron jamás, los exhibimos nosotros ante sus pávidos ojos, y sus dormidos cerebros apenas lo captaron consternados y con desamparada estupefacción.

Los Shirianas tampoco tenían barbas; y, para apoderarse de las nuestras, ¡los mañosos salvajes tramaron la feroz idea de sacárnoslas junto con el pellejo!

La relación completa de este viaje abarca unas ciento cincuenta mil palabras. Muchas palabras, pero ¿tendrán el poder de comunicar a los demás toda la realidad de lo que los ojos vieron? ¿Lo que captaron los sentidos y soportaron los nervios? La mera apariencia de mis hojas de cuaderno habla de las precarias circunstancias en las cuales fueron muchas veces redactadas y transportadas durante casi medio año por agua, tierra y pantanos. Hablan, estas notas, de la devastadora furia de los lejanos ríos y del vaho de fiebre y podredumbre en la selva; de esperanzas, tenacidad y duro sufrir; del salvaje odio y de la amistad fiel de los indios; de muerte y desastre fatal. Llegó un día, ya en la postrera etapa de la expedición, cuando sucumbimos ante los escollos de un raudal y naufragamos; y el documento descansó, junto con todas nuestras pertenencias, en el fondo de un río cerca del Brasil, hasta que fuera rescatado por fin. El mismo trabajo de buceo salvó también mis películas con más de una preciosa estampa de Shiriana; pues, este tesoro lo había guardado, en la constante espera de una desgracia, en una lata vacía de manteca, cuidadosamente soldada. Dos mil metros de película de cine se perdieron íntegros.

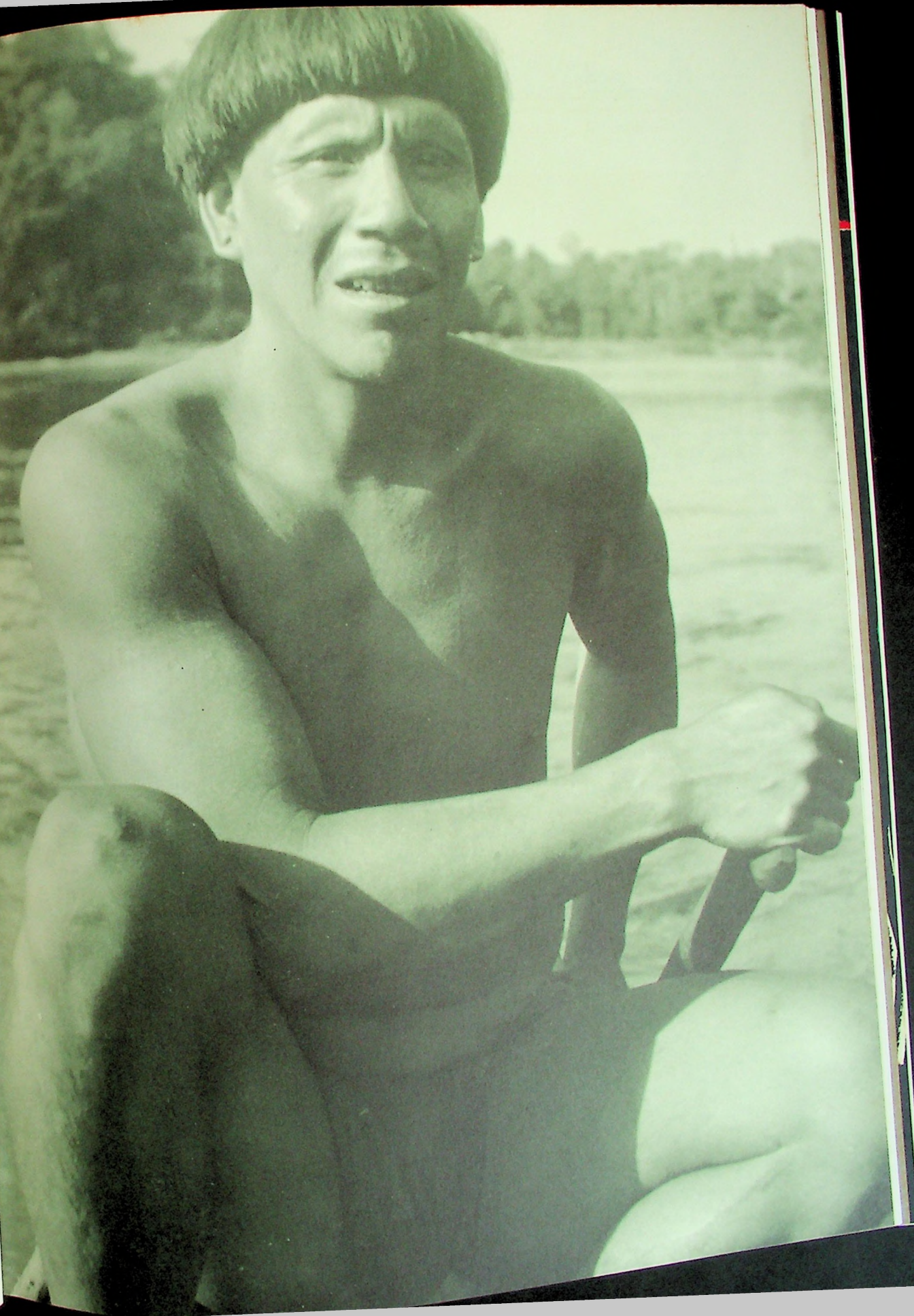
Borrada está la letra de los originales, pero no lo suficientemente pálida como para no hacer resurgir ante el ojo y la mente todo el drama con vívida fuerza. Y ahora, a la selva de los acontecimientos...

Campamento en el Río Carúm. Noviembre 18/53. En los últimos tres días hemos surcado otras cien millas del Río Paragua, y desde ayer tarde estamos en el Carúm, bien arriba de la desembocadura al Paragua. Media docena de raudales grandes y numerosos pequeños han quedado atrás.

Trasladamos en repetidos viajes con jeep nuestro equipo y provisiones del Orinoco al puerto de La Paragua. Unos dos mil kilómetros en recorridos, sólo para llegar al punto de partida de la expedición. En La Paragua compramos las curiaras. La víspera de nuestra partida trajeron en una curiara a un minero muerto. Con su primitivo casco de buzo había bajado hasta la profundidad de veinticinco metros, para llenar, en un "pozo" al fondo del río, con la arena o "material", los sacos que luego eran subidos con mecate por los compañeros instalados en una pequeña plataforma flotante. En eso, extrajeron un saco vacío. ¡Algo grave había sucedido! Subieron al buzo: ¡estaba muerto!... Esa noche tuvimos que mudarnos; en nuestro alojamiento se velaba al muerto. A la mañana siguiente, cuando bajamos al río, nos cruzamos en el camino con cuatro fornidos mineros que llevaban un fresco ataúd con su compañero de ayer. Pobres exequias para quien extrae de la tierra las codiciadas joyas; pero, no tan pobres como los funerales de un lavador de oro, que presencié en alguna parte bajo la línea ecuatorial: dos montubios cargaban sobre hombros un largo bambú del cual pendía, a modo de hamaca, una frazada con el muerto dentro. Un tercero completaba el cortejo; un hombre alto y flaco, descalzo y con pantalones raídos y un sombrero tan viejo y tostado como él solo, iba atrás, machete en mano, rumbo al camposanto en el monte.

El día 13 arribamos al Salto Uraima, barrera imposible de pasar. No lo vimos, pero oímos el tronar de las aguas cuyo eco atravesaba la selva. Allí hubo "caleteo": todo nuestro bagaje tenía que ser llevado a espaldas unos tres kilómetros por el monte, hasta un punto situado más arriba del rápido. Luego,

Taúna, el Maquiritaré, uno de los cuatro que vencieron el Casabe.





vino el arrastre de las curiaras, sobre rocas, por montes y quebradas. ¡Después de aquel trabajo de negros habrá pocas cosas capaces de asustarnos!

El domingo 15, habiendo amainado una tempestad de varias horas, salimos de Uraima. Pronto avistamos nuevos raudales. A nuestra izquierda teníamos la sierra de Guaiquima, cuyas extensas laderas escarpadas, cubiertas de selva, se alzaban a la distancia de pocas millas. Cuando hay una serranía a la vista, ya puede uno prepararse para los peores raudales. Hubo repetidos caleteos; cada uno tiene que llevar sus cuatro o cinco quintales, por etapas, a lo largo de la ribera pantanosa o sembrada de rocas, unas veces ásperas como rallo y otras resbaladizas como jabón verde. Después comienza la lucha en el raudal que trata de llevarse hombres y curiara como corchos insignificantes en el paso de su torrente.

Ahora nos quedaremos dos o tres días aquí en el campamento. Bill y Enrique han salido en la curiara más liviana río arriba, en busca de los indios Sape que nos fueron recomendados por el capitán indígena de El Casabe, para quien teníamos una carta oficial. Necesitaremos buena ayuda y guías para la travesía por desconocidos caños y selvas, hasta encontrar el Caura. Es por las cabeceras de ese gran río donde esperamos encontrar las tribus Shirianas.

Descansando a la orilla del río, sobre las grandes rocas recalentadas por el sol, escucho el murmullo de las aguas que vienen desde fuentes lejanas y se deslizan sin descanso, entre monte y monte. Miro al cielo, tan azul y con compactas nubes blancas de severos contornos y nobles formas. Este límpido cielo y las fuertes nubes son indicio de una vasta región uniforme, Guayana, que allí al sur se extiende hasta los más remotos horizontes. Es el mismo verde mar que penetré en el pasado, sólo que, esta vez he arribado a otra de sus orillas. El sol descende sobre la ribera opuesta. El alegre juego de sus reflejos sobre el agua cede a la sombra y a la gravedad de la noche...

¡Qué noche deliciosa al pie de tu bóveda, selva misteriosa!



Una suave brisa susurra como lejano oleaje de mar en las altas frondas de tus árboles, que contemplan las estrellas y que cubren con su techo la milenaria vida en tu espesa profundidad. La paz de tus sombras es interrumpida sólo de tarde en tarde, al desplomarse con estrépito un tronco cansado, roído por el tiempo, agotado por el peso de lianas y parásitos, podrido por la humedad. Árboles viejos que vienen por tierra, donde yacen mudos e impotentes, para servir de abono a nuevos gigantes de la chungla, en eterno círculo de muerte y renovación.

Pero ¡ay! ¡Yo desconfío estremecido de la quietud que encierran tus laberintos y del prodigio de tu fecundidad milagrosa! ¿No despiden tus vegetales y tu suelo un hálito fatal que desconcierta los sentidos? ¿No acecha la fiera en su escondite y la serpiente bajo el traicionero tronco podrido? Y, en tus pantanos, ¿no flora el vaho de las fiebres que queman el cerebro y destruyen la sangre?

¡Tu silencio de esfinge impasible encubre la amenaza de un embrujo maligno y de tu voracidad fatídica! En tu penumbra sucumben los fuertes, dirigiendo una postrera mirada al cedro de ancha ramazón que, erguido aún, se debate en impotente agonía al abrazo asesino del matapalo estrangulador. A la sombra de tus verdes dominios ejecutan su obra corrompida las miríadas de parásitos, sabandijas de ignorados nombres y de ocultos orígenes, cuyas interminables generaciones se revuelcan en el fango de hojas podridas, carcomiendo las raíces de gigantes impotentes e incautos. ¿Quién, en fin, podrá descifrar todos tus secretos, ignota selva?...

El cielo nocturno se nubla. Relampaguea y trueno lejanamente. Pero la noche en el Carúm permanece calma.

Durante toda una semana hemos estado deseando que llueva, para poder salir de estos caños medio secos en cuyo laberinto estamos cogidos como ratas en trampa. Nos encontramos en el lado oeste de la divisoria de aguas entre los ríos Paragua y Caura, que están separados, en esta latitud, unos sesenta kilómetros, en línea recta. A juzgar por lo que hemos visto hasta aquí, parece que esa distancia se va a hacer diez veces mayor de lo que revelan los mapas. Del Carúm habíamos salido con un refuerzo de cinco indios Sape, contratados para la travesía por la selva hasta el Caura, y para navegar Caura arriba hasta encontrar asientos de los indios Maquiritare, en alguna de sus márgenes. Subimos el Paragua y entramos a las selvas por el caño Marí, internándonos luego, siempre en dirección general oeste, en los caños Uainá-Moné-Cupapaipá, angostas vías de agua convertidas a cada paso en callejones sin salida; una indescribible maraña de árboles caídos formando obstáculos sobre extensiones de cincuenta, cien y doscientos metros. Un ritmo de avance que causa descorazonamiento y frustración, siempre de nuevo. No fue "navegación" aquello, fue un arrastre por fango, ramaje e inmundas aguas infestadas de microbios y bichos. Los golpes de hacha y machete no se interrumpían ni un minuto, para abrir angostos pasos y otras veces túneles por los cuales adelantar, pulgada por pulgada y empleando un pequeño "güinche" que llevamos, las curiaras. Nuestros brazos y hombros se nos han vuelto insensibles de tanta brega.

En esta manigua saturada de humedad, donde apenas penetra un rayo de luz y ningún soplo de aire fresco, se comienza a notar una lenta acción corroedora en hombres y cosas. Todas las caras se ven pálidas, con los ojos hundidos. ¿Cuándo saldremos de esta tumba? Dejaron de funcionar, por último, todas nuestras cámaras. Una vez que salgamos de estas sombras a la libertad y al sol, habrá que revisarlas. Ya va para mucho tiempo que estamos comiendo casabe enmohecido. Nosotros lo llamamos "penicilina". Todavía nos quedan dos quintales; no podemos echarlos. Tostándolo un poco en la

sartén se pierde un tanto el sospechoso sabor, y hasta sabe sabroso. Para la modestia, no hay como un paseo por estos remotos parajes.

Nuestra valiente compañía de indios nos abandonó intempestivamente en el momento peor y más difícil del viaje, una vez que habían recibido casi íntegro el pago convenido. Fue un error, pero no nos quedó otra cosa: primero exigieron la mitad; luego, con viveza y gran astucia, la mitad de la otra mitad, y así sucesivamente. Había uno solo entre ellos que hablaba un poco de español, Ramón, tipo taimado y socarrón del cual se encuentran ejemplares en todas las zonas periféricas de las selvas, en contacto con la semi-civilización. Ramón se plantaba diez veces por día delante de nosotros, con cara amenazante:

—¡Yo quiero tijera! ¡Yo quiero más zikarro, cuchillo-dos! ¡Quiero otro machete, ahora! ¡Quiero medicina, plomo, pólvora! ¡Yo quiero de todo! ¡Tienes que darme de todo!

Los demás permanecían a la expectativa, con gesto no muy amistoso. Cuando descubrimos que nos estaban robando —una caja con mil anzuelos se había hecho humo— y cuando Ramón dio a entender que ahora necesitaba nada menos que una de nuestras dos escopetas, hubo que poner término a este negocio demasiado "chato" y decirles que no habría entrega de más nada hasta nuestro arribo al Caura. Además, yo estaba convencido de que esos indios eran cobardes; que les comía el miedo ante estas selvas y ante el mismo Caura, al cual, como finalmente admitieron, no habían visto jamás, y mucho menos navegado. Y, cuando vieron que no nos podían saquear más, tomaron las de Villadiego. Al día siguiente comenzamos la tarea del transporte de carga y arrastre de curiaras por una pica de varias millas a través de la selva, hasta este caño aquí, cuyas aguas se unirán, en alguna parte, con las del río Zavarú que fluye hacia el Caura.

Diciembre 7. Otro día, sin indicios de que nuestro viaje por esta fatídica rumba selvática toque a su fin. El principio de la travesía nos parece ahora un paseo, comparado con lo de los últimos cinco días. Mejor es no hacer comparaciones; así se pierde la noción de lo que podría ser el límite del humano sufrimiento. Durante diez horas diarias nos arrastramos por esta maraña como escarabajos que no recuerdan haber visto ni el sol ni las estrellas. La ropa está hecha permanentemente una sopa. La secamos de noche sobre la fogara, pero se vuelve a saturar de humedad en las manos, como por obra de encanto. Todos estamos extenuados, tal vez enfermos. La exigua vía de agua fangosa e inmundas culebrea en todas direcciones por la selva, y no tiene fin. A veces se pierde por completo, cuando todo el bosque a la redonda está inundado y necesitamos horas para descubrir por dónde corre el verdadero cauce. Por doquiera yacen troncos derrumbados que blomean el avance. En las manos tenemos ampollas sobre ampollas, de tanto manejar hacha y machete. Entre los dedos de los pies prosperan supurantes cultivos de hongos. Por lo menos dos de nosotros están al borde de la resistencia moral y física.

El 12 de diciembre, veintidós días después de haber entrado a la selva por el caño Marí, salimos a la luz y al gran Caura. Cual una apariencia de otro mundo, avistamos un ancho y portentoso río, rocas, cielo, nubes, y una vegetación diferente. Nuestra alegría, a pesar de silenciosa, fue indescriptible. ¡La Estigia había quedado vencida!

Durante dos días nos asoleamos, dando igual tratamiento a todas nuestras pertenencias, antes de proseguir Caura arriba, con los motores. A poco de haber iniciado la navegación, tuvimos que detenernos en unas rocas en medio río —por delante no se veía sino un inmenso y tronante raudal que convertía el ancho Caura en un caos de espuma y furioso

oleaje. Se nos heló la sangre. ¡Por aquí no pasaremos jamás!, estaba escrito en todos los ojos. Ahí teníamos al Caura, de cuyos raudales y saltos sólo se murmura vagamente en el mundo exterior: ¡el salvaje río Caura que nosotros habíamos creído poder vencer! Río abajo, las aguas corrían anchas y tranquilas hacia el norte; pero sabíamos que, aquellos seiscientos kilómetros hasta el Orinoco encerraban aun lo peor. ¿Cómo me habían dicho alguna vez? “¡Antes se logra hacer correr el Orinoco al revés, que navegar el curso del Caura!”.

Cien veces me he planteado la pregunta, en trances parecidos: ¿Qué haría el hombre si no viniera en su ayuda, en momentos cruciales, algún golpe de suerte? Pues, sucumbe, si su situación es lo suficientemente crítica... Mientras tratábamos de hallar alguna salida ante el inminente dilema, divisé en el borde de la selva, a la margen izquierda, a distancia de media milla de nuestro islote, unos puntos que se movían. Todavía dejé transcurrir varios segundos, mientras Bill me hablaba, sin quitar la vista de aquella orilla.

—Bill —dije entonces tranquilamente, y señalé hacia la selva—, mira para allá. ¡Indios!

Se volteó, su demacrada cara se transformó:

—¡Maquiritares! —exclamó—. ¡Nos han visto!

Trepamos sobre las partes más altas de las rocas, agitando frenéticamente los brazos en el aire. Habían botado una canoa al agua, y el tripulante —era sólo uno— manejaba su canaleta con rapidísimo ritmo para vencer la fuerte corriente. Pasó casi media hora hasta que el solitario navegante se aproximó a nuestro islote. Nunca olvidaré la impresión que me causó aquel indio de bronceado cuerpo y orgulloso porte, su espesa y negra cabellera cortada limpiamente sobre frente, orejas y nuca, cuando se nos acercó en aquellas rocas en medio Caura, con expresión de sorpresa en sus ojos y pronunciando unas palabras en su suave y extraño idioma.

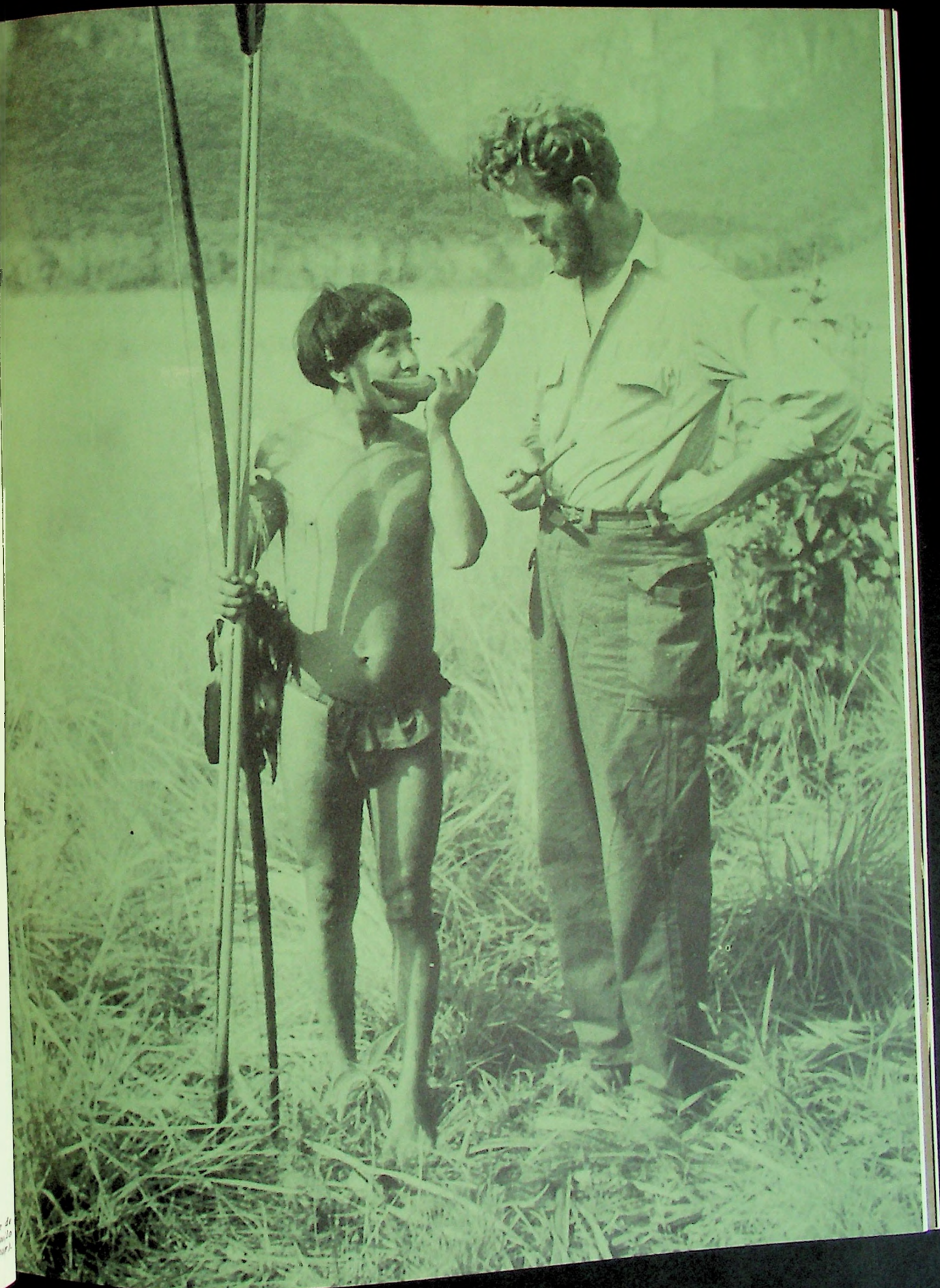
Aquel Maquiritare fue nuestra salvación. Nos condujo hasta su maloca en la selva, donde había sólo pocos indios de la tribu. Pero, nos significaban con gestos: ¡Hay muchos Maquiritares río arriba!... Nos aprovisionaron con batatas, ñame y casabe fresco, y les dimos abundante pago. Veinticuatro horas más tarde pusimos proa hacia los raudales del Caura superior. Esta vez contábamos con un refuerzo muy diferente: cuatro fornidos Maquiritares, los más expertos y bravos navegantes de toda la Guayana.

Diciembre 18. Durante las últimas noches han caído aguaceros. El Caura está crecido. Estamos preparando desayuno: arroz y corned beef. Tengo un hambre crónica. Ahora mismo comienza otra vez la desigual lucha con los torrentes. Día y noche no escuchamos sino el rugir de las desencadenadas aguas. ¿Cuántos saltos y raudales hemos pasado ya? Carica-Sori, Sica-Sori, Dimuco-Sori, Adeshi-Sori, los saltos de Uana-Joyo, y tal vez una docena más cuyos nombres no hubo ni tiempo para apuntarlos.

Diciembre 18, de noche. ¡Un día fatal; hemos perdido uno de nuestros motores! Sucedió en un raudal que vencimos durante la mañana tras varias horas de peligrosa lucha. La barca fue cogida por la crecida. Yo me encontraba a bordo, dirigiendo la proa para sortear los escollos. Oímos un golpe sordo y tremendo. La popa había chocado contra un escollo. El motor estaba recostado hacia un lado, se rodó y desapareció en un negro remolino. Había sido arrancado de cuajo. Logré aprovecharme de la corriente y, en un momento propicio salté al agua junto con el mecate de amarre, de unos diez metros de largo. Alcancé una roca y amarré el mecate. Finalmente, me rescataron de la roca y llevamos la barca a la orilla segura. Ahora tendremos que hacer remolque; será muy lento. La única ventaja en medio de la desgracia es la de que, toda la gasolina restante queda ahora para un solo motor.

India Shiriema,
con todo su atavío.

Indio Guaica en traje de
novio, exhibiendo con orgullo
un "regalo" (con el autor).



Nuestros indios están taciturnos. La pérdida del motor, ese objeto milagroso, les ha afectado de una manera extraña. Bill está enfermo. Al acostarse, lo único que dice son las palabras: "Todo tiene un límite!..."

Diciembre 22. Río Canaracuni, al pie de la cascada "Cum-paka". Todo ha cambiado en las últimas veinticuatro horas. Ayer alcanzamos la bifurcación de los brazos Canaracuni y Merevari, que forman el Caura. Uno de los Maquiritares alzóse en proa y señaló con el brazo en alto hacia el suroeste: "¡Canaracuni!". Poco después pareció abrirse la selva a mano derecha, como un gigantesco bastidor, y las curiaras franquearon lentamente aquella silenciosa entrada. El río tiene unos sesenta metros de ancho. Los grandes rápidos quedaron atrás; pero, hay muchos pequeños. Las tres cuartas partes del tiempo las pasamos hasta el pecho en el agua, arrastrando y empujando las curiaras.

A la vista de este salto, toda clase de navegación parece haber tocado a su fin. Es una cascada de uno o dos kilómetros de extensión. El río viene bajando sobre un lecho de rocas, y no hay sino blanca espuma y nubes de una finísima lluvia que se levanta hasta las altas copas de los árboles de lado y lado. Cómo avanzaremos desde aquí, nadie lo sabe. "Esperar, y tomar el té", reza un viejo dicho alemán; lo cual, traducido a nuestro caso, significa: hacer rancho, y comer un poco de "penicilina".

¡Ya hemos encontrado a los primeros Shirianas! Al surcar el río vimos sobre la margen izquierda un poco de humo azul; humo de leña fresca. Uno de nuestros Maquiritares parecía estar olfateando el aire. "¡Shiriana!", dijo a media voz.

Aquello tuvo en nosotros el efecto de una pequeña descarga eléctrica. El indio nos explicó en su idioma y con señas: "Están escondidos en la selva, y no saldrán de su escondrijo sino tal vez de noche". Luego señaló hacia las selvas de la ribera opuesta:

"¡Maloca Maquiritare! Capitán Juancho. ¡Lejos!".

Todo eso nos suena a gloria. ¡Estamos en tierra de seres humanos!

Nuestros Maquiritares, creo, tienen algún medio de comunicación que no se ve. Mientras descargamos las curiaras para hacer un "depósito" junto al campamento, y Jean cocina un pañil, vienen a darnos otra nueva: "¡Capitán Juancho y Maquiritares vienen subiendo el río! ¡Vienen para acá! ¡Curia (señalan hacia la cascada) arriba! Coroto arriba. Todos arriba. Subir el río —un sol, otro sol— ¡sabana Kirisuochi!".

La cara del indio que habló se pone hosca. Indica con el brazo cinco, seis, siete direcciones diferentes, y cada vez dice: "¡Shiriana!... ¡Shiriana!... ¡Samatari!... ¡Shiriana!...". Lo dice con no disimulada repugnancia, y también con odio.

Así que, por el sureste, sur y suroeste hay Samataris y Shirianas, que son del mismo origen. Pero ¿a qué distancias? No puede ser muy lejos, si hasta aquí existe una avanzada. Pero, por el momento, hay estotro que acaricia nuestros oídos: el Maquiritare dijo "Sabana Kirisuochi"; ¡la palabra "sabana" nos trae recuerdos de sol y de brisa; nos hace creer en ropa seca sobre el cuerpo, y nos habla de descanso tras larga pesadilla cuyos comienzos apenas podemos recordar!

El día 24 de diciembre, habiendo superado el gran salto, navegamos por los últimos raudales del alto Canaracuni. Externados y maltrechos; tres de nosotros con bronquitis y sin fuerzas para mantenerse de pie en las correntadas; casi ocho semanas después de haber partido del Orinoco, llegamos a la sabana indicada por los indios. Subimos a la ribera; atravesamos una franja de bosque tupido y embejucado, cuando, de repente, la selva se aclaró. Unos pocos pasos más, y nos detuvimos al borde de una sabana de unos trescientos metros de ancho. No recuerdo haber saludado a lugar alguno bajo el sol



Joven india (ya tiene marido) de las tribus Maquiritare, del alto Caura, rallando yuca para hacer casabe. El rallo maquiritare consiste de finísimas y agudas piedras incrustadas en una capa de brea sobre un pedazo de madera plana, ligeramente curvo.

con tanta vehemencia como aquella pequeña estepa inundada de luz y cuya hierba verde-amarillenta se movía a una ligera brisa. Enfrente, unas dos millas distante, se alzaban las abruptas paredes de una serranía que se perdía hacia el norte. En el sur se veían lejanas colinas cubiertas de selva, y hacia el oeste los contrafuertes de la sierra Parima; por allí ya asomaba el Brasil. La "Sierra Pacaraima" sólo existía en los mapas... Y, en el norte, tan lejos que no se lo podía ver, los hombres celebraban la víspera de Navidad.

Enero 1, 1954. Lluve y llueve. La selva echa su húmedo vaho, y sobre la sabana flota una impenetrable niebla. Por suerte que ya tenemos un sólido techo; nos hemos cambiado del vivaque en la selva a un rancho aquí al borde de la sabana. Tiene paredes de estaca y techo de hojas de palma; hay espacio para depósito de nuestras provisiones y enseres, y para colgar nuestras seis hamacas.

Los Maquiritares han regresado a sus dominios por el Caura. Un grupo de Shirianas, armados de enormes arcos y con un arsenal de flechas de dos metros de largo, salvajes libertinos de feroz pinta y con las caras desfiguradas por gruesos rollos de tabaco tras del labio inferior, también vinieron desde la selva. Desaparecieron como sombras antes de que se fueran los Maquiritares. Pero, no estarán muy lejos. Nuestra avanzada se encuentra por tres lados flanqueada por Shirianas y Guaicas, con los Samataris más al sur. De esas selvas en la redonda, profundas y silenciosas, nos vendrán pronto sorpresas, y sin aviso previo...

¡Y llegaron, los Shirianas y las sorpresas! Fue una invasión, una avalancha; algo semejante a un interminable raudal del cual no salíamos nunca. Durante nueve semanas vivimos en suspenso, entre asombro e incertidumbre. Semanas y meses en que nos enfrentamos con los salvajes y mil inesperados azares, con vigilante diplomacia y espíritu estoico, mientras en nuestros adentros sentíamos un secreto temor, una creciente angustia que paulatinamente nos iba trayendo los nervios de punta.

Los Shirianas vinieron por tandas, en tropel cual manada de lobos. Como desnudos gnomos armados hasta los dientes, cruzaron la sabana; salían, silenciosos como cautelosos felinos, desde las selvas; asomaron de día o de noche, invadiendo el campo en son de tomar de nuestras pertenencias y de nuestras personas. Mezclados entre sus números venían los "pelados" Guaicas, cuya mirada alevosa y despiadada hizo ponernos en alerta. La retaguardia la formaban las indias, compactas hembras con escaso taparrabo de fibra, cargando en una especie de cabestrillo de corteza que les colgaba del hombro, a sus retoños protegidos de una capa de suciedad, de pies a corona. Los indios más viejos, hombres y mujeres —engendro de brujas de quienes vimos poco, y sólo al comienzo— iban en completo traje de paraíso, y su facha horripilante infundía pavor. Los indios jóvenes, en eterno pie de guerra, no cargan con los viejos; los tienen aislados, en miserables campos de selva, como parias inmundos y condenados a muerte lenta.

Los salvajes llegaban en hordas de diez, veinte, cincuenta. En ocasiones nos vimos inundados por más de un centenar a la vez. Acampaban por todas partes; vivaqueaban en la selva, y dormían por apiñadas docenas, como murciélagos, debajo del alero de nuestro rancho, manteniéndose en milagroso equilibrio sobre unas tiras de bejuco amarradas entre las viguetas. Luego desaparecían, y venían otros, de presencia cada vez más aguerida y temible. Se hizo evidente que, aun entre ellos, eran ajenos, y que muchos grupos no tenían trato con sus semejantes. Hasta el presente, ya pasada la aventura, me parece haber vivido una larga e increíble noche de fantasmas. En realidad, durante todas aquellas semanas en punto tan vulnerable, no nos dimos cuenta cabal de nuestra situación y de los



Guaka (izquierda)
y Shiriana.

inminentes peligros que pendían como espada de Damocles sobre nuestras cabezas. No nos quedaba tiempo para ello. Fue mejor. Con todo, uno de nosotros sufrió finalmente un grave trastorno y hubo que apresurar la retirada para poner a salvo a todo el grupo.

Mientras en nuestros depósitos todavía existían objetos útiles y regalos codiciados por los indios, nos mantuvimos bien. Recibieron centenares de guayucos, machetes, cuchillos, anzuelos y guaral, jabón y fósforos al por mayor, hilo y agujas y hasta nuestras tijeras de la farmacia, así como centenares de collares o "cuentas", espejos, peines, etc. Inclusive los potes de conservas, con cuya lata hicieron —ni sabemos cómo— unos aretes triangulares para las mujeres, estaban escaseando. Sólo nos quedaba sal; habíamos llevado gran cantidad en la creencia de que, tal como sucede en otras partes, sería valiosa para los primitivos. No sólo que la despreciaron, sino que, al probarla, la escupieron con furia y se endiablaron. El curar a varios de sus enfermos (hasta hubo un caso de otitis) nos valió los maleficios de los brujos, quienes todo lo hacían con sus escalofriantes berreos nocturnos. ¡Cuando oímos ese aquelarre por primera vez creímos que nos había llegado la hora! Los piaches Shirianas ni siquiera sabían los secretos de medicinas tales como la almohaza viva de las hormigas "veinticuatro", que vimos en uso donde los Maquiritares.

Nuestra táctica había sido la de recibir a los salvajes en nuestro propio terreno, como dueños de casa y de la situación. Mas, tal cosa resultó una mera ilusión óptica que se iba esfumando por grados. El nuestro fue un estado de permanente asedio. Había momentos en que algunos de nosotros teníamos que montar guardia aun dentro del rancho, porque los vándalos se metían por todas partes y hasta por pequeños huecos en el techo, en su afán de curiosidad mezclado con deseos de pillaje. Durante el día, los hombres se pasaban horas de horas haciendo flechas y envenenando las puntas con curare, tal como el verdugo que afila su cuchillo ante los ojos de la víctima. En pequeños grupos se iban de cacería a la selva, preferentemente de noche, pues, donde un blanco no ve absolutamente nada, el Shiriana dispara sus silenciosos dardos y le da entre las cejas a su presa. Traían danta, lapa, antilope y aves, y devoraban la carne chasqueando con la lengua, gruñendo como jabalíes, vociferando en terrible jerigonza. Otras veces traían muchos kilos de grandes orugas, las vaciaban con destreza exprimiéndolas y se regalaban unos banquetes que nos hicieron envidiarles sus estómagos. Cuando matamos una boa de cinco metros, los Shirianas le extrajeron unos veinticinco

huevos, de a kilo cada uno, que engulleron crudos y todavía calientes, rematando la comelona al sorber cantidades de un líquido graso amarillento que vaciaron de la panza del gigantesco reptil.

Aunque llegamos a saber que los Shirianas conocían la elaboración de bebidas fermentadas, en ninguna ocasión se entregaban al vicio del alcohol. Si hubiese habido orgías entre los salvajes, habrían acabado con nosotros en la primera baraúnda.

En medio de estos intensos acontecimientos hallamos modos para organizarnos y hacer exploraciones, a veces acompañados de Shirianas, y a filmar centenares de metros de películas en sitios distantes, entre otros, en las cumbres de la serranía. En el transcurso del tiempo, nos invadió un presentimiento nacido al observar a estos primitivos y al sacar conclusiones sobre sus instintos e intenciones. Parecía que esta ralea tenía sencillamente el plan de no soltarnos más, de guardarnos como rehenes o una especie de trofeos, pero vivientes, en lo posible. Si eso era cierto, no hay duda de que esas tribus tenían sus nociones con respecto al valor de los objetos raros. Para nosotros, los elegidos, en cambio, tal suerte hubiera significado un fin horroroso; pues, no puede haber ningún ser más inválido y desgraciado que un blanco desprovisto de todo, y entregado al definitivo cautiverio entre los Shirianas, en aquellas selvas perdidas.

Hacia fines de febrero logramos establecer un contacto con los Maquiritares. Hubo una reacción típica: los Shirianas se esfumaron ¡por el momento! Llegada la hora, embarcamos nuestras pertenencias, y las rápidas corrientes nos llevaron río abajo. Al día siguiente naufragamos. Fue una hora de suprema tragedia. Pareció que, ahora sí, nos había dado la selva el último zarpazo. Pero, también de esa salimos indemnes, y aun arrebatamos al raudal parte de nuestros efectos. En esos días tomé mi última resolución: bajar todo el curso del Caura hasta el Orinoco. Fue el 6 de marzo cuando, junto con cuatro indios Maquiritares, compañeros sin igual y los hombres más heroicos que jamás dominaron un torrente, comenzamos nuestra aventura odisea por el Caura salvaje y magnífico.

En un pueblecito, cerca del Orinoco, con el Caura y Guayana a nuestras espaldas, me hice cortar el pelo. El peluquero, que también era piloto de una lancha, parecía haber puesto sus miras en mi ojo derecho y en mi oreja izquierda. Lo primero con su pulgar y lo otro con una hojilla bastante gastada que manejaba, a falta de un aparato, con los dedos. ¡Los peligros de la civilización habían comenzado!

ARTURO EICHLER. Ecuatoriano de origen alemán; periodista, escritor y naturalista. Sus numerosas exploraciones en los Andes y las selvas ecuatorianas culminaron con su obra documental "Nieve y Selva en Ecuador", que alcanzó éxito internacional y fue traducida al inglés y editada luego en Norteamérica. Eichler ha tomado parte en expediciones a regiones poco o nada conocidas de la América ecuatorial, y pertenece a diversas entidades científicas e intelectuales, entre ellas la Sociedad de Antropología y Geografía del Ecuador, la Unión Nacional de Periodistas del Ecuador, la Unión Internacional por la Conservación de la Naturaleza y de los Recursos Naturales.



LAS CIUDADES SIN MEMORIA

Por EDDIE MORALES CRESPO

LA veces, con motivo de esos inocentes y reiterados soliloquios que turban el espíritu cuando se empuña en discursar acerca del problemático mundo de Hispano-América, recuerdo aquella simple y reveladora frase de Benjamín Subercaseaux: "El amor chileno no sabe de la constancia porque no sabe del recuerdo". Pocas palabras tan gráficas de sugerencia, tan certeras en la apreciación de una de las peculiares características del espíritu mestizo, como las que el escritor chileno eligiera para ponderar la liviandad del sentimiento de su tierra. Buenas para generalizar el concepto y referirlo no solamente a la instancia amorosa, sino a otras muchas del alma latinoamericana que comparten origen y destino con el país austral.

La falta de constancia y la ausencia de memoria son ciertamente polos muy señalados del espíritu hispanoamericano. Se manifiestan en todos los órdenes de la vida y es por ello que las ciudades de Hispano-América son esencialmente ciudades sin memoria. Uno de los contrastes más ostensibles que pueden observarse entre las ciudades del viejo mundo y las que todavía nacen y crecen en la joven América, es aquel que se percibe cuando una simple estancia o visita a una y otra latitud geográfica pone de relieve las hondas diferencias humanas que existen en ambos continentes. La experiencia de siglos en las primeras, que ha dado lugar a una tradición no quebrantada irreparablemente ni siquiera por las grandes sacudidas revolucionarias; y la cortedad de años más el desprecio y la negación a los orígenes que durante mucho tiempo obnubilaron la auto-comprensión de las segundas, han creado un sello de diferenciación que no ha dejado de estar presente en los más varios órdenes de la vida. Sin acudir para demostrarlo al detalle, basta inquirir por el ejemplo en lo que pudiera decirse que la historia de los distintos pueblos tiene de más común: el sentido de la tradición. La frase encierra un distinto significado según se la pronuncie en alguna comarca europea o en una villa americana por muy alto rango de ciudad que ella tenga.

Ciertamente el sentido de la tradición, el respeto por las instituciones que modelaron el rostro nacional, la admiración por las ciudades en donde cada muro cuenta una historia distinta, y cada parque y cada calle, susurran voces de siglos consumidos, constituyen para el hombre europeo el más alto patrimonio que con legítimo orgullo ofrecen a la sensibilidad forastera y recrean, sin cansarla, la propia. Oír en Europa la simple recitación de un "ciceronne" es saborear un suculento banquete de tradición y amor a la historia de la ciudad.

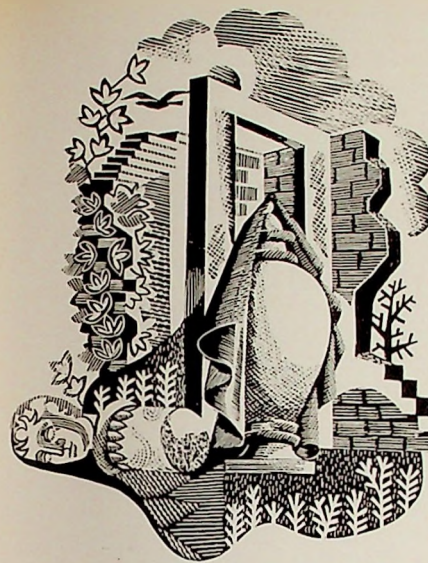
Como la Historia no se envilece por el lodo que a veces acumulan pueblos y ciudades —parece pensar el hombre europeo—, contarla tal y como ha sido, respetarla en su verídico sentido, es empresa que cabe a espíritus nobles y sinceros. Bajo ese convencimiento Europa no sólo ha almacenado una larga y venerable tradición sino que ha educado la sensibilidad de su habitante al extremo de hacerlo sentirse miembro de una comunidad de cuyas formas de vida son responsables todas las generaciones que hayan contribuido a formarlas. De esa manera concebida la tradición no podrá ser buena ni mala sino imagen legítima del desarrollo histórico de un pueblo o de una nacionalidad. Así los días de gloria como los de desgracia, los episodios donde los dirigentes del destino nacional fueron miserables y venales como las escenas donde el alma humana iluminada vivió momentos estelares, son igualmente dignos de recuerdo y memoria. Viene a propósito recordar aquella noble protesta francesa cuando cierta pacata voluntad oficialista quiso destruir u ocultar al mundo, los capítulos amorosos de la vida de María Antonieta.

Se necesitaron quizás muchos años para que las comunidades europeas llegaran a un tan admirable dominio de su significado histórico, para que su conciencia fuera no el reflejo del presente o la añoranza del pasado, sino la conjunción de ambos empeñados en un futuro. Cuánta dulce armonía penetra en el alma cuando al visitar un palacio o un museo del viejo mundo, desfilan ante la imaginación los más varios espectros de cosas y personas a quienes el olvido

no condenó a segura muerte. ¡Un retrato de Francisco I, un mueble de estilo Luis XIV, un techo de la época de Luis XI guardan un poder de evocación entrañable! Cada rostro y cada cosa sugieren una época sin que la mente se vea perturbada por el crítico desagrado. Diríase que ha desaparecido, al momento en que la contemplación retrospectiva de un hecho se verifica, la circunstancia humana a través de la cual el mismo se ha realizado. Y al no quedar sino el recuerdo de la hazaña, el minuto grabado de la época en que se dio, se ha evaporado de la misma el aliento de combate y con él la adhesión que algunos hombres le prestaron y la que otros le negaron. Recuerdo haber pensado, en una fugaz visita al Palacio de María Teresa —una de las mujeres reales de más voluntad con que la Historia haya contado—, si la presencia del "Aguilucho" en aquel palacio no constituía uno de los más atrevidos retos que Napoleón dirigiera a la realeza europea; y si había sido él mismo el fin trágico de María Antonieta, si su madre no se encontrara muerta en los días de su escandaloso proceso. Pero ahí está "El Aguilucho", y en París "El Temple" y la guillotina, y la Historia europea ha respetado esos capítulos concluidos. Muy lejos de ocultar púdicamente las que en un determinado tiempo pudieron reputarse como úlceras humanas de la ciudad, las exhiben y ostentan con orgullo. Tanto como los hechos considerados ennobecedores del alma del hombre y de la historia de la ciudad, aquéllos que se estimaron perjudiciales y agentes de degradación han pasado a la Historia con



valedera jerarquía. Atrás quedó la lucha de credos y verdades, atrás las afirmaciones y negaciones por las que disputaron los hombres de la ciudad. Cuando se mira retrospectivamente todo el conjunto de hitos a través de los cuales se ha anudado la tradición de alguna ciudad europea, se siente una gran admiración por la misma. Va en ello el gran secreto del turismo, que no es otro



que el de mostrar al viajero los distintos rostros que en épocas históricas diversas ha presentado la ciudad.

El presente, por duro y turbulento que sea, es para la sensibilidad europea la tradición de mañana. Hoy podemos repudiar la sociedad en que vivimos y denunciar la falsedad de instituciones que no nos llenan; podemos decir que la ciudad donde vivimos es un infierno y que nuestros contemporáneos conacionales son todo lo indignos que queramos. Sin embargo, tanto el crítico como el criticado tendrán seguro puesto en la tradición que la ciudad va elaborando. De fijo ni uno ni otro serán suprimidos a la hora en que los exégetas del futuro asignen las respectivas posiciones en la Historia. Y no es que la tradición destaque preferentemente lo bueno, sino que conjuga conductas para vincularlas al alma de la ciudad. En tal sentido, Maquiavelo y César son tan dignos representantes de Florencia y Roma como pueden serlo el Dante o cualquier gran artista o emperador romano. No obstante, todos ellos tuvieron en su tiempo diversos grados de simpatía o antipatía. Hoy son, simplemente, hijos de sus ciudades.

Pérfidos o magnánimos, oscuros o esclarecidos, forman parte inseparable de la tradición de la ciudad.

Conservar la memoria o el recuerdo de lo acontecido es una de las normas más fijas de la cultura de Europa. De esa memoria y ese recuerdo han nacido todo un arte de vivir, una posesión plena de lo que la patria es, en virtudes y en vicios; y, sobre todo, un amor constante hacia todo cuanto evoque la expresión humana de esa patria a lo largo de cua-

lesquiera vicisitudes históricas. De esa constancia nace también el derecho a la crítica del hogar nacional, el reclamo imperioso que a veces tienen que hacer los hombres en las horas de vicio y venalidad. Países sin temor a la crítica, países cuya existencia gira sobre un eje de siglos y que han dotado al mundo de sus mejores y de sus peores investiduras, los europeos conservan, aun en sus momentos de extrema debilidad, la fuerza y el poder interior que la tradición ha sabido darles. Por ello mismo, cuando un miembro de la comunidad europea ha abandonado el orden tradicional con intenciones de quebrantar el estatuto del Continente y arrasar todo cuanto Europa ha significado, la conducta de los otros miembros ha sido unánime en la repulsión al culpable. Dos veces en este siglo, por caso, Alemania trató en vano de romper definitivamente el pulso de la Historia Europea. Las guerras que desató no fueron las normales que siempre ha registrado la humana convivencia; un deseo de destrucción de las más caras creencias del alma europea y de imposición de un bárbaro dios de la raza amenazó de muerte la tradición del viejo mundo. Un posible triunfo de la bandera alemana habría efectivamente desmoronado las más firmes tradiciones de la civilización actual. La pérdida de la libertad de conciencia, la extinción total del golpeado liberalismo, la suprema aspiración del hombre a que se le considerara como fin y no como ciego medio, habrían caído derrumbadas con el triunfo germano. Y ha sido precisamente la lucha por la libertad de conciencia, por la exaltación del hombre como fin, lo que se ha venido forjando en muchos siglos de tradición europea. Al subsistir después de la batalla el menguado liberalismo y al quedar el fuero humano restablecido, se salvó en gran parte la tradición comprometida en el conflicto. Entre los escombros de muchas ciudades europeas quedó gravemente herido, para después ofrecernos una penosa convalecencia, pero convalecencia al fin, el espíritu que ha formado la tradición secular del Continente. Y a la hora de escribir esta nota las ciudades europeas —cuyo encanto va en aumento proporcional a su vejez— vuelven a ser distintas mecas del turismo mundial. Si como alguien lo observó una vez, las ciudades son hermosas mujeres que regatean con coquetería sus pudorosas intimidades, habría por agregar el hecho de que en las primeras los años pasan con huella ingrátida y sin dejar arrugas lastimosas; el tiempo es para la ciudad un aliado y un amigo. En las segundas... no tanto.

No ha mucho cumplió París dos mil años. Edad no propiamente adolescente. De todas partes del mundo fueron a cumplimentar y celebrar el acontecimiento aniversario de la ciudad donde los mejores, atrevidos y picantes adjetivos resultan impropios para la vasta sugerencia que ofrece la capital francesa. Dos siglos de París son dos siglos de gloria, dijo un anónimo viajero, y a fe que resumió en la emotiva frase la esencia del alma de la ciudad. Dos siglos de gloria, con el romántico encanto de saber, pero no definir, lo que es la gloria.

Cada ciudad italiana o española o inglesa guarda, además de sus largos años de existencia, secretos particulares, formas propias que las demás no poseen. Un hecho humano, una excéntrica celebridad, un cuadro, una estatua, un museo, una iglesia, un castillo, o quién sabe qué misterioso tesoro que atrae la curiosidad de miles de personas. Por eso sólo, ya que el visitante lo que generalmente busca es el dato o los datos a través de los cuales la tradición de la ciudad se ha divulgado, se va esparciendo la fama de las distintas urbes europeas. Consecuente con la misma, el habitante encargado de difundirla no sólo cumple proigamente su misión con el viajero visitante sino que goza él mismo de las excelencias proclamadas. Hay que ver hablar de Sevilla a un sevillano, de Nápoles a un napolitano y de París a un parisino. Ninguno cree que haya otra tierra superior a la suya. Elevado regionalismo que no resulta incompatible con el más alto concepto de patria y de nación. Apología de la urbe sin mengua de la superior pertenencia a un conglomerado nacional. Memoria y tradición son, pues, los ingredientes espirituales de que han vivido y viven las ciudades de Europa.

2 Las ciudades de Hispano-América, decíamos, son esencialmente ciudades sin memoria. En vano trataremos de descubrir en ellas todo el embrujo y seducción que a cada rato puede proporcionarnos la urbe europea. Con una tradición no sólo corta en el tiempo sino interrumpida artificialmente por factores que nada tienen que ver con la historia que ya pueden exhibir, las ciudades hispano-americanas han tenido como enemigos principales a sus propios hijos y moradores. Desde sus orígenes vieron cimentarse la discordia entre los que negaron el árbol progenitor y le acusaron de senil y anquilosado y los que exaltaron su existencia con tono conven-

cido. Pero el llamado árbol progenitor no fue el mismo para todos. Unos lo situaron a la llegada del conquistador español, y otros, más sensatos, lo ubicaron en el antepasado indígena. Cuando las ciudades nacieron había ya un "im-passe" sobre sus orígenes. A la destrucción de la primera raíz, ciegamente cumplida por el Conquistador hispánico, siguió la erección de centros poblados a la imagen y semejanza de las ciudades españolas. Cuando los primeros mestizos vinieron al mundo, vivos todavía no solamente el padre blanco sino la madre india, las ciudades no empezaron a crecer bajo el puro afecto que enciende la llama de la conformidad y unánime creencia en el origen. La madre o el padre indios añoraban su choza o recordaban acaso que antes de la recién edificada ciudad hubo en tierras americanas verdaderos imperios poblados que los intrusos destruyeron; por su parte el español soñaría que su ciudad, su verdadera ciudad, no era la que recién edificaba sino aquella de donde partió su peregrina aventura. Y a no dudarlo, los primeros mestizos que conocieron el hecho no solamente sufrieron su impacto sino que transmitieron el germen de la discordia a las futuras generaciones mestizas. Así no hubo en los comienzos mucha identidad de afecto hacia los primeros centros poblados que al correr de los años habrían de convertirse en las actuales ciudades hispano-americanas. Por un error ab-initio en el que fue segundo capítulo de la formación histórica del pueblo americano, por una prejuiciosa voluntad unilateral de adaptar la Historia a la versión que más nos com-



placiera, sin el menor respeto por la veracidad de los hechos, nos sorprendimos de pronto los mestizos de América con una dualidad de criterio sobre nuestros orígenes. Creían haber nacido unos desde el primer alumbramiento de la primera noche indiana sin negar por ello la buena o mala influencia del cruce hispánico; se empeñaron otros en fijar la primera raíz en los iniciales días de la Colonia, creando entre la última y la

abuela choza una violenta solución de continuidad. Así vimos crecer dos tradiciones, dos historias, dos mundos en el naciente mundo de Hispano-América.

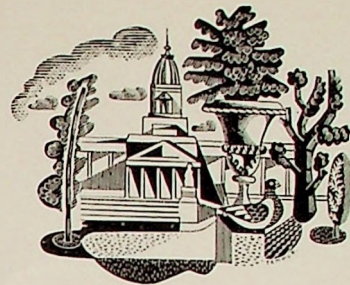
No es fácil precisar el tiempo que duró ese conflicto de leyendas tan no-civo para una interpretación clara del hecho latinoamericano. Hasta hace relativamente muy pocos años disputábamos todavía sobre nuestros orígenes. En actitud polémica de carácter político más que histórico, los hombres jóvenes continuábamos afirmando, sin meditarla mucho, la tesis que los primeros republicanos ensayaron contra España. Repetíamos hasta la saciedad que nada de bueno había traído la Colonia y si todo lo malo que en casi todos los órdenes de la vida entorpeció el desenvolvimiento de la Península. El prejuicio, el estancamiento, el fanatismo y el temor a las nuevas formas culturales que ya se habían adueñado del espíritu europeo, nos llegaron a través de los primeros Adelantados y Conquistadores. Con tan mediocre adoctrinamiento vivimos tres siglos de oscurantismo y de quietud. Fue necesario que la generación de la Independencia se alzara, vengadora, para que nos diera un destino republicano y nos librara de las taras y perjuicios que la Colonia nos había sembrado. De forma que para realizar el hecho liberador tuvimos que apelar a las grandes inspiraciones ideológicas que por entonces conmovían el mundo; las revoluciones norteamericana y francesa con todas las secuencias políticas, culturales, económicas y morales que las habían acompañado. Magnífica sin duda la tesis para justificar, en el momento en que se necesitaba, la empresa emancipadora; pero peligrosa, como demostró serlo, si se la iba a convertir en verdad dogmática de nuestra historia. Contra ella estuvieron siempre los apologistas de la leyenda dorada, los que pensaban que España era el dique de contención para la gran blasfemia que demoníacamente se había instalado en el alma europea y desterraba de la misma la fe. ¿Qué más que fe podíamos pedir los ignorantes mestizos aún no lavados del pecado de nuestros abuelos los indios contaminados por paganas mitologías? Fe trajeron los españoles y con ella la salvación del alma. Pedir más era injusticia y desconsideración, cuando más bien estábamos moralmente obligados a continuar de por vida siervos de los mesiánicos y mundos. Tesis y antítesis, afirmación y negación que hicieron imposible crear un vínculo tradicional sin soluciones de continuidad.

Es sólo en fecha reciente cuando los estudios de Arqueología y Etnología han comenzado a esclarecer el verídico sentido de la historia indo-americana. Todavía hoy tiene que rendirse todo género de campañas de divulgación para demostrar que no somos hijos del Descubrimiento y la Colonia ni tampoco del puro ancestro indígena, sino el producto inseparable de ambos hechos. Comprender la historia de Hispano-América desde un punto de vista unitario es el primer paso que puede orientarnos hacia el logro de una tradición unánimemente aceptada.

Pero lo más grave es que la discordia suscitada no se detuvo en la controversia sobre la Colonia y sobre los más remotos antepasados sino que penetró el horizonte republicano con nuevos y disolventes matices. Cuando las precarias repúblicas lograron al fin consolidar su independencia, iniciaron en lo interno una serie de pequeñas luchas que dieron lugar no ya a dos historias o dos tradiciones sino a cientos y cientos de historietas. Cada caudillo se formó la suya y cada pueblo describió distinta parábola según la circunstancia reinante. La historia de este país empieza conmigo, fue frase favorita en el léxico político del mundo hispánico de este Continente, por no decir que todavía lo es; y quizás lo más grave que se pueda apuntar en torno al caudillismo y la monotonía hispano-americana sea esa irreflexiva manera con que quisieron retasar las historias nacionales. Destruir y acabar lo que antecede, he allí un deporte favorito de los caudillos exaltados al poder y he allí el medio más eficaz de desbaratar la sucesiva tradición y quebrantar la unidad de la patria. De manera que ese continuo recommenzar de las patrias no fue más que un banal pretexto político para justificar la presencia en el poder. Y la constante represalia contra el antecesor, que se convirtió en norma de carácter político en la vida pública latinoamericana, originó violentas rupturas en el orden histórico y tradicional. Si un simple cambio de gobierno no produce graves alteraciones en las nacionalidades europeas; si la caída de un ministro o un partido no quebrantan ni dañan el orden institucional establecido sino que introducen en el status político de Europa modalidades de estilo y procedimiento, a lo sumo con gradaciones de liberalismo o conservatismo, en Hispano-América las cosas ocurren de otro modo. Cae el gobierno y con él se viene abajo no sólo el sistema político que representa sino también el orden administrativo e insti-

ruccional todo. Volver a empezar ha sido la nefasta fórmula que tanto daño ha hecho a nuestras repúblicas. Hasta Bolívar tuvo que esperar en las antesalas de la Historia de Venezuela un largo tiempo para que se rehabilitara su memoria. En el hecho señalado es inútil hacer imputaciones a personas o grupos; se trata de algo más profundo y difícil de combatir; de ese pecado germinal que lesionó ab-initio la comprensión de nuestros orígenes y fragmentó los países en parcelas determinadas de tiempo. Al recommenzar latinoamericano se ha opuesto el seguir europeo, siendo que en el contraste va dicho ya bastante sobre el carácter que asume la tradición de ambos continentes.

Dentro de ese juego de ideas, ¿dónde queda la memoria de las ciudades, dónde el recuerdo que va quedando de las generaciones para que la reverencia histórica lo vaya glorificando y exaltando? Si cualquier habitante de Hispano-América —tómase en cuenta las excepciones, en primer lugar a México—, se registra profundamente, ¿encontrará dentro de sí un amor por los hechos de su ciudad, por sus parques, sus calles y sus gentes, en forma que haga pensar en la devoción que por la suya sienten los europeos? Me parece que la respuesta es negativa, no obstante algunos excepcionales testimonios que, por serlo, han encontrado unánime eco de simpatía. La mayoría de los ciudadanos de Hispano-América vemos los centros poblados a que pertenecemos con obstinada actitud crítica. Solemos dar nombre y apellido a cada cosa y a cada realización de la ciudad, lo cual disminuye la admiración que la cosa o el hecho nos produzca. Además, anteponeamos a la ponderación objetiva el juicio crítico subjetivo. Al hablar de un estilo de mueble o de un parque o una catedral, no nos resignamos, como el europeo, a decir que el primero es de la época de Luis XIV o que el parque o la catedral son del siglo XVII; lejos de ello, evocamos el régimen de gobierno bajo el cual el mueble o el parque fueron contruidos y nos desatamos en el elogio o la diatriba del mismo. Esa actitud, naturalmente, nos conduce a dividir la ciudad al tenor de la simpatía o antipatía que nos merezcan los distintos gobiernos que por ella han desfilar. ¿Cómo, entonces, amar la ciudad unitaria, recrearse con sus parques y monumentos y gozar de su evolución e intimidades? Recuerdo que un provinciano se quejaba de la inclemencia del clima de su ciudad y decía en tono airado: la culpa la tienen los españoles que fundaron el pueblo.



Ya sea por el clima, ya por la forma de las calles o la fealdad de las catedrales, ora por mil causas que sería prolijo detallar, y a todas las cuales les ponemos nombre y apellido, no encontramos en la mayoría de las ciudades de Hispano-América un habitante en plena conformidad con la tradición y evolución material de las mismas. Reflejo acaso de la actitud con que miramos al país, las distintas regiones que lo forman sufren las consecuencias de la crítica o la exaltación circunstancial. Si el gobierno es afín a nuestra manera de pensar encontramos las ciudades hermosas, afables y en permanente progreso; si no lo es, las encontramos asfixiantes, feas, desoladas y en constante retroceso. El día que podamos decir que la ciudad donde vivimos es hermosa, sin pensar subjetivamente en el crítico reclamo; el día en que de la mano de la más pura tradición nos recreemos evocando en algún parque las distintas épocas a través de las cuales la villa fue creciendo en espacio y humanidad y no sintamos ningún rencor por quienes contribuyeron en cualquier forma a transformarla, quizás habremos encontrado el hilo de comprensión que necesitábamos. Entonces no serán tan escasos como ahora los cronistas y veremos con menos desdén la historia de las urbes hispano-americanas.

No puede escapárenos que a estas alturas somos ya dueños de grandes capitales cuya hermosura y extensión exceden a muchas europeas. De México a Buenos Aires las urbes han crecido con imperioso ritmo y urgida necesidad. A todas ellas llegan, invirtiendo el camino que antes y todavía trajina el latinoamericano inconforme de su ciudad, el habitante europeo que ya no busca tanto la hermosura como la comodidad, no la tradición amenazada de muerte de Europa como el violento amanecer americano. Sin embargo, el crecimiento y progreso no ha podido aún despertar la sensibilidad del hispanoamericano al punto de permitirle amar a su ciudad tal y como ella es; al extremo de identi-

carse plenamente con su historia y desvelos, y no querer abandonarla cada vez que nos hace doler el corazón. El verdadero amor no es el que acaso con piedad le otorgamos a la aldea ya convertida en ciudad donde la vida nos amaneció, sino aquel cuya raíz está en el origen y que jamás deja de alimentarse con las savias del bueno y del mal tiempo. Provincia o Capital, villa o villorrio, cada centro poblado tiene su encanto, su tradición y su propia memoria.

Cuando recordamos la frase de Subercaseaux sobre la inconstancia del amor chileno, se nos ocurrió que esa falta de recuerdo advertida por el agudo ensayista no era otra que la ausencia de verdaderas historias nacionales, de un patrimonio continuo capaz de alimentar la fe en las patrias que durante tanto tiempo han sido deformadas y acicaladas por fraudes de toda laya. Y esas ciudades sin memoria, ahora más compactas y en trance de adquirirla por virtud del nuevo espíritu nacionalista; esas ciudades a las que Mallea, López de Mesa y Subercaseaux hincaron el diente de la crítica, debían detenerse un poco ante el ciego elogio para curarse antiguos vicios y lunares. Por allí nacería el arraigo, el verdadero arraigo a la tierra, del mestizo americano; y no la hueca liturgia de alabanzas o la blasfema protesta añorosa de irresponsables exilios.

Si el afán perdura, y por fortuna ya se apuntó buenos éxitos, comenzaremos a celebrar el fin de las ciudades sin memoria. Entonces, para tranquilidad de Benjamín Subercaseaux y de sus paisanos chilenos y latinoamericanos, las parejas podrán ir a los parques tras el recuerdo del primer amor y tras la evocación de otros amores que nacieron en la ciudad.

EDDIE MORALES CRESPO. Nació en Carora, Estado Lara, el 7 de mayo de 1925. Cursó estudios de bachillerato en el Colegio Federal de su ciudad natal, en el Instituto Pedagógico Nacional y en el Liceo Libertador de Mérida. Se graduó de Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela en 1949. Obtuvo una beca del Consejo Universitario, organismo del cual formó parte en representación del estudiante de la Facultad de Derecho, para cursar estudios de post-gradó en la Universidad de París, en la especialidad de Derecho Internacional. Viajó por Italia, España, Francia, Alemania, Austria y Suiza. Ha sido colaborador de "El Nacional", "El Universal" y de la "Revista Nacional de Cultura". Es profesor de la Cátedra de Derecho Internacional y Director de Política Económica del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ha publicado un libro titulado: "Notas de Nuestro Tiempo".



ASOCIADOS AL PROGRESO DE VENEZUELA

COMPANIA SHELL DE VENEZUELA